



JULIO VERNE

**El piloto
del Danubio**



se

Ilia Brusch, ganador del premio de pescadores aficionados de la liga del Danubio, parte en una embarcación para navegar a través del famoso río. Para realizar su expedición el hombre piensa alimentarse solamente de la comida que pueda procurarse a través de su pesca. El pescador acepta llevar en su bote a un hombre que se hace llamar Jaeger, y que realmente es el agente de la policía Karl Dragoch, cuya misión consiste en perseguir y encarcelar a un ladrón nombrado Ladko. El viaje, que parecía ser un viaje de placer, se convierte en una excursión llena de misterios cuando Brusch es apresado.



Jules Verne

El piloto del Danubio

Viajes Extraordinarios - 59

ePub r1.1

Titivillus 06.02.15

Título original: *Le pilote du Danbue*
Jules Verne, 1908
Ilustraciones: George Roux

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Le
Pilote
DU
DANUBE



JULES VERNE



I

AL CONCURSO DE SIGMARINGEN

El sábado 5 de agosto de 1 876, una muchedumbre inmensa y animada llenaba la taberna *La Cita de los Pescadores*. Había en su interior un barullo ensordecedor de canciones, gritos, chocar de vasos, aplausos y juramentos, que a intervalos eran dominados por esos *boch!* con los que acostumbra a expresarse la alegría alemana cuando llega a su punto culminante.

Las ventanas de la taberna daban directamente sobre el Danubio, en el extremo de la encantadora ciudad de Sigmaringen, capital de la jurisdicción prusiana de Elohen/ollern, situada en los orígenes de ese gran río de la Europa central.

Obedientes a la invitación de la muestra pintada en hermosas letras sobre la puerta, habíanse reunido en esa taberna los miembros de la Liga Danubiana, sociedad internacional de pescadores, pertenecientes a las diversas nacionalidades ribereñas.

No existe alegría en la reunión donde no se haga consumo de cerveza. En consecuencia, bebíase allí en grandes cantidades la buena cerveza de Munich y el excelente vino de Hungría. El humear de los cigarros y pipas también estaba a la orden del día y la gran sala estaba casi oscurecida por completo por el humo producido por los fumadores. Pero si a causa de esto los socios allí reunidos no podían verse, al menos se oían, siempre, claro está, que no hubiera algún sordo entre ellos.

Tranquilos y silenciosos en el desempeño de su trabajo, los pescadores de cana son, en efecto, la gente más bulliciosa del

inundo, tan pronto han dejado sus útiles de labor. Para contar sus hazañas son casi tan fértiles de imaginación como los cazadores, lo cual no es poco decir.

Hallábanse al final de un almuerzo de los más sustanciosos, que había reunido alrededor de las mesas de la taberna a un centenar de invitados, todos señores de caña y anzuelo. Sin duda, los ejercicios matinales habían alterado bastante sus gaznates, a juzgar por el crecido número de botellas vacías que se esparcían por las mesas en medio de los restos de la comida. A la sazón, había sonado la hora de los licores que los hombres habían proclamado reemplazante del café.

Eran ya pasadas las tres de la tarde cuando los comensales, con los rostros arrebolados, abandonaron las mesas.

En honor a la verdad, debemos agregar que algunos no podían sostenerse muy bien sobre sus piernas y no hubieran podido pasarse sin la ayuda de algunos de sus vecinos; pero la mayor parte se mantenían firmes, como hombres acostumbrados a aquellos banquetes que se renovaban varias veces al año, a propósito de los concursos de la Liga Danubiana.

Grande era en verdad la reputación de estos concursos, muy numerosos y muy festejados en todo el curso del célebre río. Los concurrentes afluían de todas partes, aun desde las más lejanas.

Cinco años contaba ya de existencia la sociedad, que, bien administrada por el húngaro Miclesco, prosperaba a ojos vistas. Sus recursos, siempre en aumento, permitíanle ofrecer premios importantes en los concursos y su bandera ostentaba gloriosas medallas conquistadas en buena lid sobre asociaciones rivales. Muy al corriente de la legislación relativa a la pesca fluvial, su Comité director apoyaba a sus socios contra el Estado como contra los particulares, y defendía sus derechos y privilegios con esa tenacidad y, podríamos decir, con ese empeño profesional, especial al bípedo, a quien sus instintos de pescador de caña hacen digno de ser clasificado en una categoría particular de la humanidad.

El concurso que acababa de tener lugar era el segundo de aquel año.

Desde las cinco de la mañana, los concurrentes habían abandonado la ciudad para ganar la orilla izquierda del Danubio, algo lejos de Sigmaringen. Llevaban el uniforme de la sociedad, esto es: blusa corta, que deja toda libertad a los movimientos, pantalón sujeto por unas botas altas y gorra blanca con larga visera.

Todos ellos poseían, por supuesto, la colección completa de los útiles enumerados en el *Manual del Pescador*. La pesca debía ser libre.

A las seis, 97 concurrentes se hallaban en sus puestos, con la caña flotante en la mano y prontos para arrojar el anzuelo. Un toque de corneta dio la señal, y las 97 cañas se tendieron por encima de la corriente.

El concurso constaba de varios premios, los dos primeros, de cien florines cada uno, serían concedidos al pescador que lograra el mayor número de peces y al que capturase la pieza mayor.

Ningún incidente se registró hasta el segundo toque de corneta, que cinco minutos antes de las once cerró el concurso.

Los lotes fueron sometidos entonces al jurado, compuesto por el presidente Miclesco y cuatro miembros de la Liga Danubiana.

Ni por un solo instante dudó nadie de que aquellos elevados y poderosos personajes dejasen de tomar su decisión con entera imparcialidad, y de tal suerte, que no fuese posible ninguna reclamación; y eso aun teniendo en cuenta que en el mundo particular de los pescadores de caña suele tenerse la cabeza caliente.

Preciso fue, no obstante, armarse de paciencia para conocer el resultado de su concienzudo examen, pues la concesión de los diversos premios, sea por el peso, sea por el número, debía permanecer secreta hasta la hora del reparto de las recompensas, precedida de una comida que iba a reunir a todos los concurrentes en fraternal ágape.

Esta hora llegó por fin. Los pescadores, por no mencionar a los curiosos llegados de Sigmaringen, aguardaban cómodamente sentados ante el estrado, sobre el que se hallaban el presidente y los otros miembros del jurado.

Y en verdad, que si los asientos, bancos o escabeles, no faltaban allí, tampoco se echaban de menos las mesas, y, sobre ellas, las botellas de cerveza y los frascos de variados licores, así como los vasos de todos los tamaños.

Habiendo tomado todos asiento y mientras las pipas continuaban humeando, el presidente se puso en pie.

—¡Escuchad...! ¡Escuchad! —se gritó por todas partes.

El señor Miclesco vació previamente un *bock* de espumosa cerveza, y enjugóse los labios.

—Mis queridos colegas —dijo en alemán, lengua comprendida por todos los miembros de la Liga Danubiana, pese a la diversidad de sus nacionalidades—, no esperéis un discurso clásicamente ordenado, con exordio, exposición y epílogo. No, no estamos aquí nosotros para perder el tiempo en arengas oficiales, y yo sólo voy a tratar de nuestros asuntos, como entre buenos camaradas, y hasta diría como entre hermanos, si esta calificación os pareciera justificada para una asamblea internacional.

Estas frases un poco largas, como todas las que se pronuncian ordinariamente al comienzo de un discurso, fueron acogidas con aplausos unánimes, a los que se unieron muchos «¡muy bien! ¡muy bien!», mezclados con los clásicos *boch!*

Después de alzar su vaso el presidente, todos los demás vasos se alzaron también.

El señor Miclesco prosiguió su discurso colocando al pescador de caña en el primer puesto entre la humanidad; hizo resaltar todas las excelentes cualidades, todas las virtudes de que le ha provisto la generosa naturaleza. Habló de la suma de paciencia, de ingenio, de sangre fría, de inteligencia superior que necesita para lograr buen éxito en este arte, porque más que un oficio, es un arte, que él

colocaba muy por encima de las proezas cinegéticas de que tanto se enorgullecen equivocadamente los cazadores.

—¿Podría compararse —exclamó— la caza con la pesca?

—¡No...! ¡No! —contestó la concurrencia en pleno.

—¿Qué mérito hay en matar a una perdiz o a una liebre, cuando se la tiene a tiro, y que un perro (¿por ventura tenemos nosotros perro?) la ha hecho salir en provecho vuestro...? A esa pieza la descubrís de lejos, le apuntáis a vuestro placer y la herís con innumerables perdigones, la mayor parte de los cuales se pierden completamente... Al pez, por el contrario, no podéis seguirlo con la mirada...; se halla escondido bajo las aguas... ¡Cuántas diestras maniobras, cuántas delicadas invitaciones, cuánto esfuerzo intelectual y de ingenio se necesita para decidirlo a morder en vuestro anzuelo, para aferrarlo, para sacarlo del agua, ya inmóvil en la extremidad de la caña, ya agitándose y aplaudiendo, por decirlo así, aplaudiendo él mismo por la victoria del pescador!

Esta vez aquello fue una verdadera tempestad de *vivas*.

Era evidente que el presidente Miclesco respondía a los sentimientos de la Liga Danubiana.

Conociendo que jamás podría ir demasiado lejos en el elogio de sus colegas, no vaciló en colocar su noble ejercicio, sin temor a ser tachado de exageración, sobre todos los demás, en elevar hasta las nubes a los fervientes discípulos de la ciencia pisciceptológica hasta a evocar el recuerdo de la soberbia diosa que presidía los juegos piscatorios de la antigua Roma, en las ceremonias haliéuticas.

¿Fueron comprendidas aquellas palabras? Probablemente, dado que se provocaron verdaderos pataleos de entusiasmo.

Entonces, después de haber tomado alientos, vaciando una nueva copa de cerveza, prosiguió:

—No me resta ya más que felicitarnos de la prosperidad creciente de nuestra sociedad, que recluta cada año nuevos miembros, y cuya reputación se halla tan firmemente establecida en toda la Europa central.

»De sus éxitos..., no os hablaré de ellos; vosotros los conocéis, vosotros tenéis una gran parte en ellos y constituye un gran honor el figurar en sus concursos. La prensa alemana, y la de los países vecinos, nunca le han escatimado sus elogios, tan preciosos, y añadido, tan merecidos, y brindo, rogándoos que me acompañéis, en honor de los periodistas consagrados a la causa internacional de la Liga Danubiana.

Se acompañó efectivamente al presidente Miclesco; los frascos se vaciaron en los vasos y los vasos se volcaron en los gaznates, con tanta facilidad como el agua del gran río y de sus afluentes se pierde en el mar.

Allí se hubiese terminado, si el discurso presidencial hubiera acabado con ese brindis. Pero otros brindis se imponían con tan evidente oportunidad.

El presidente, en efecto, se había enderezado en toda su estatura entre el secretario y el tesorero, en pie igualmente. Con la mano derecha sostenían una copa de champaña, mientras ponían la izquierda sobre el corazón.

—Brindo por la Liga Danubiana —dijo el señor Miclesco, cubriendo a la concurrencia con la mirada.

Todos se habían puesto en pie con una copa al nivel de los labios. Subidos unos en los bancos y en las mesas otros, hicieron coro a la proposición del señor Miclesco.

Éste, una vez vueltas a llenar las copas vacías, acudiendo para ello a los inagotables frascos colocados ante él y sus asesores, prosiguió:

—Por las nacionalidades diversas, por los badeneses, los wurtemburgueses, los bávaros, los austríacos, los húngaros, los serbios, los valacos, los moldavos, los búlgaros, los besarabianos, que la Liga Danubiana cuenta en su seno.

Y todos los socios de estas diversas nacionalidades le respondieron como un solo hombre, trasegando el contenido de sus copas.

El presidente de la Liga Danubiana terminó, por fin, su arenga, pronunciando que bebía a la salud de cada uno de los miembros de la sociedad. Pero elevándose su número a 473, viose por desgracia obligado a agruparles en un solo brindis.

Respondiósele, por lo demás, con un millar de *boch!* que se prolongaron hasta la extinción de las fuerzas vocales.

Así se puso fin al segundo número del programa, pues el primero había tenido término con los ejercicios piscatorios.

El tercer número debía consistir en la proclamación de los laureados.

Todos y cada uno aguardaban con una ansiedad muy natural, porque, según se ha dicho, el secreto del jurado había sido guardado. Pero había llegado el momento en que se conocería por fin.

El presidente Miclesco creyóse en el deber de leer la lista oficial de las recompensas en las dos categorías.

Conforme a los estatutos de la sociedad, los premios de menos valor serían proclamados los primeros, lo cual daría a la lectura un interés creciente.

Al ser llamados por sus nombres, los laureados de los premios inferiores en la categoría del número se presentaron ante el estrado. El presidente dioles el parabién y les entregó un diploma y una suma de dinero, variable según el lugar obtenido.

El segundo premio fue concedido, por 77 peces capturados, a un alemán llamado Weber, cuyo éxito fue acogido con calurosos aplausos.

El dicho Weber era, en efecto, muy conocido de sus consocios. Muchas veces había sido ya clasificado en los rangos superiores, en los otros concursos anteriores, y se esperaba que ese día se llevase él el primer premio.

No; solamente 77 peces figuraban en el lote de Weber; 77 escrupulosamente contados, mientras que un concurrente, si no más hábil, más afortunado por lo menos, había presentado 99 en el suyo.

Fue entonces proclamado el nombre de este pescador maestro: era el húngaro Ilia Brusch.

La asamblea, sorprendida en extremo, no aplaudió al oír aquel nombre desconocido de los miembros de la Liga Danubiana, en la cual no había entrado sino muy poco tiempo atrás.

No habiendo creído el vencedor deber presentarse a recoger la suma de cien florines, el presidente Miclesco pasó, sin más tardanza, a la lista de los vencedores en la categoría del peso.

Los premiados fueron rumanos, eslavos y austríacos. Cuando pronunció el nombre del que había sido agraciado en el segundo premio, ese nombre fue aplaudido, como lo había sido el del alemán Weber.

El señor Ivetozar, uno de los asesores, triunfaba con un pez de tres libras y media, que seguramente habría escapado a un pescador que tuviera menos destreza y sangre fría. Era éste uno de los miembros más activos, más celosos y más abnegados de la sociedad, y él era quien hasta entonces había obtenido el mayor número de recompensas; saludesele, pues, con unánimes aplausos.

Sólo quedaba por conceder el primer premio de esta categoría, y los corazones latían apresurados en espera del nombre del vencedor.

Cuánta Fue la extrañeza, más que extrañeza, la estupefacción general, cuando el presidente Miclesco, con una voz cuyo ligero temblor no pudo disimular bastante, pronunció estas palabras:

—Primer premio en el peso, por un pez de diecisiete libras, el húngaro Ilia Brusch.

Un profundo silencio se hizo en la concurrencia. Las manos, prestas a batir palmas, permanecieron inmóviles, y las bocas, prontas a aclamar al vencedor, se callaron.

Un vivo sentimiento de curiosidad inmovilizaba a todo el mundo.

¿Iba, por fin, a aparecer Ilia Brusch? ¿Acudiría a recibir de manos del presidente Miclesco los diplomas de honor y los doscientos florines que les acompañaban?

De pronto, un murmullo corrió a través de la muchedumbre.

Uno de los asistentes, que hasta entonces había permanecido un tanto apartado, avanzaba a la sazón hacia el estrado.

Era el húngaro Ilia Brusch.

A juzgar por su semblante, cuidadosamente afeitado, y que coronaba espesa cabellera de un negro de ébano, Ilia Brusch no había pasado de los treinta años. De estatura un poco más que mediana, ancho de espaldas, bien plantado sobre sus piernas, debía de poseer una fuerza poco común.

Podía uno sorprenderse de que un mozo de este temple hallase complacencia en las distracciones de la pesca de caña, hasta el extremo de haber adquirido la maestría de la que el resultado del concurso daba una prueba irrecusable.

Otra particularidad extraña era que, de un modo o de otro, Ilia Brusch debía de padecer una afección en la vista; anchos anteojos negros ocultaban sus ojos, cuyo color habría sido imposible reconocer. Ahora bien: la vista es el más precioso de los sentidos para quien se apasione por los imperceptibles movimientos del sedal, y unos buenos ojos son necesarios al que quiere destruir las astucias del pez.

Pero admirados o no, forzoso era inclinarse ante la evidencia de los hechos.

No pudiendo ponerse en tela de juicio la imparcialidad del jurado, Ilia Brusch era el vencedor del concurso, y esto en condiciones tales, que nadie había reunido hasta el presente.

La asamblea, pues, salió de su frialdad y mutismo, y muchos aplausos, suficientemente sonoros, saludaron la aparición del vencedor, en el momento de recibir sus diplomas y sus primas de manos del presente Miclesco.

Hecho esto, Ilia Brusch, en vez de descender del estrado, cambió unas breves palabras con el presidente, y volvióse después hacia la asamblea, intrigada, reclamando con el gesto un silencio que obtuvo enseguida como por encanto.

—Señores y queridos colegas —dijo Ilia Brusch—, os ruego que me permitáis dirigiros algunas frases, ya que nuestro presidente ha

tenido a bien autorizarme a ello.

Habríase podido oír el vuelo de una mosca en la sala, poco antes tan animada y bulliciosa. ¿Qué objeto perseguía aquel discurso, no previsto en el programa?

—Deseo en primer término —prosiguió Ilia Brusch— mostraros mi agradecimiento por vuestras simpatías y vuestros aplausos, pero os ruego que creáis que no me enorgullezco más de lo conveniente por el doble éxito que acabo de obtener. No ignoro que este éxito, si hubiese de corresponder al más digno, habría recaído, a buen seguro, en algún miembro más antiguo de la Liga Danubiana, tan rica en valerosos pescadores, y que yo debo, más que a mi mérito, a un capricho del azar.

La modestia de este comienzo fue apreciada por la concurrencia, de la que salieron varias voces de aprobación.

—Debo ahora justificar este azar favorable, y con este objeto he concebido un proyecto, que me figuro habrá de interesar a esta reunión de ilustres pescadores.

»La moda, como vosotros sabéis, mis queridos colegas, se declara hoy por los récords. ¿Por qué razón no habríamos de imitar nosotros a los campeones de otros deportes, inferiores seguramente al nuestro, y no habríamos de intentar establecer el récord de la pesca?

Exclamaciones ahogadas corrieron entre el auditorio; cada uno de los socios traducía su impresión según el temperamento particular.

—Cuando esta idea —continuó el orador— se presentó por vez primera ante mi espíritu, la adopté inmediatamente, e inmediatamente comprendí también en qué condiciones debía efectuarse. Mi título de socio de la Liga Danubiana limitaba, por lo demás, el problema; liguero del Danubio, sólo al Danubio debía demandar el feliz resultado de mi empresa.

»He formado, pues, el proyecto de descender nuestro glorioso río desde sus fuentes hasta el mar Negro, y vivir durante ese recorrido de tres mil kilómetros del producto exclusivo de mi pesca.

»La suerte que hoy me ha favorecido, habría aún aumentado, si es que esto fuera posible, mi deseo de realizar este viaje, cuyo interés estoy seguro de que sabréis apreciar, y por esto os anuncio desde ahora mi partida, fijada para el diez de agosto; es decir, el próximo jueves, dándoos cita para ese día en el punto preciso en que comienza el Danubio.

Es más fácil imaginar que describir el entusiasmo que provocó aquella inesperada comunicación. Durante cinco minutos fue aquello una tempestad de *boch!* y de aplausos frenéticos.

Pero un acontecimiento semejante no podía, en manera alguna, terminarse así; comprendiolo el señor Miclesco y, como siempre, obró cual un verdadero presidente.

Un poco pesadamente tal vez, levantóse nuevamente entre sus dos asesores.

—¡Por nuestro colega Ilia Bruschi! —dijo con voz conmovida, alzando una copa de champaña.

—¡Por nuestro colega Ilia Bruschi! —respondió la asamblea con un ruido de tormenta, al que sucedió un profundo silencio, ya que los hombres no se hallan conformados de tal suerte que les sea posible gritar y beber al mismo tiempo.

El silencio, empero, fue de corta duración.

El vino trasegado hubo de prestar a las cansadas gargantas un vigor nuevo, lo cual les permitió brindar otras muchas veces, hasta el momento en que, en medio de la general alegría, se cerró el famoso concurso de pesca, abierto aquel día, sábado 5 de agosto de 1876, por la Liga Danubiana en la encantadora ciudad de Sigmaringen.

II

EN LAS FUENTES DEL DANUBIO

¿Había ambiciones de gloria en el anuncio que Ilia Brusch hizo a sus colegas, reunidos en *La Cita de los Pescadores*, de su proyecto de descender el Danubio, caña en mano?

Si tal había sido su objeto, muy bien podía vanagloriarse de haberlo logrado.

La prensa se había apoderado del incidente, y todos los periódicos de la región danubiana, sin excepción, habían consagrado al concurso de Sigmaringen sus columnas, en mayor o menor escala, pero capaces siempre de halagar el amor propio del vencedor, cuyo nombre estaba a punto de hacerse totalmente popular.

Al día siguiente, el *Neue Freie Press* de Viena había insertado lo que sigue:

«El último concurso de pesca de la Liga Danubiana finalizó ayer en Sigmaringen con un verdadero golpe de teatro, cuyo héroe, ayer desconocido y hoy casi célebre, es un húngaro llamado Ilia Brusch.

»¿Qué ha hecho, pues, Ilia Brusch —preguntarán nuestros lectores— para merecer una gloria tan repentina?

»En primer lugar, este hombre hábil ha logrado que se le adjudiquen los dos primeros premios del peso y del número, superando en mucho a todos sus rivales, lo cual, al parecer,

no se había visto jamás desde que existen concursos de este género. Esto ya es algo; pero hay todavía más.

»Cuando se han cosechado tantos laureles, cuando se ha obtenido una victoria tan brillante, parece que se tiene derecho a gozar de reposo. No es ésta la opinión de este húngaro, que se prepara a darnos una nueva sorpresa.

»Si no estamos mal informados —y conocida es la seriedad de nuestras informaciones—, Iliá Bruschi anunció a sus colegas su propósito de descender el Danubio, caña en mano, desde sus fuentes hasta su desembocadura en el mar Negro, o sea, un recorrido de tres mil kilómetros aproximadamente.

»Tendremos a nuestros lectores al corriente de las alternativas de esta singular empresa.

»El próximo jueves, .10 de agosto, es cuando Iliá Bruschi debe emprender la marcha. Deseémosle un feliz viaje, pero deseamos asimismo que el terrible pescador no extermine hasta el último representante de la fauna acuática que puebla las aguas del gran río internacional».

Así se expresaba el *Neue Freie Press*, de Viena. No se mostraba menos caluroso el *Pester Lloyd*, de Budapest, lo mismo que el *Sebské Noviné*, de Belgrado, y el *Románul*, de Bucarest, en los cuales la noticia alcanzaba las dimensiones de un artículo.

Todo ello estaba hecho para atraer la atención sobre Iliá Bruschi, y si es verdad que la prensa es el reflejo de la opinión pública, podía esperar aquél excitar un interés creciente a medida que prosiguiese su viaje.

¿No hallaría él, además, en las diversas ciudades del recorrido a miembros de la Liga Danubiana que considerarían como un deber el contribuir a la gloria de su colega? Era indudable que, en caso de necesidad, no dejaría de recibir asistencia y socorros de parte de todos ellos.

Al presente, los comentarios de la prensa obtendrían un gran éxito entre los pescadores de caña.

A los ojos de estos profesionales, la empresa de Ilia Brusch adquiriría una enorme importancia, y muchos ligueros, atraídos a Sigmaringen por el concurso que acababa de llevarse a cabo, habíanse quedado allí, con el fin de asistir a la partida del campeón de la Liga Danubiana.

Si alguien había que no tuviera por qué quejarse de la prolongación de su estancia, era seguramente el patrón de La Cita de los Pescadores.

En la tarde del 8 de agosto, antevíspera del día fijado por el viajero para el comienzo de su original viaje, más de treinta bebedores continuaban dándose buena vida en la gran sala de la taberna, cuya caja, dadas las facultades absorbentes de esta clientela, veía aumentar de día en día sus ingresos.

Sin embargo, a pesar de la proximidad del acontecimiento que había retenido a aquellos curiosos en la capital de Hohenzollern, no era del héroe del día de quien se hablaba en la taberna durante la tarde y noche del 8 de agosto.

Otro acontecimiento aún más importante para aquellos ribereños del gran río servía de tema a la conversación general y ponía a todo el mundo en movimiento.

Nada de extraño ni de exagerado tenía aquella general emoción, y hechos del carácter más serio y sorprendente venían a justificarla ampliamente.

Desde hacía muchos meses, en efecto, las orillas del Danubio se hallaban desoladas por un perpetuo bandidaje. Incontable era el número de robos de todas clases, y hasta de asesinatos, pues muchas personas habían pagado con su vida la resistencia que intentaban oponer a los desconocidos malhechores.

Estaba fuera de toda duda que semejante serie de crímenes no había podido ser cometida por algunos individuos aislados; tratábase, sin duda, de una banda bien organizada y muy numerosa, a juzgar por sus actos.

Una circunstancia muy singular era que esa banda no operaba más que en las proximidades inmediatas del Danubio. Más allá de dos kilómetros de una y otra margen del río, jamás había podido atribuírsele legítimamente un solo crimen.

No obstante, el teatro de sus operaciones no parecía tan limitado en su longitud, como lo estaba en su anchura, y las riberas austríacas, húngaras, serbias o rumanas eran saqueadas igualmente por aquellos bandidos, que en ninguna parte podían ser atrapados.

Una vez dado el golpe, desaparecían hasta el próximo crimen, cometido muchas veces a centenares de kilómetros del anterior. En el intervalo, no se encontraba huella alguna de ellos; parecían haberse volatilizado lo mismo que los objetos materiales, muy pesados a veces, que representaban su botín.

Los gobiernos interesados habían acabado por conmoverse ante esos crímenes excesivos, imputables verosímilmente a la falta de cohesión de las fuerzas represivas.

Una negociación diplomática se había entablado a este propósito, y, según comunicaba la prensa, aquella misma mañana del día 8 de agosto habíase acordado la creación de una policía internacional, repartida en todo el curso del Danubio, bajo la autoridad de un jefe único.

La designación de este jefe había sido particularmente laboriosa, pero por fin habíanse puesto de acuerdo en el nombre de Karl Dragoch, detective húngaro muy conocido en la región.

Era Karl Dragoch, en efecto, un policía notable y no podría haberse confiado a otro más digno aquella difícil empresa.

De cuarenta y cinco años de edad, era un hombre de complexión más bien débil, y dotado de fuerza moral más que de fuerza física. Tenía, empero, vigor bastante para soportar las fatigas propias de su profesión, como tenía asimismo bravura para hacer frente a los peligros. Residía habitualmente en Budapest, pero muy a menudo estaba en campaña ocupado en alguna investigación difícil y delicada.

Su conocimiento perfecto de todos los idiomas del sudeste de Europa, del alemán y del rumano, del serbio, del búlgaro y del turco, aparte del húngaro, su lengua materna, le permitía no verse jamás obstaculizado, y en su calidad de célibe no tenía que temer que los cuidados de la familia viniesen a poner trabas a la libertad de sus movimientos.

Su nombramiento había impresionado favorablemente al público y a la prensa.

En la gran sala de La Cita de los Pescadores, la nueva había sido acogida de un modo sumamente halagüeño.

—No podía haberse efectuado mejor elección —afirmaba, en el momento de encenderse las lámparas de la taberna, el señor Ivetozar, titular del segundo premio del peso en el concurso que acababa de terminar—. Conozco a Dragoch: es todo un hombre.

—Y un hombre hábil —declaró Miclesco.

—¡Quiera Dios —exclamó un croata llamado Svr̂b, propietario de una tintorería en uno de los arrabales de Viena— que consiga sanear las orillas del río, en donde no es, a la verdad, tolerable la vida!

—Karl Dragoch tiene por delante un negocio arduo y difícil —dijo el alemán Weber, moviendo la cabeza—, habrá que verle con las manos en la labor.

—Seguramente está ya metido en ella —dijo el señor Ivetozar—; no lo dude usted.

—Seguro —aprobó el señor Miclesco—; no es de los que suelen perder el tiempo. Si su nombramiento, como dicen los periódicos, se remonta a cuatro días, hace tres lo menos que se halla en campaña.

—¿Por dónde va a comenzar? —preguntó el señor Piscea, un rumano de nombre predestinado, como se ve, para pescador de caña—. Yo me vería en un aprieto, lo confieso, si me encontrara en su lugar.

—Por eso precisamente no se le ha puesto a usted en su lugar, mi querido amigo —replicó en tono de chanza un serbio—. Esté usted seguro de que Dragoch se halla perfectamente tranquilo; en

cuanto a conocer su plan, ya es otra cosa. Quizá se ha dirigido a Belgrado, tal vez ha permanecido en Budapest... A menos que no haya preferido venir precisamente aquí, a Sigmaringen, y que no se halle en este momento entre nosotros en La Cita de los Pescadores.

Esta suposición obtuvo un gran éxito de hilaridad.

—¡Entre nosotros! —exclamó Weber—. ¿Qué iba a hacer aquí, donde jamás, que recuerden los nacidos, ha habido que lamentar el menor crimen?

—¡Eh! —exclamó Michael Michaelovitch—; aunque sólo fuera para asistir pasado mañana a la partida de Ilia Brusch... A menos que Ilia Brusch y Karl Dragoch no sean una misma persona...

—¿Cómo?

—¡Pardiez! Sería una gran cosa. Nadie sospecharía que bajo la piel del vencedor del concurso está un policía que de esa manera podría inspeccionar el Danubio con toda libertad.

Todo el mundo rió aquella salida.

—A menos... —volvió a decir, empleando un giro que le era muy familiar.

—¿A menos...?

—A menos que Karl Dragoch no tenga otro motivo para venir aquí —prosiguió, pasando sin transición a otra hipótesis no menos fantástica que la primera.

—¿Qué motivo?

—Suponed, por ejemplo, que ese proyecto de descender el Danubio, caña en mano, le parezca oscuro y sospechoso.

—¿Por qué?

—¡Caramba! Tampoco sería un mal negocio para un ladrón el ocultarse bajo el pellejo de un pescador, y, sobre todo, de un pescador tan conocido. Semejante celebridad vale más que todos los incógnitos del mundo. Podrían darse cuantos golpes se quisieran y sobre seguro, a condición de pescar en los intervalos, con objeto de probar la coartada.

—Sí —objetó doctoralmente el presidente Miclesco—, pero se necesitaría conocer el arte de la pesca y éste es un privilegio

reservado a los hombres honrados.

Esta observación moral, un poco atrevida tal vez, fue frenéticamente aplaudida por todos aquellos apasionados pescadores.

—A la salud del presidente —gritó, alzando su vaso.

—A la salud del presidente —repitieron todos los bebedores vaciando los suyos como un solo hombre.

—A la salud del presidente —repitió un parroquiano solitario que desde hacía algunos instantes parecía tomar un vivo interés en las réplicas cambiadas a su alrededor.

El señor Miclesco no pudo menos de agradecer el amable procedimiento de aquel desconocido, y para darle las gracias bosquejó hacia él un gesto de brindis. El bebedor solitario, juzgando, sin duda, suficientemente roto el hielo por aquel gesto cortés, se consideró como autorizado para dar parte de sus impresiones a la respetable concurrencia.

—¡Bien contestado, a fe mía! Sí, en efecto, el pescar es un placer de gentes honradas.

—¿Tendríamos la fortuna de hablar con un colega? —preguntó el señor Miclesco, acercándose al desconocido.

—¡Oh! —respondió éste con modestia—. Un aficionado, a lo sumo, que se apasiona con los buenos golpes, pero que no siente deseos ardientes de imitarlos.

—Tanto peor, señor...

—Jaeger.

—Tanto peor, señor Jaeger; pues de eso debo inferir que no tendremos el honor de contarle en el número de los miembros de la Liga Danubiana.

—¿Quién sabe? —contestó el señor Jaeger—; tal vez algún día me decida yo a coger la caña, y ese día seré seguramente de los suyos, siempre, por supuesto, que reúna las condiciones requeridas para la admisión.

—No lo dude —afirmó con precipitación el señor Miclesco, excitado por la esperanza de reclutar a un nuevo socio—. Cuatro

solamente son esas sencillísimas condiciones. La primera consiste en pagar una pequeña cuota anual; ésta es la principal.

—Por supuesto —añadió el señor Jaeger, riendo.

—La segunda consiste en amar la pesca. La tercera, en ser un compañero agradable; y yo considero que esta tercera condición está desde luego realizada.

—¡Mil gracias!

—La cuarta consiste única y exclusivamente en la inscripción del nombre y de la dirección en las listas de la sociedad. Ahora bien: teniendo como tengo ya su nombre, en cuanto tenga su dirección...

—Cuarenta y cinco, Leipzigerstrasse, en Viena.

—Será usted un liguero completo por el precio de veinte coronas al año.

Ambos interlocutores se echaron a reír de buena gana.

—¿Y no se necesitan más formalidades?

—No.

—¿Ni es necesario identificarse?

—¡Vamos, señor Jaeger —objetó el señor Miclesco—, considere usted que para pescar con caña...!

—Es verdad. Por lo demás, esto carece de importancia. Todo el mundo debe de conocerse en la Liga.

—Todo lo contrario, precisamente. ¡Figúrese usted! Algunos de nuestros camaradas habitan aquí en Sigmaringen, al paso que otros residen en las orillas del mar Negro. Esto no ayuda a facilitar relaciones de vecindad.

—¡En efecto!

—Así, por ejemplo, el sorprendente vencedor del último concurso...

—¿Ilia Brusch?

—El mismo; pues bien: nadie le conocía.

—No es posible.

—Pues así es. Verdad es que no hace más de quince días que forma parte de la Liga. Ilia Brusch ha sido para todo el mundo una sorpresa, ¿qué digo?, una verdadera revelación.

—Lo que en términos deportivos se denomina *outsider*.

—Justamente.

—¿Y de qué país es?

—Húngaro.

—Como usted, entonces; porque usted es húngaro, señor presidente.

—Sí, señor; húngaro *pur sang*; de Budapest.

—¿Mientras que Ilia Brusch...?

—Es de Szalka.

—¿Dónde está Szalka?

—Es una villa, una pequeña ciudad, si quiere usted, en la margen derecha del Ipoly, río que vierte sus aguas en el Danubio unas cuantas leguas más allá de Budapest.

—Con este motivo, podrá usted entablar con él relaciones de vecindad.

—No antes de dos o tres meses; pues bien necesitará todo ese tiempo para realizar su viaje.

—¡A menos que no lo realice! —insinuó el serbio, mezclándose tranquilamente en la conversación.

Otros pescadores se aproximaron, convirtiendo al señor Jaeger y al señor Miclesco en el centro de un reducido grupo.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —interrogó Miclesco—; tiene usted una imaginación demasiado ardiente, Michael Michaelovitch.

—Pura broma, mi querido presidente —contestó el interruptor—. No obstante, si, según usted, Ilia Brusch no puede ser ni un policía ni un malhechor, ¿por qué no habría de ser simplemente un bromista?

El señor Miclesco tomó la cosa en serio.

—Tiene usted un espíritu malévolo, Michael Michaelovitch —replicó—; lo cual puede acarrearle un disgusto el día menos pensado. Ilia Brusch me ha hecho el efecto de un hombre valiente y de un hombre serio. Por lo demás, es miembro de la Liga Danubiana, y con esto está dicho todo.

—¡Bravo! —exclamaron por todas partes.

Michael Michaelovitch, sin parecer muy confundido por la lección, aprovechó con una admirable presencia de espíritu aquella nueva ocasión de proponer un brindis.

—En este caso —dijo, alzando su vaso—, ¡a la salud de Ilia Brusch!

—¡A la salud de Ilia Brusch! —respondió en coro la asamblea, sin exceptuar al señor Jaeger, que vació concienzudamente su vaso hasta la última gota.

No se hallaba, sin embargo, aquella humorada de Michael Michaelovitch tan desprovista de buen sentido como las precedentes: después de haber anunciado solemnemente su proyecto, Ilia Brusch no había vuelto a aparecer por allí, nadie había oído hablar de él. ¿No resultaba muy singular que se mantuviese apartado de aquella manera, y no podía, por ende, suponerse legítimamente que había querido embromar a sus demasiado crédulos colegas?

Para hallarse tranquilo acerca del particular, la espera en todo caso no sería de larga duración; treinta y seis horas más tarde se sabría a qué atenerse.

Los que se interesasen en aquel proyecto no tenían que hacer más que trasladarse a unas cuantas leguas de Sigmaringen; y allí encontrarían seguramente a Ilia Brusch, si era éste un hombre tan serio como afirmaba el presidente Miclesco.

Una dificultad, empero, podía presentarse. ¿Se hallaba determinada con precisión la fuente del gran río? ¿Señalábanla los mapas con exactitud? ¿No existiría alguna incertidumbre sobre ese punto y no estaría Ilia Brusch en un sitio cuando se le buscase en otro?

Pero sin duda los curiosos más avisados se habían dicho que el punto de partida de Ilia Brusch —si es que partía— sería Donaueschingen, porque allí fue adonde se trasladaron la mayor parte de los socios de la Liga Danubiana, en compañía del presidente Miclesco.

Desde las primeras horas de la mañana del día 10 de agosto se situaron sobre ambas orillas del Breg, en la confluencia de los dos arroyos.

Pero las horas transcurrieron sin que la presencia del hombre del día fuese por nadie señalada.

—No vendrá —afirmaba el uno.

—No es más que un mistificador —decía el otro.

—Y nosotros somos unos simples —añadía Michael Michaelovitch, muy ufano de su triunfo.

Sólo el presidente Miclesco persistía en tomar calurosamente la defensa de Ilia Brusch.

—No —afirmaba—; jamás admitiré que un miembro de la Liga Danubiana haya tenido el pensamiento de gastar semejante broma a sus colegas... Ilia Brusch se habrá retrasado... Esperemos... Muy pronto, indudablemente, le veremos llegar.

Tenía razón el señor Miclesco en mostrarse tan confiado.

Un poco antes de las nueve un grito salió del grupo que se encontraba en la confluencia del Breg y del Brigach.

—¡Ahí está! ¡Ahí está!

A doscientos pasos, y dando la vuelta a un recodo, viose aparecer un bote llevado sin gran esfuerzo contra la corriente.

En la parte de atrás un hombre solo lo dirigía.

Era efectivamente aquel que pocos días antes había figurado en el concurso abierto por la Liga Danubiana; el que había ganado en buena y reñida lid los dos primeros premios de dicho concurso, el del número y el del peso; era, en una palabra, el húngaro Ilia Brusch.

Tan pronto como el bote hubo alcanzado la confluencia de que acabamos de hablar, se detuvo y fue amarrado.

Desembarcó Ilia Brusch, y todos los curiosos le rodearon.

Era indudable que no se esperaba hallar una tan numerosa concurrencia, puesto que pareció un poco embarazado al verse rodeado por tantas personas.

El presidente Miclesco se le aproximó y le alargó una mano, que Iliá Brusch estrechó entre las suyas, después de haberse descubierto, quitándose su casquete de piel de nutria.

—Iliá Brusch —dijo el señor Miclesco con una dignidad verdaderamente presidencial—, me considero muy dichoso en volver a ver al gran triunfador de nuestro último concurso.

El gran laureado se inclinó para dar las gracias. El presidente siguió:

—Desde el momento en que nos encontramos en las fuentes de nuestro gran río internacional, es de creer que se halla usted decidido a poner en ejecución su proyecto de descender por él, pescando con caña, hasta su desembocadura.

—Así es, en efecto, señor presidente —respondió sin vacilar un punto Iliá Brusch.

—¿Y va a ser hoy mismo cuando va usted a comenzar su excursión y su descenso por el Danubio?

—Hoy mismo.

—¿Y en qué forma tiene usted pensado llevar a efecto todo el recorrido?

—Abandonándome a la corriente.

—¿En este bote?

—Así es.

—¿Sin detenerse nunca?

—Sí, durante la noche.

—No ignorará usted que se trata de un recorrido de unos tres mil kilómetros...

—A diez leguas por día, necesitaré para recorrerlos aproximadamente unos dos meses.

—Entonces, ¡buen viaje, Iliá Brusch!

—Un millón de gracias, señor presidente.

Iliá Brusch saludó por última vez y subió a su embarcación, en tanto que los curiosos se apretujaban para verle partir.

Cogió su caña, la cebó, depositóla sobre uno de los bancos, desamarró el bote, empujándolo luego, y después, sentándose a

popa, lanzó el sedal.

Momentos después lo retiraba.

Un barbo se agitaba en el anzuelo. Pareció aquello un feliz presagio, y como en tal momento fuese a doblar un recodo, toda la asistencia aclamó con frenéticos *boch!* al laureado de la Liga Danubiana.



EL PASAJERO DE ILIA BRUSCH

Había dado comienzo, por consiguiente, el descenso del gran río que iba a pasear a Ilia Brusch a través de un ducado: Badén; dos reinos: Wurtemberg y Baviera; dos imperios: Austria-Hungría y Turquía, y tres principados: Hohenzollern, Serbia y Rumanía.

El original pescador no tenía que temer fatiga durante ese largo recorrido de más de setecientas leguas. La corriente del Danubio se encargaría de llevarle hasta la desembocadura, a razón de algo más de una legua por hora, o sea, por término medio, unos cincuenta kilómetros diarios.

Inútil sería decir que el bote contenía todos los útiles que constituyen el material del buen pescador.

Ilia Brusch no habría podido pasarse sin ellos dado que, según el proyecto por él comunicado a sus colegas el día del concurso, debía, durante todo ese viaje, vivir única y exclusivamente del producto de su pesca, ya la consumiese él mismo en especie, o ya la cambiase por dinero o por otras especies que le permitieran variar algo sus comidas, sin faltar al programa convenido.

Con ese objeto, Ilia Brusch, al llegar la noche, iría a vender los peces obtenidos durante el día, y ese pescado no dejaría de tener compradores después del ruido que se hizo en torno del pescador.

Así transcurrió la primera jornada.

Sin embargo, un observador que hubiese podido no apartar los ojos de Ilia Brusch, habríase sorprendido, con mucha razón, del poco ardor que el laureado de la Liga Danubiana parecía poner en

la pesca, a pesar de constituir ésa la única razón de ser de su viaje y de su empresa.

Cuando se creía al abrigo de las miradas, se apresuraba a cambiar la caña por el remo y bogaba con todas sus fuerzas, como si hubiese querido apresurar la marcha del bote.

Si, por el contrario, aparecían algunos curiosos en una de las orillas o cruzaba un batel, enseguida cogía su arma profesional, y contando con su innegable habilidad, no tardaba en sacar fuera del agua algún pez, que le valía los aplausos de los espectadores.

Pero no bien quedaban los curiosos ocultos por alguna sinuosidad de las orillas o se perdía el batel en un recodo, empuñaba nuevamente el remo e imprimía a su pesado bote una velocidad que se sumaba a la de la corriente.

¿Tenía, pues, Iliá Brusch algún motivo para abreviar su viaje; viaje, sin embargo, que nadie le había obligado a emprender?

Sea lo que quiera acerca de este particular, lo cierto es que avanzaba con bastante celeridad; a razón quizá de ocho kilómetros por hora, si es que no superaba esta velocidad.

Después de haber pasado ante algunas localidades sin importancia, dejó tras sí a Tuttlingen, centro más considerable, sin detenerse en él, a pesar de las instancias de sus admiradores, que desde una de las orillas le rogaban que recalase algún tiempo allí; Iliá Brusch, agradeciendo con un movimiento la invitación, se negó a interrumpir su deriva.

Hacia las cuatro de la tarde llegó a la pequeña ciudad de Fridingen, a cuarenta \ ocho kilómetros de su punto de partida.

De muy buen grado habría dejado Fridingen, como las poblaciones precedentes; pero el entusiasmo público se lo impidió.

Tan pronto como apareció, una multitud de barcas, de donde partían innumerables *boch!*, se destacaron de la orilla y rodearon al glorioso vencedor del romeo de pesca.

Tan pronto como el bote se detuvo, unos doscientos badenenses se le acercaron, llamándole, rodeándole, prestándole los honores que le eran debidos.

—¡Eh, por aquí, Brusch!

—Un vaso de excelente cerveza.

—Nosotros compramos el pescado.

—Un florín por esto.

El viajero no sabía qué responder, y muy pronto su pesca hubo de valerle algunas hermosas monedas.

Con la prima ganada ya en el concurso, acabaría por reunir una buena suma, si el entusiasmo se propagaba de aquella manera, desde las fuentes del gran río hasta su desembocadura.

¿Y por qué había de tener fin aquel entusiasmo? ¿No constituía un honor para ellas el poseer una pieza de las pescadas por sus manos?

Seguramente no tendría que tomarse la molestia de ir a los domicilios a deshacerse de su mercancía, pues el público se la disputaría con encarnizamiento. Aquel viaje era verdaderamente una idea genial.

Aquella tarde, además de haber vendido con entera facilidad su pesca, no faltaron las invitaciones.

Ilia Brusch, que parecía deseoso de no abandonar su embarcación más que lo estrictamente necesario, las rechazó todas, como rechazó asimismo las invitaciones para tomar un vaso de vino o de cerveza en las tabernas próximas a la orilla.

Sus admiradores debieron renunciar a ello y separarse de su héroe, después de haberse citado para el día siguiente en el momento de la partida.

Pero al día siguiente no encontraron ya el bote.

Ilia Brusch había marchado antes del alba, y aprovechándose de la soledad de la hora, remaba vigorosamente, manteniéndose en medio del río a igual distancia de sus orillas, bastante escurpadas.

Ayudado por la rápida corriente, pasó a las cinco de la mañana por Sigmaringen a algunos metros de La Cita de los Pescadores.

Sin duda que un poco más tarde algún miembro de la Liga Danubiana acudiría a ponerse de codos en el balcón de la taberna, con el fin de espiar y acechar la llegada de su colega. La acecharía

en vano; el pescador entonces estaría muy lejos, si seguía avanzando a aquel paso.

A algunos kilómetros de Sigmaringen dejó Ilia Brusch tras de sí el primer afluente del Danubio, un simple arroyo, el Louchat, que se unía por la orilla izquierda.

Aprovechándose del alejamiento relativo de los centros habitados en esta parte de su recorrido, Ilia Brusch activó durante toda aquella jornada la marcha de su embarcación, no pescando más que el mínimo indispensable.

A la noche, no habiendo pescado más que exactamente lo necesario para su consumo personal, se detuvo en plena campiña, cerca de la ciudad de Mundelkingen, cuyos habitantes no le creían seguramente tan cercano.

A esta segunda jornada de navegación sucedió la tercera, que fue casi idéntica.

Derivó rápidamente ante Mundelkingen antes de la salida del sol, y no habían dado las cinco cuando se encontraba amarrado ya a una anilla de hierro en el muelle de Ulm, primera ciudad del reino de Wurtemberg, después de Stuttgart, su capital.

La llegada del célebre viajero no había sido señalada.

No se le esperaba hasta el día siguiente hacia las últimas horas de la tarde; no hubo, pues, el apresuramiento habitual. Muy satisfecho de este su incógnito, Ilia Brusch resolvió emplear el día en una visita sumaria a la ciudad.

No sería, sin embargo, escrupulosamente exacto el decir que el muelle estaba completamente desierto.

Había, por lo menos, un paseante, y hasta todo inclinaba a creer que aquel paseante aguardaba a Ilia Brusch, puesto que desde el momento en que descubrió la embarcación la había seguido, marchando a lo largo de la orilla.

Según todas las probabilidades, el laureado de la Liga Danubiana no evitaría, por consiguiente, la ovación habitual.

No obstante, desde el punto en que el bote quedó amarrado al muelle, el paseante solitario no se había acercado; habiéndose

quedado a alguna distancia observando y pareciendo tener cuidado de no ser visto.

Era un hombre de regular estatura, enjuto de carnes, la mirada viva y ardiente, aun cuando seguramente había pasado de los cuarenta, y todo él cubierto con un traje a la usanza húngara. En la mano llevaba una maleta de cuero.

Ilia Brusch, sin concederle la menor atención, amarró sólidamente su bote, saltó a tierra y gano la primera calle, subiendo hacia la ciudad.

Siguió el desconocido tras él, después de haber colocado en el bote la maleta de cuero que llevaba en la mano.

Uno en pos del otro, pasaron por diversas calles, cruzaron ante el Ayuntamiento y volvieron a bajar hacia el río.

Antes de llegar al muelle, Ilia Brusch hizo alto para presenciar el desfile de una compañía de individuos encaramados sobre sus zancos, ejercicio muy extendido en Ulm, aun cuando no les esté impuesto a los habitantes, como lo está aún en la antigua ciudad universitaria de Tubingen, a causa de un suelo húmedo y resbaladizo, impropio para la marcha de los simples peatones.

Con el fin de disfrutar mejor de aquel espectáculo, cuyos actores eran unos cuantos jóvenes de ambos sexos, Ilia Brusch había tomado asiento en un café.

No dejó el desconocido de ir a sentarse a una mesa próxima a la suya, y ambos se hicieron servir un vaso de la famosa cerveza del país.

Diez minutos después, volvían a ponerse en camino, pero en un orden inverso al que hasta entonces habían llevado.

El desconocido marchaba ahora delante y a paso acelerado, y cuando Ilia Brusch, que le seguía a su vez sin darse cuenta de ello, alcanzó su embarcación, hallóle allí instalado y parecía que llevaba mucho tiempo aguardando.

Era aún día claro, Ilia Brusch percibió desde lejos a aquel intruso, cómoda y tranquilamente sentado sobre la caja de popa y con una maleta de cuero amarillo a sus pies.

Muy sorprendido, apresuró el paso.

—Perdone usted, caballero —dijo, saltando a su embarcación—; creo que se ha equivocado.

—En manera alguna —contestó el desconocido—. A usted es precisamente a quien yo deseo hablar.

—¿A mí?

—A usted, señor Ilia Brusch.

—¿Con qué objeto?

—Para proponerle un negocio.

—¡Un negocio! —replicó el pescador, sumamente sorprendido y sin saber a qué atenerse.

—Y hasta un excelente negocio —afirmó el desconocido, que invitó con un gesto a su interlocutor a que se sentara.

Invitación un poco incorrecta, seguramente, porque no es costumbre invitar a sentarse a aquel que le recibe a uno en su casa.

Pero aquel desconocido hablaba con tanta decisión y con tan firme y tranquila seguridad, que Ilia Brusch no pudo menos de sentirse impresionado.

Sin decir una sola palabra ni hacer el menor gesto de protesta, obedeció a la invitación que se le hizo.

—Como todo el mundo —continuó entonces el desconocido—, conozco yo perfectamente su proyecto, y sé, por consiguiente, que piensa usted descender el Danubio hasta su desembocadura, viviendo única y exclusivamente del producto de la pesca que efectúe. Por lo que a mí respecta, he de decirle que soy un entusiasta aficionado del arte de la pesca y desearía vivísimamente interesarme en su empresa.



—¿De qué manera?

—Voy a decírselo enseguida; pero antes de hacerlo permítame que le haga una sencilla pregunta ¿en cuánto calcula usted el valor de los peces que ha de pescar en todo el transcurso del viaje?

—¿Lo que podrá reportarme mi pesca?

—Sí. Entiendo, por supuesto, la pesca que piensa usted vender, sin tener en cuenta para nada absolutamente aquella parte de ella que ha de consumir personalmente.

—Más o menos un centenar de florines.

—Yo le ofrezco quinientos.

—¡Quinientos florines! —repitió, asombrado, Ilia Brusch.

—Sí; quinientos florines, pagados en dinero contante y por adelantado, si lo desea.

Ilia Brusch miró al autor de aquella singular proposición y su mirada debía de ser muy elocuente, dado que aquél respondió al pensamiento que el pescador no se atrevía a expresar con palabras.

—Esté usted perfectamente tranquilo, señor Brusch; estoy en mi sano juicio.

—Entonces, ¿cuál es su objeto? —preguntó el laureado, no del todo convencido todavía.

—Ya se lo he dicho —explicó el desconocido—. Deseo interesarme en sus proezas, y hasta quiero asistir a ellas. Y, además, está también la emoción del jugador... Después de haberle entregado quinientos florines habrá de divertirme en gran manera el ver que esa suma vuelve a entrar en mis bolsillos todas las noches por pequeñas fracciones, a medida que vaya usted vendiendo su pesca.

—¿Todas las noches? —repitió Ilia Brusch—. ¿Tendría, pues, usted la intención de embarcarse conmigo?

—Indudablemente. Por supuesto que mi pasaje no se hallaría comprendido en nuestros convenios, y lo pagaría con otra suma igual de quinientos florines, lo que hará un total de mil florines, siempre, por supuesto, al contado y por adelantado.

—¡Mil florines! —repitió de nuevo Ilia Brusch, cuya sorpresa iba en aumento.

La proposición era en verdad tentadora. Pero es de suponer que el pescador tenía grandes deseos de encontrarse solo, puesto que respondió vivamente:

—Lo siento en el alma, caballero, pero no puedo aceptar.

No era ésta, indudablemente, la opinión del entusiasta aficionado a la pesca, que no pareció quedarse muy impresionado por lo claro y terminante de la negativa.

—¿Me permitirá usted, señor Brusch, que le pregunte el porqué de esa negativa?

—No tengo por qué dar razones de mis actos; me niego, he ahí todo. Me parece que estoy en mi perfecto derecho —prosiguió Ilia Brusch, que empezaba a dar muestras de impaciencia.

—Claro está que se halla usted en su derecho —reconoció, sin conmoverse, su interlocutor—. Pero tampoco me excedo yo del mío, rogándole que tenga la bondad de hacerme conocer los motivos a que puede obedecer su decisión. Mi proposición no era en manera alguna descortés, sino precisamente todo lo contrario, y es muy natural que aspire a ser tratado con la debida cortesía.

Estas palabras habían sido pronunciadas de un modo que nada tenía de conminatorio; pero el tono era tan firme, y hasta tan lleno de autoridad, que Ilia Brusch no pudo menos de sentirse impresionado.

Si deseaba conservar su soledad, deseaba indudablemente más todavía evitar una discusión intempestiva, porque hubo enseguida de reconocer que aquella observación estaba perfectamente justificada.

—Tiene usted razón, caballero —contestó—. Diré a usted, por consiguiente, en primer lugar, que sentiría escrúpulos en dejarle realizar una operación que sería indiscutiblemente desastrosa.

—Eso es un asunto que me concierne exclusivamente.

—Lo es también mío, porque mi intención no es pescar más allá de una hora cada día.

—¿Y el resto del tiempo?

—Remo para apresurar la marcha de mi bote.

—¿Tiene usted prisa?

Ilia Brusch se mordió los labios.

—Que tenga prisa o no —respondió algo más secamente—, el caso es este. Debe usted comprender que en semejantes condiciones, el aceptar sus quinientos florines sería un verdadero robo.

—No ahora que ya me hallo prevenido —contestó el desconocido, sin perder ni un ápice de su imperturbable calma.

—Es igual —replicó Ilia Brusch—, a menos que yo me comprometiese a pescar durante una hora todos los días. Ahora bien; nunca me impondré yo semejante obligación. Quiero obrar a mi antojo, quiero ser libre.

—Lo será usted. Pescará única y exclusivamente cuando le venga en gana; hasta eso mismo vendrá a ser algo que aumente las peripecias del juego... Por otra parte, yo sé que es usted lo bastante hábil para que dos o tres golpes afortunados sean suficientes para asegurarme un beneficio; y continúo, por consiguiente, considerando el negocio como excelente. Persisto, pues, en ofrecer los quinientos florines por la pesca, mas otros quinientos por el pasaje.

—Y yo persisto en rehusarlos.

—Entonces reiterare mí pregunta; ¿por qué?

Una insistencia tal tenía verdaderamente algo de anormal y chocante. Ilia Brusch, de un natural muy calmoso, comenzaba, no obstante, a perder la paciencia.

—¿Por qué? —respondió más vivamente—. Creo habérselo dicho ya. Añadiré, puesto que lo exige, que no deseo a nadie absolutamente a bordo. No se halla prohibido, supongo yo, el amar la soledad y desear, por ende, encontrarse solo.

—En efecto —reconoció su interlocutor, sin dar la más mínima muestra de abandonar el banco en que parecía hallarse fuertemente incrustado—. Pero conmigo estará usted solo. No me moveré de mi

sitio, y hasta no pronunciaré ni una sola palabra, si usted me impone esa condición.

—¿Y durante la noche? —replicó Ilia Brusch, a quien la cólera iba invadiendo poco a poco—. ¿Cree usted que dos personas estarán con comodidad en mi camarote?

—Es bastante espacioso para contenerlas —respondió el desconocido—. Por lo demás, mil florines bien pueden compensar un poco de incomodidad y de molestia.

—No se si pueden o 110 compensarla —replicó Ilia Brusch, mas y más irritado cada vez—; pero yo no quiero. No, no lo quiero; cien veces no, mil veces no; creo que está perfectamente claro.

—Muy claro, efectivamente —respondió el desconocido.

—¿Entonces...? —preguntó Ilia Brusch, mostrando el muelle con la mano.

Pero su interlocutor no pareció comprender aquel gesto, bien elocuente sin embargo.

Había sacado una pipa de su bolsillo y la cargaba con gran cuidado.

Semejante aplomo aumentó la exasperación de Ilia Brusch.

—¿Será, pues, menester que yo le deposite a usted en tierra? —gritó ya fuera de sí.

El desconocido había acabado de cargar su pipa.

—Haría usted mal —dijo, sin que su voz revelase el menor temor—. Y esto, por tres principales razones: la primera es que una riña no podría dejar de provocar la intervención de la policía, lo cual habría de obligarnos a ir a ambos a la comisaría, dar nuestros nombres y apellidos y vernos sometidos a un interrogatorio interminable. Esto no me divertiría gran cosa, se lo confieso; y por otra parte, esta aventura sería poco a propósito para abreviar su viaje, como parece usted desearlo tan vivamente.

¿Contaba mucho el desconocido con la fuerza de este argumento?

Si tal era su esperanza, motivos tenía para encontrarse plenamente satisfecho.

Ilia Brusch, súbitamente ablandado, parecía dispuesto a escuchar hasta el fin. El discreto orador, muy ocupado a la sazón en encender su pipa, no se dio, por lo demás, cuenta del efecto que sus palabras habían producido.

Iba a continuar su plácida argumentación cuando en aquel preciso instante una tercera persona, a la que Ilia Brusch, absorto, a causa de la discusión, en sus propios pensamientos, no había visto acercarse, saltó a la barca.

El recién llegado vestía el uniforme de los gendarmes alemanes.

—¿El señor Ilia Brusch? —preguntó enseguida el representante de la fuerza pública.

—Yo soy —respondió el interpelado.

—¿Tiene la bondad de enseñarme sus papeles?

Tal demanda cayó como una piedra en el centro de un tranquilo lago. Ilia Brusch quedó visiblemente aturdido.

—¿Mis papeles...? —balbució—. Yo no tengo papeles si no son algunos sobres de cartas y los recibos de los alquileres de la casa que habito en Szalka. ¿Eso es suficiente?

—Eso no son papeles —replicó el gendarme con disgusto—. Una partida de nacimiento, una carta de circulación, una libreta de obrero, un pasaporte; he ahí los papeles. ¿Tiene usted algunos de esa clase?

—Nada absolutamente —contestó Ilia Brusch con verdadera desolación.

—Eso es sensible y fastidioso para usted —murmuró el gendarme, que parecía muy sinceramente apenado por verse en la necesidad de mostrarse cruel.

—¡Para mí! —protestó el pescador—. Pero yo soy un hombre honrado; puede usted creerlo.

—Estoy convencido de ello —proclamó el gendarme con sincero acento.

—Y nada tengo que temer de nadie. Por lo demás, soy bien conocido. Soy el vencedor del último concurso de pesca, celebrado por la Liga Danubiana en Sigmaringen; concurso del cual ha

hablado toda la prensa, y seguramente que aquí mismo tendré yo quien responda por mí.

—Se les buscará; esté usted tranquilo —aseguró el gendarme—. Entretanto, me veo obligado a rogarle que me siga a ver al comisario, que se asegurará de su identidad.

—¿A ver al comisario? —exclamó Ilia Brusch—. ¿Pues de qué se me acusa?

—De nada absolutamente. Sólo que yo tengo una consigna. Esta consigna es la de vigilar el río y conducir al comisario a todos aquellos a quienes yo encuentre desprovistos de papeles en regla. Ahora bien: ¿está usted en el río? Sí. ¿Tiene usted papeles en regla? No. Luego, yo tengo la obligación de llevarle a usted ante el comisario; lo demás no me incumbe.

—Pero esto es una injusticia —dijo en son de protesta Ilia Brusch, que parecía completamente desesperado.

—Es como es —declaró el gendarme, con flema.

El aspirante a pasajero, cuya exposición había sido tan bruscamente interrumpida, concedía a aquel diálogo una atención tal, que había dejado apagarse su pipa.

Juzgó llegado el momento de intervenir.

—Si yo —dijo— respondiese por el señor Ilia Brusch, ¿no sería con ello suficiente?

—Eso depende... —contestó el gendarme—. ¿Quién es usted?

—He aquí mi pasaporte —dijo el aficionado a la pesca, tendiendo un papel desplegado.

Recorriolo el gendarme con la mirada, y en el acto cambió su actitud radicalmente.

—Esto es diferente —dijo.

Volvió a plegar el pasaporte, que devolvió enseguida a su propietario.

Una vez hecho esto saltó al muelle.

—Hasta la vista, señores —dijo, dirigiendo un saludo lleno de deferencia al compañero de Ilia Brusch.

Éste, tan admirado y sorprendido de la rapidez con que se había producido aquel inesperado incidente, como de la manera de ser solucionado, siguió con los ojos a su enemigo, batiéndose en retirada.

Durante aquel tiempo, su salvador, reanudando el hilo de su discurso en el punto mismo en que había sido roto, prosiguió impávido:

—La segunda razón, señor Bruschi, es que el río, por motivos que tal vez usted ignora, se halla estrechamente vigilado, según acaba de ver precisamente en este mismo instante.

»Esta vigilancia se hará mucho más estrecha todavía, a medida que vaya avanzando; y aún más, si es posible, cuando atraviese usted Serbia y las provincias del reino otomano, países éstos sumamente perturbados y que hasta se hallan oficialmente en estado de guerra desde el día 1 de julio.

»Entiendo, por lo tanto, que más de un incidente puede nacer en el curso de su viaje, y que no le parecerá mal el contar, cuando llegue el caso, con el concurso de un honrado burgués que tiene la suerte de disponer de alguna influencia.

El hábil orador suponía, con buen fundamento, que este segundo argumento, cuya fuerza acababa de ser demostrada, era lo suficientemente poderoso para persuadir al pescador.

Pero no esperaba, sin duda, un éxito tan completo.

Ilia Bruschi, plenamente convencido, no quería más que ceder. Hallábase tan sólo embarazado para encontrar un pretexto que justificase su retractación.

—La tercera y última razón —continuó diciendo, sin embargo, el candidato a pasajero—, es que yo me dirijo a usted de parte del señor Miclesco, su presidente. Puesto que usted ha colocado su empresa bajo el patrocinio de la Liga Danubiana, lo menos que a ésta puede pedírsele es que vigile sobre su ejecución, de manera que en caso necesario pueda garantizar su lealtad.

»Cuando el señor Miclesco tuvo conocimiento de mi intención de asociarme a su viaje de usted, me dio un encargo casi oficial en ese

sentido. Lamento muy de veras el no haber previsto la incomprensible resistencia de usted, y haber, por ende, rehusado las cartas de recomendación que me ofreció.

Ilia Brusch suspiró satisfecho.

¿Podía existir un pretexto mejor que éste para conceder ahora lo mismo que antes había rehusado con tanto encarnizamiento y con tan tenaz empeño?

—Debería usted haberlo dicho antes —exclamó—. En ese caso, es totalmente distinto, y no tendría perdón si rehusara ahora sus proposiciones.

—¿Las acepta, pues?

—Sí, señor.

—Muy bien —dijo el aficionado a la pesca, llegado por fin al colmo de sus deseos, sacando de su bolsillo algunos billetes de banco—, he aquí los mil florines.

—¿Quiere usted que le dé un recibo? —preguntó Ilia Brusch.

—Si eso no le sirve de molestia...

El pescador sacó de una de las cajas un tintero, una pluma y un cuaderno, del que arrancó una hoja, y luego, a los últimos resplandores del día, escribió y formalizó el recibo, cuyas palabras iba leyendo en alta voz, al mismo tiempo que escribía:

He recibido en concepto de pago por mi pesca durante toda la duración de mi presente viaje, y como precio de su pasaje desde Ulm hasta el mar Negro, la suma de mil florines, del señor...

—¿Del señor...? —repitió con la pluma levantada y mirando a su pasajero con aire interrogador.

El pasajero de Ilia Brusch se disponía a encender su pipa.

—Jaeger, cuarenta y cinco, Leipzigerstrasse, Viena —respondió entre dos bocanadas de humo.

IV

SERGE LADKO

De entre las regiones de la tierra que desde los orígenes de la historia han sido probadas especialmente por la guerra —en la hipótesis de que alguna se enorgullezca de haber obtenido algún beneficio a este respecto—, el sur y el sudeste de Europa merecen ser citados en primer lugar.

Por su situación geográfica, esas regiones son, en efecto, con la parte del Asia comprendida entre el mar Negro y el Indo, las arenas en que vienen a chocar fatalmente las razas concurrentes que pueblan el Antiguo Continente.

Fenicios, griegos, romanos, persas, hunos, godos, eslavos, magiares, turcos y muchos otros se han disputado todas o parte de esas desventuradas regiones, sin perjuicio de las hordas, a la sazón salvajes, que no han hecho más que atravesarlas para ir a establecerse en la Europa central y occidental, donde, por virtud de una lenta elaboración, han engendrado las nacionalidades modernas.

Al igual que su trágico pasado, tampoco el porvenir habrá de ser para ellas sonriente, si hemos de dar crédito a muchos sabios profetas.

Según ellos, la invasión amarilla reproducirá necesariamente, un día u otro, las carnicerías de la Antigüedad y de la Edad Media.

Cuando ese día llegue, la Rusia meridional, Rumanía, Serbia, Bulgaria, Hungría y la Turquía misma, serán por la fuerza de las

circunstancias el puesto avanzado de Europa, y a expensas suyas habrán de decidirse los primeros choques.

En espera de estos cataclismos, cuya realización está aún muy lejos, las diversas razas que en el transcurso de las edades se han superpuesto entre el Mediterráneo y los Cárpatos, han acabado por mezclarse, y la paz —esa paz relativa de los Estados civilizados— no ha cesado de extender su imperio hacia el Este.

A diferencia de los invasores que les precedieron, los musulmanes asiáticos no han logrado jamás asimilar los pueblos que sometían a su poder.

Establecidos en ellos por medio de la conquista, han continuado siendo conquistadores, mandando como amos a esclavos.

Agravado por la diferencia de religiones, tal método de gobierno no podía tener otra consecuencia que la revuelta casi constante de parte de los vencidos.

La historia, en efecto, está llena de tales revueltas, que tras varios siglos de lucha habían llegado en 1875 a la independencia más o menos completa de Grecia, de Montenegro, de Rumanía y de Serbia.

En cuanto a las demás poblaciones cristianas, seguían sufriendo la dominación de los sectarios de Mahoma.

En los primeros meses de 1875, aquella dominación se hizo mucho más pesada y más vejatoria todavía que de costumbre.

Bajo la influencia de una reacción musulmana que triunfaba entonces en el palacio del sultán, los cristianos del imperio otomano viéronse abrumados de impuestos, maltratados, vejados y torturados de mil maneras.

No se hizo aguardar la respuesta; en los comienzos del verano la Herzegovina se sublevó una vez más.

Bandas de patriotas batieron la campiña, y mandadas por jefes de valor, como Peko-Paulowitch y Luibibratich, causaron desastres sobre desastres a las tropas regulares enviadas contra ellos.

Pronto se propagó el incendio, ganando a Montenegro, Bosnia y Serbia.

Una nueva derrota sufrida por las armas turcas en los desfiladeros de la Duga, en enero de 1876, acabó de inflamar los corazones y el furor empezó a adquirir grandes proporciones en Bulgaria.

Como siempre sucede, aquello comenzó por sordas conspiraciones, por reuniones secretas, en que se congregaba en secreto la juventud ardiente del país.

En esos conciliábulos, los jefes surgieron rápidamente y afirmaron su autoridad sobre una clientela más o menos numerosa, los unos por la elocuencia de su palabra, los otros por el positivo valer de su inteligencia o por el poder de su patriotismo.

En muy poco espacio de tiempo cada uno de los grupos tuvo su correspondiente jefe, y por encima de los diversos grupos cada ciudad tuvo también el suyo.

En Rustchuk, importante centro búlgaro situado a orillas del Danubio, casi exactamente enfrente de la ciudad rumana de Giurgievo, la autoridad recayó por unanimidad en el piloto Serge Ladko. No había podido hacerse mejor elección.

De cerca de treinta años de edad, de elevada estatura, rubio como un eslavo del Norte, de una fuerza verdaderamente hercúlea, de una agilidad poco común, Serge Ladko poseía aquel conjunto de cualidades morales necesarias a un jefe: la energía en la decisión, la prudencia en la ejecución y el amor apasionado por su país.

Serge Ladko había nacido en Rustchuk, donde ejercía la profesión de piloto del Danubio, y nunca había abandonado la ciudad si no era para conducir las embarcaciones que se encomendaban a su conocimiento perfecto del gran río.

En el intervalo de esas navegaciones semifluviales, semimarítimas, consagraba sus ocios a la pesca, y dotado de dones naturales excepcionales, había adquirido una sorprendente habilidad en este arte, cuyo producto, unido a sus honorarios de piloto, le aseguraban una posición desahogada.

Obligado por las exigencias de su doble oficio a pasarse en el río las cuatro quintas partes de su vida, el agua llegó poco a poco a ser

su elemento.

Cruzar el Danubio, ancho en Rustchuk como un brazo de mar, sólo era un juego para él, y eran incontables los salvamentos llevados a cabo por este maravilloso nadador.

Innumerables eran sus amigos, muchos sin siquiera saberlo él. Hasta podría decirse que esos amigos comprendían la totalidad de los habitantes de la ciudad si no hubiese existido Ivan Striga.

También este Ivan Striga era un hijo del país, lo mismo que Serge Ladko, del cual era la antítesis viviente.

Físicamente, no había entre ellos nada en común, y sin embargo, un pasaporte que se contentase con designaciones sumarias y superficiales habría empleado iguales términos para pintarles al uno y al otro.

Lo mismo que Ladko, Striga era alto, ancho de espaldas, robusto y rubio de cabellos y de barba. También él tenía los ojos azules.

Pero a estos rasgos generales se limitaba la semejanza.

Mientras que el semblante de líneas nobles del uno expresaba la cordialidad y la franqueza, los rasgos innobles del otro delataban la astucia y la fina crueldad.

Más acentuada aún era la desemejanza en lo moral.

En tanto que Ladko vivía a la clara luz del día, nadie, por el contrario, habría podido decir por virtud de qué medios se procuraba Striga el oro que derrochaba a manos llenas.

Falta de certidumbres a este respecto, la imaginación popular se entregaba a las más fantásticas suposiciones. Decíase que Striga, traicionando a su país y a su raza, se había convertido en el espía del turco opresor; decíase que a su oficio de espía venía a unirse, cuando la ocasión se presentaba, el de contrabandista, y que, merced a él, muchas mercancías de toda clase pasaban de la orilla rumana a la orilla búlgara, o viceversa, sin pagar derechos en la aduana; hasta se decía que todo era poco y que Striga sacaba lo mejor y más saneado de sus recursos de rapiñas y robos de todo género; se decía, por último...

Pero ¿qué dejaba de decirse...? La verdad es que nada de concreto y preciso se sabía acerca de aquel inquietante personaje que, por lo menos, había tenido siempre la habilidad de no dejarse coger jamás.

Semejantes suposiciones, por otra parte, se las comunicaban unos a otros casi en secreto; pero ninguno de ellos se habría arriesgado a pronunciar en voz alta ni una sola palabra contra un hombre cuyo cinismo y violencia eran muy temidos.

Entre un individuo de este jaez y Serge Ladko, que vivía una vida tan diametralmente opuesta, parecía que no debiera establecerse nunca la menor relación, y así, en efecto, aconteció durante mucho tiempo; lógicamente parecía también que eso debía ser.

Pero la suerte se burla muchas veces de lo que nosotros llamamos la lógica, y estaba escrito en alguna parte que estos dos hombres habían de encontrarse frente a frente, transformados en irreconciliables enemigos.

Natcha Gregorevitch, célebre en toda la ciudad por su belleza, era una muchacha de veinte años de edad.

Con su madre primero, y sola después, siempre había permanecido en la vecindad de Serge Ladko, a quien conociera desde sus más tiernos años.

Desde mucho tiempo atrás, la ayuda de un hombre era necesaria en su casa.

Quince años antes de la época en que da comienzo este relato, el padre, en efecto, había caído bajo los golpes de los turcos, y el recuerdo de aquel abominable asesinato hacía aún estremecerse de indignación a los patriotas oprimidos pero no sometidos.

Su viuda, reducida a no contar más que consigo misma, habíase entregado valerosamente al trabajo, logrando con sus bordados y sus encajes asegurar su subsistencia y la de su hermosa hija.

Pero, como los pobres son los que más padecen con las perturbaciones y revueltas, la viuda hubiera sufrido bastante con la anarquía permanente de Bulgaria, si Serge Ladko no hubiese acudido discretamente en su ayuda.

Poco a poco, una dulce intimidad había ido estableciéndose entre el joven y las dos mujeres. Con mucha frecuencia llamaba por las noches a la puerta de ellas, y la vigilia se prolongaba muy agradablemente para todos.

Cuando la viuda Gregorevitch, agobiada por su incesante trabajo, fue a unirse con su marido, la protección de Ladko continuó extendiéndose sobre la huérfana; y hasta se hizo más vigilante todavía, y, gracias a él, no tuvo la joven que sufrir por la desaparición de la pobre madre, que por dos veces había dado la vida a su amadísima hija.

Así fue como, con el transcurso del tiempo y sin que ellos mismos tuviesen conciencia de ello, el amor había llegado a despertarse en los corazones de ambos jóvenes.

A Striga fue a quien debieron la revelación de aquel su mutuo amor.

Habiendo éste podido ver a la que todo el mundo llamaba «la belleza de Rustchuk», sintióse vivamente impresionado con la rapidez y el furor que caracterizaban aquella naturaleza sin freno de ninguna especie.

Como hombre acostumbrado a ver rendirse todo a sus caprichos, habíase presentado en casa de la joven, y sin más formalidades había pedido su mano.

Por primera vez en su vida chocó y se estrelló contra una resistencia invencible. Natcha, aun a riesgo de atraerse el odio de un hombre tan temible, declaró terminantemente que nada ni nadie podría llevarla a un matrimonio semejante.

En vano volvió Striga a la carga; todo lo que llegó a conseguir con su obstinación fue ver que a su tercera tentativa se le cerraban pura y simplemente las puertas.

Su cólera entonces no conoció límites. Dando libre curso a su naturaleza salvaje, se deshizo en imprecaciones, de las que Natcha quedó espantada.

En su terror y desamparo, corrió a dar cuenta de sus temores a Serge Ladko, a quien su confianza encendió de cólera. Sin querer

escuchar nada, con una violencia extraordinaria en la expresión, se desató en invectivas contra el hombre bastante osado para alzar los ojos hasta ella.

Ladko, a pesar de todo, logró calmarse. Siguieron explicaciones, muy confusas, es verdad, pero cuyo resultado fue perfectamente claro. Una hora más tarde, Serge y Natcha, con el corazón rebosante de dicha, sabíanse mutuamente amados.

Cuando Striga tuvo conocimiento de aquella nueva, a punto estuvo de morir de rabia.

Lleno de audacia se presentó a Natcha Gregorevitch, con la injuria y la amenaza en la boca. Lanzado fuera por una mano de hierro, pudo aprender a su costa que la casa tenía para lo sucesivo un defensor.

¡Haber sido vencido...! ¡Haber encontrado un amo, él, Striga, que tanto se enorgullecía y ufanaba de su hercúlea fuerza...! Era ésta una humillación que en manera alguna podía soportar, y resolvió vengarse a todo trance.

Con algunos aventureros de su calaña, esperó a Ladko una tarde en que éste regresaba de sus faenas. No se trataba aquella vez de una simple riña, sino más bien de un asesinato en toda regla, pues los asaltantes blandían enormes cuchillos.

Aquel nuevo ataque no tuvo más éxito que el primero.

Armado de un remo, que manejaba como una maza, el piloto obligó a sus agresores a una humillante retirada, y Striga, perseguido de cerca, viose obligado a emprender una vergonzosa fuga.

Aquella lección había sido sin duda suficiente, dado que el antipático personaje no volvió a repetir sus criminales tentativas.

En los comienzos del año 1875, Serge Ladko se casó con Natcha Gregorevitch, y desde entonces vivían adorándose con toda el alma en la confortable casa del piloto.

En medio de esta luna de miel, cuyo brillo no había logrado atenuar el año transcurrido, fue cuando sobrevinieron los acontecimientos en Bulgaria en los primeros meses de 1876.

Por muy profundo que fuese el amor que Serge Ladko experimentaba por su esposa, no podía en modo alguno hacerle olvidar el que debía a su país. Sin vacilar un punto, formó parte de aquellos que desde los primeros momentos se agruparon y se concertaron para buscar los medios de remediar las múltiples miserias de la patria.

Menester era, ante todo, procurarse armas.

Numerosos jóvenes emigraron con este objeto, franquearon el río y se extendieron por Rumanía y hasta por Rusia; Serge Ladko fue de la partida.

Con el corazón desolado, por dejar expuesta a la mujer a quien adoraba a todos los peligros que en tiempos de revolución se ciernen sobre la mujer de un jefe de partido, sólo pudo hallar fuerzas para partir en la consideración de que tenía que cumplir un ineludible deber.

En tal momento asaltóle el recuerdo de Striga, aumentando así sus inquietudes. ¿No se aprovecharía el bandido de la ausencia de su afortunado rival para herirle en lo que le era más querido?

Era de temer, en efecto; pero Serge Ladko se sobrepuso a todo. Parecía, por otra parte, que desde hacía algunos meses Striga había abandonado el país.

De creer los públicos rumores, Striga había trasladado más al norte el teatro principal de sus operaciones.

Los acontecimientos vinieron a demostrar la ausencia de Striga, pues mientras duró la de Ladko, nada amenazó la seguridad de su mujer.

Apenas llegado, tuvo necesidad de partir nuevamente, y esta segunda expedición iba a ser más larga que la primera.

Encargado Ladko de centralizar en Budapest los envíos de armas para distribuirlos después, salió en compañía de un compatriota que debía volver a conducir el barco a la orilla búlgara.

Prodújose entonces un incidente que dio mucho que pensar al delegado de los conspiradores.

Apenas su compañero y él se hallaban a cincuenta metros de la orilla, cuando de pronto sonó un tiro.

No había duda de que la bala estaba destinada a ellos, puesto que la oyeron silbar en sus oídos; y el piloto dudó tanto menos de ello, cuanto que en el tirador, entrevisto a la escasa luz del crepúsculo, creyó reconocer a Striga.

¿Hallaríase, por consiguiente, este bandido de regreso en Rustchuk?

La angustia mortal que tal complicación le hizo experimentar, no quebrantó la resolución de Ladko.

De antemano había hecho a su patria el sacrificio de la propia vida; sacrificaríale más aún: su felicidad, mil veces más preciosa.

Al ruido del disparo, habíase dejado caer en el fondo de la embarcación; pero aquello no era sino una astucia de guerra, destinada a evitar un nuevo ataque; y no había cesado la detonación de repercutir en la campiña cuando su mano, apoyándose más enérgicamente en el remo, lanzaba velozmente el barco hacia la ciudad rumana de Giurgievo, cuyas luces empezaban a rasgar la oscuridad de la noche que avanzaba.

Llegado a su destino, ocupose Serge Ladko sin dilación en el desempeño de su cometido.

Púsose en relación con los emisarios del zar, detenidos los unos en la frontera rusa y residentes otros de incógnito en Budapest y en Viena.

Muchas lanchas, cargadas por sus cuidados de armas y de municiones, descendieron la corriente del Danubio.

Frecuentes eran las nuevas que recibía de Natcha, mediante cartas conducidas a Rumanía durante la noche. Buenas al principio, no tardaron en ser inquietantes las noticias.

No mencionaba Natcha el nombre de Striga, pues hasta parecía ignorar que el bandido hubiese vuelto a Bulgaria, y comenzó Ladko a dudar de lo bien fundado de sus temores.

Pero era cierto que Ladko había sido denunciado a las autoridades turcas, y que la policía había invadido su casa y se

había entregado a pesquisas que no obtuvieron ningún resultado.

No debía, pues, darse prisa en volver a Bulgaria, pues su regreso habría constituido un verdadero suicidio; se conocía el papel que desempeñaba, se le acechaba de día y de noche, y no podría mostrarse en la ciudad sin verse detenido al primer paso; y detenido, entre los turcos, equivale a ser ejecutado.

Era, pues, preciso que Serge Ladko se abstuviese de aparecer, hasta el momento en que la rebeldía fuese abiertamente proclamada, so pena de atraer las mayores desgracias sobre él y sobre su mujer, a quien hasta la sazón no se había molestado.

No tardó en llegar aquel momento.

Sublevóse Bulgaria en el mes de mayo, demasiado prematuramente, a juicio del piloto, que auguraba mal de aquella precipitación inmotivada.

Cualquiera que fuese su opinión acerca de este particular, debía acudir en ayuda de los suyos.

Las nuevas que encontró en Zombor, última población húngara, obligáronle a interrumpir el viaje.

Sus temores estaban muy justificados; la revolución búlgara había sido aplastada enseguida.

Tuvo Ladko que volver atrás y esperar mejores días en la pequeña ciudad donde había fijado su residencia.

Las cartas de Natcha, que pronto recibió allí, le demostraron la imposibilidad de tomar otra alternativa. Su casa estaba vigilada más que nunca, hasta el extremo de que Natcha debía considerarse como virtualmente prisionera.

Serge Ladko tuvo, pues, que tascar el freno en la inacción, habiendo sido forzosamente suprimidos los envíos de armas, después de haber fracasado la revolución y haberse concentrado las tropas turcas sobre las orillas del río.

Pero aquella espera, ya penosa de por sí, llegó a ser completamente intolerable cuando allá hacia fines del mes de junio, dejó de recibir noticias de su querida Natcha. No sabía qué pensar de aquel silencio preñado de temores.

Muy justificados se hallaban estos temores. El día 1 de julio Serbia había declarado oficialmente la guerra al sultán, y desde ese momento la región del Danubio estaba sembrada de tropas, cuyo incesante paso iba acompañado de los peores excesos. ¿Debería considerar a Natcha como víctima de esos excesos, o habría sido detenida, como cómplice o encubridora de su mando?

Tras un mes de aquel silencio, no pudo soportarlo más y tomó la resolución de arriesgarlo todo para entrar en Bulgaria y conocer las causas de tan prolongado mutismo.

Importaba, no obstante, en interés mismo de Natcha, obrar con extrema prudencia; de nada habría servido el ir a hacerse prender neciamente por los centinelas turcos.

Su regreso no podía ser de ninguna utilidad más que en el caso de poder entrar en la ciudad de Rustchuk y poder circular libremente por ella, a pesar de las sospechas de que era objeto.

Durante muchos días buscó Serge Ladko la solución de aquel pavoroso problema.

Creyó por fin hallarlo, y sin confiarse a nadie, puso en ejecución el plan que había ideado y trazado.

¿Tendría buen éxito aquel plan?

Sólo el porvenir se lo diría. Preciso era tentar la suerte y por eso en la mañana del 28 de julio de 1876 sus vecinos más próximos, cuyo nombre verdadero no conocían, vieron cerrada herméticamente la casita en que desde hacía algunos meses había aquél abrigado su soledad.

¿Cuál era el plan de Ladko? ¿Cuáles los riesgos que iba a afrontar para realizarlo?

El lector podrá averiguarlo si nos sigue en nuestro relato, relato que no es en manera alguna imaginario, pues sus principales personajes viven aún en nuestros días en las orillas del Danubio. También podrá ver el lector de qué modo los acontecimientos de Bulgaria, y de Rustchuk en particular, se hallan ligados con el concurso de pesca de Sigmaringen.

V

KARL DRAGOCH

En cuanto tuvo el recibo en su bolsillo, procedió el señor Jaeger a su instalación.

Después de haberse informado del sitio que se le concedía, desapareció en el camarote llevándose su maleta.

Diez minutos después volvió a salir transformado de la cabeza a los pies. Vestido como un consumado pescador —traje a propósito, botas fuertes y casquete de piel de nutria—, parecía verdaderamente una copia de Iliá Brusch.

El señor Jaeger experimentó alguna sorpresa al notar que durante su corta ausencia su huésped había abandonado la embarcación.

Respetando sus compromisos adquiridos, no se permitió, empero, ninguna pregunta cuando, pasada media hora, volvió el campeón.

Sin haberlo solicitado, supo que Iliá Brusch había creído necesario enviar algunas cartas a los periódicos, a fin de anunciarles su llegada a Neustadt y a Ratisbona. Ahora que los intereses del señor Jaeger estaban en juego, importaba, en efecto, no encontrarse en un desierto, como se había encontrado a su llegada a Ulm. Iliá Brusch llegó hasta a expresar su sentimiento por no poder detenerse en otras ciudades bastante importantes.

El señor Jaeger pareció encantado del reclamo hecho en beneficio suyo y no manifestó ningún sentimiento por no detenerse más. Aprobó, por el contrario, cuanto había hecho su anfitrión, y le

aseguró una vez más que no pretendía en manera alguna disminuir su libertad, según habían ambos convenido.

Los dos compañeros cenaron enseguida frente a frente, a caballo sobre uno de los bancos.

A título de bienvenida, el señor Jaeger llegó hasta a aumentar el menú con un magnífico jamón que sacó de su inagotable maleta; y aquel producto de la ciudad de Maguncia fue muy bien apreciado por Iliá Brusch, que empezó a creer que su compañero tenía algo y aun mucho de bueno.

La noche transcurrió sin incidente.

Antes de salir el sol, largó Iliá Brusch las amarras, teniendo cuidado de no turbar el profundo sueño en que estaba sumido su amable pasajero.

En Ulm, donde acababa de atravesar el pequeño reino de Wurtemberg para penetrar en Baviera, el Danubio no es aún otra cosa que una modesta corriente de agua. No ha recibido los grandes tributarios que aumentan su caudal más adelante, y nada permite entonces presagiar que va a llegar a ser uno de los más importantes ríos de Europa.

Tan pronto como se halló en medio de la corriente, Iliá Brusch apresuró la marcha de la embarcación.

Algunas horas más tarde, hallóle el señor Jaeger entregado a esta ocupación, y así sucedió hasta la tarde, salvo un corto reposo en el momento de almorzar, durante el cual no se interrumpió la deriva. El pasajero no formuló ninguna observación, y si se extrañó de tanta prisa, guardó para sí su extrañeza.

Pocas palabras se cruzaron en el transcurso de aquel día. Iliá Brusch bogaba enérgicamente.

En cuanto al señor Jaeger, observaba con una atención que seguramente habría chocado a su huésped, de hallarse menos absorto, las embarcaciones que cruzaban por el Danubio, a menos que su mirada no se dirigiese hacia las orillas.

Al día siguiente, tras una etapa no menos ruda que la de la víspera, el bote fue amarrado en un punto desierto a algunos

kilómetros por encima de Neuburgo, y de nuevo asomó el alba del día 15 de agosto cuando la embarcación se hallaba en medio de la corriente.

Para la tarde de ese día era para cuando Ilia Brusch había anunciado su llegada a Neustadt.

Experimentó cierta vergüenza por presentarse allí con las manos vacías; y por eso, siendo como eran las condiciones atmosféricas favorables, y teniendo asimismo en cuenta que la etapa debía ser sensiblemente más corta de lo que lo habían sido las etapas precedentes, Ilia Brusch tomó la resolución de pescar.

Desde primera hora examinó y comprobó el estado de sus útiles y aparejos con un minucioso cuidado.

Su compañero, sentado a popa de la barca, parecía, por lo demás, interesarse en estos preparativos, que seguía con gran atención, cual compete a un verdadero aficionado.

Sin dejar de trabajar, Ilia Brusch no desperdiciaba la ocasión de conversar.

—Hoy, como usted ve, señor Jaeger, me dispongo a pescar, y los trabajos preparativos de la pesca son un poco largos. Obedece esto, mi estimado señor, a que los peces son desconfiados por naturaleza, y todas las precauciones que se adopten son siempre pocas para lograr atraerlos. Hay algunos que poseen una inteligencia verdaderamente extraña; tal sucede, entre otros, con la tenca. Preciso se hace emplear con ella gran astucia para lograr capturarla.

—No vale gran cosa la tenca, a mi juicio —hizo observar modestamente el señor Jaeger.

—Así es realmente, lo cual obedece a que es aficionada a las aguas fangosas, y eso da con frecuencia a su carne un gusto bastante desagradable.

—¿Y el sollo?

—Excelente —declaró Ilia Brusch—, a condición de que pese cinco o seis libras por lo menos; en cuanto a los pequeños, no valen

nada. Pero en todo caso el sollo no podría ser colocado entre los peces inteligentes y astutos.

—¡Me sorprende, señor Brusch...! De modo que los tiburones de agua dulce, como se les suele llamar...

—Son semejantes a los tiburones de agua salada, señor Jaeger. Verdaderos brutos al mismo nivel que la anguila, por ejemplo... Estos peces, como ha dicho un gran conocedor de sus costumbres, son peces que «se dejan coger», pero que «no se cogen».

El señor Jaeger no podía dejar de admirar la convicción persuasiva de Ilia Brusch no menos interesante que la minuciosa atención con que preparaba sus útiles.

—Vea usted, señor Jaeger —prosiguió diciendo Ilia Brusch—, éstos son anzuelos del número once, sumamente finos... ¡Vamos! Ya he terminado los preparativos y sólo me resta probar fortuna.

Ilia Brusch pudo quedar satisfecho de la pesca realizada aquella mañana, pues fue abundante y escogida.

Hacia las once de la mañana terminó la pesca.

Durante la buena estación, el pez, en efecto, no muerde en las horas que el sol, llegado a su punto culminante, hace brillar la superficie de las aguas.

El botín, por lo demás, era más que suficientemente abundante, tanto que Ilia Brusch llegaba hasta a temer que fuera demasiado, teniendo en cuenta la poca importancia de la ciudad de Neustadt, en donde la embarcación se detuvo hacia las cinco de la tarde.

Se equivocaba de medio a medio.

Veinticinco o treinta personas estaban aguardándole, y le saludaron con sus aplausos tan pronto como la embarcación fue amarrada.

Bien pronto no supo a quién hacer caso, ni a quién atender, y en muy pocos instantes los peces fueron cambiados por 27 florines, que Ilia Brusch entregó oportunamente al señor Jaeger a título de primer dividendo.

Consciente éste de no tener derecho a la admiración pública, se había retirado modestamente al camarote, donde Ilia Brusch fue a

unírsele tan pronto como pudo desembarazarse de sus entusiastas admiradores.

Convenía, en efecto, no perder tiempo para entregarse al descanso, ya que la noche, o por lo menos la parte de la noche consagrada al sueño, era muy corta.

Anhelando encontrarse a buena hora en Ratisbona, de la que les separaban 70 kilómetros, Ilia Brusch había decidido emprender nuevamente la marcha a la una de la mañana, lo cual le permitiría consagrar también algún tiempo a pescar en el transcurso de la siguiente jornada, a pesar de lo largo de la etapa.

Unas treinta libras de peces fueron pescadas por Ilia Brusch antes del mediodía, de tal modo, que los curiosos que se apretaban sobre el muelle de Ratisbona no tuvieron que lamentar haber esperado en vano.

El entusiasmo público iba visiblemente en aumento.

Entabláronse al aire libre verdaderas pujas entre los aficionados, y las treinta libras de peces no produjeron menos de cuarenta y un florines al laureado de la Liga Danubiana.

Jamás había soñado éste con semejante éxito, y llegó a creer que al fin y al cabo el señor Jaeger iba a acabar por hacer un excelente negocio.

En espera de que este punto fuese dilucidado, importaba entregar los cuarenta y un florines a su legítimo propietario; pero Ilia Brusch hubo de verse en la imposibilidad de cumplir esta vez su deber.

El señor Jaeger, en efecto, había abandonado discretamente el bote, tras dejar unas frases escritas en un papel colocado en sitio donde pudiera ser fácilmente visto, en el que le decía que no le esperase para cenar, pues sólo volvería bastante avanzada la noche.

Ilia Brusch encontró perfectamente natural que el señor Jaeger quisiera aprovechar aquella ocasión para visitar una ciudad que durante cincuenta años fue sede de la Dieta Imperial.

Tal vez habría experimentado menos satisfacción y más sorpresa si hubiese sabido a qué clase de ocupaciones se entregaba en aquel momento su compañero, y si hubiese conocido su verdadera personalidad.

«Jaeger, 45, Leipzigerstrasse, Viena», había escrito dócilmente Ilija Bruschi bajo el dictado del recién llegado.

Pero éste se habría visto sumamente embarazado si el pescador se hubiese mostrado algo más curioso y le hubiera rogado que le enseñase sus papeles.

No tomó Ilija Bruschi esta precaución, cuya legitimidad, sin embargo, acababa de serle demostrada, y aquella negligencia debía tener para él terribles consecuencias.

Nadie sabe el nombre que el gendarme alemán leyó en los papeles que le presentó el señor Jaeger; pero si ese nombre era verdaderamente el del propietario del pasaporte, no habría podido el gendarme leer otro que el de Karl Dragoch.

El apasionado aficionado a la pesca y el jefe de la policía danubiana eran, en efecto, una sola y única persona.

Resuelto a introducirse, costase lo que costase, en la embarcación de Ilija Bruschi, Karl Dragoch, previendo la posibilidad de una invencible resistencia, había obrado en consecuencia.

La intervención del gendarme había sido preparada por él, y la escena se había desarrollado como en un teatro.

Tan completo había sido el éxito de la estratagema, que el propio Karl Dragoch se había admirado de ello. ¿Por qué, después de todo, había manifestado tanta emoción Ilija Bruschi ante la pretensión del gendarme...? Un hombre honrado, ¡qué diablo!, no tiene por qué temer tanto el comparecer ante un comisario de policía. Lo peor que de todo ello podía resultar era un retraso de algunas horas, de algunos días, a lo sumo; y cuando no se tiene prisa... Bien es verdad que Ilija Bruschi parecía tener mucha prisa, lo cual no dejaba de prestarse a ciertas reflexiones.

Desconfiado por naturaleza, como todo buen policía, Karl Dragoch reflexionaba.

Pero poseía también una gran dosis de buen sentido para dejarse llevar de particularidades inciertas, cuya explicación era probablemente muy sencilla. Limitóse, pues, pura y simplemente a registrar aquellas pequeñas observaciones en su memoria y aplicó los recursos de su espíritu a la solución del problema —bastante más serio que éste— que se había planteado.

El proyecto que Karl Dragoch había puesto en ejecución, imponiéndose a Iliá Bruschi, a título de pasajero, no había nacido del todo en su cerebro. Su verdadero autor era Michael Michaelovitch, quien, por lo demás, lo ignoraba completamente. Karl Dragoch había pensado al oírle que el serbio tenía razón, y que un detective deseoso de vigilar cómodamente el Danubio, se habría mostrado efectivamente muy hábil adoptando la personalidad de un pescador bastante conocido, para que nadie pudiese razonablemente sospechar la identidad profesional.

Por tentadora que esa combinación fuera, forzoso, empero, se hacía el renunciar a ella, puesto que el concurso de Sigmaringen ya se había celebrado y el vencedor no se prestaría a una sustitución de personas; sustitución, por otra parte, bastante escabrosa, dado que los rasgos fisonómicos del laureado eran ya conocidos de muchos.

Pero si esto no era posible, sí lo era lo que al fin hemos visto llevar a cabo a Karl Dragoch, quien estaba dispuesto a emplear toda clase de medios y de recursos para vencer la resistencia del pescador.

El policía, con todo, se alegraba infinitamente de haber triunfado sin necesidad de apelar a otros procedimientos de mayor violencia moral.

A la sazón, hallábase ya en el interior de la plaza, bien seguro de que si manifestaba la más mínima intención de abandonarla, Iliá Bruschi se opondría a su partida con tanta energía como se había opuesto a su llegada.

Quedábale ahora sacar el mejor partido posible de la situación en que se hallaba.

Para ello no tenía que hacer otra cosa Karl Dragoch que dejarse llevar por la corriente. En tanto que su compañero pescase o remase, vigilaría él el río, en el que nada anormal podría esconderse a sus atentas miradas. A lo largo del camino se avistaría con sus hombres, diseminados por las orillas.

A la primera noticia de un delito o de un crimen, separaríase él de Ilia Brusch, para lanzarse sobre las huellas de los autores, y lo mismo ocurriría, si fuera necesario, si, en ausencia de todo crimen o delito, cualquier indicio sospechoso atrajera su atención.

Todo esto se hallaba combinado sabia y prudentemente, y mientras más pensaba en ello, más se congratulaba Karl Dragoch por su idea, que, asegurándole el incógnito en toda la longitud del Danubio, multiplicaba las probabilidades de éxito.

Por desgracia, al razonar así, el detective no tenía para nada en cuenta las combinaciones del azar. Ignoraba que una serie de hechos, de los más singulares, en breve iba a encauzar sus pesquisas e investigaciones en una dirección imprevista, y a dar a su misión una amplitud inesperada.

VI

LOS OJOS AZULES

Después de abandonar el bote, Karl Dragoch se dirigió a los barrios del centro.

Conocía Ratisbona, y por eso, sin vacilar acerca de la dirección que debía seguir, se internó a través de las calles silenciosas, flanqueadas aquí y allí por torrecillas feudales de diez pisos, de aquella ciudad brillante en otro tiempo, y que apenas anima hoy una población de veintiséis mil almas.

No pensaba Karl Dragoch en visitar la ciudad, como creía Ilia Bruschi; él no viajaba en calidad de turista.

A corta distancia del puente, hallóse frente al Dom, la catedral de torres sin terminar, pero sólo dedicó una mirada a su curioso frontispicio de fines del siglo xv.

Sin necesidad de cicerone ni guía, encaminóse a la Administración de Correos, donde le esperaban muchas cartas con las iniciales convenidas.

Habiendo leído Karl Dragoch aquellas cartas sin que su semblante dejase adivinar ningún sentimiento, disponíase a salir de la Administración cuando un hombre vulgarmente vestido se dirigió hacia él.

Ambos hombres conocíanse indudablemente, porque Karl Dragoch, con un gesto, contuvo al recién llegado en el momento en que iba a tomar la palabra. Aquel gesto significaba evidentemente: «Aquí no».

Ambos se dirigieron entonces a una plaza próxima.

—¿Por qué no me has aguardado en la orilla del río? —preguntó al fin Karl Dragoch, tan pronto como se juzgó al abrigo de oídos indiscretos.

—No lo creí muy prudente; y como sabía que debía usted venir a Correos...

—En fin, hete aquí, que es lo esencial —interrumpió Karl Dragoch—. ¿Hay alguna novedad?

—Nada.

—¿Ni siquiera un vulgar robo en toda la región?

—Ni en la región ni en ninguna otra parte, a todo lo largo del Danubio, se entiende.

—¿De qué fecha datan tus últimas noticias?

—Aún no hace dos horas que recibí un telegrama de nuestra oficina central de Budapest. Calma chicha en toda la línea.

Karl Dragoch reflexionó por algunos instantes.

—Vas a ir a la comisaría de mi parte. Darás tu nombre, Federico Uhlmann, y rogarás que se te tenga al corriente de todo, aunque ocurra la cosa más insignificante. Y ya enseguida partirás para Viena.

—¿Y mis hombres?

—Yo me encargo de ellos; les veré al paso. Cita para Viena de hoy en ocho días. Esta es la consigna.

—¿Dejará usted, pues, sin vigilancia la parte alta del río? —preguntó entonces Federico Uhlmann.

—Los policías locales bastarán para ello —respondió Dragoch—, sin perjuicio de que nosotros acudamos a la menor señal de alarma. Hasta ahora, por lo demás, no ha sucedido nunca nada más acá de Viena, que sea, por supuesto, de nuestra competencia. No van a ser tan necios nuestros bandidos que vayan a operar tan lejos de su base.

—¿Su base? —repitió Uhlmann—. ¿Tendría usted, por ventura, algunos informes particulares...?

—Tengo al menos una opinión.

—¿Cuál es?

—Eso es demasiada curiosidad... Sea la que quiera, te predigo que debutaremos entre Viena y Budapest.

—¿Por qué ahí mejor que en otra parte?

—Porque ahí es donde se ha cometido el último crimen. Conoces perfectamente el hecho del colono, a quien ellos «calentaron», y que fue encontrado quemado hasta las rodillas.

—Razón suficiente para que operen en otra parte la próxima vez.

—¿Por qué?

—Porque se dirán que el distrito en que ese crimen ha sido perpetrado debe de hallarse sometido a vigilancia especial. Irán, por consiguiente, a tentar la fortuna más lejos. Esto es lo que han venido haciendo hasta ahora. Nunca han cometido un delito dos veces seguidas en un mismo sitio.

—Han razonado como borricos, y tú les imitas, Federico Ulhmann —replicó Karl Dragoch—. Pero con su necedad es precisamente con lo que yo cuento.

»Todos los periódicos, como has debido ver, me han atribuido un razonamiento análogo, todos ellos, con raro y perfecto acuerdo, han dicho que yo abandonaré el Danubio superior, donde, a mi juicio, no se arriesgarían los malhechores a volver, y que partía para la Hungría meridional.

»Inútil creo decirte que no hay en todo ello una sola palabra de verdad, y puedes estar seguro de que esas comunicaciones tendenciosas no habrán dejado de impresionar a los interesados.

—¿De lo cual infiere usted...?

—Que no acudirán por la parte de la Hungría meridional a meterse en la boca del lobo.

—El Danubio es largo —objetó Federico Ulhmann—. Están Serbia, Rumanía, Turquía...

—¿Y la guerra? Nada tienen ellos que hacer ahí. Por lo demás, ya miraremos bien.

Karl Dragoch guardó un instante de silencio.

—¿Se han seguido punto por punto mis instrucciones? —preguntó.

—Sí, señor.

—¿La vigilancia del río ha sido continua?

—Día y noche.

—¿Y nada sospechoso se ha descubierto?

—Absolutamente nada. Todas las embarcaciones tienen en regla sus papeles. A este propósito creo necesario decirle que esas operaciones de inspección producen descontento..., y si usted quiere conocer mi opinión, le diré que tienen razón... No es sobre el agua donde se cometen los crímenes.

Karl Dragoch frunció el ceño.

—Pues yo concedo una gran importancia a la inspección de los barcos. Añadiré, una vez para siempre, que no me gusta que se me hagan observaciones cuando no las pido.

Uihmann se mordió los labios.

—Está bien —murmuró.

—No sé aún lo que haré... Tal vez me detenga en Viena... Tal vez llegue hasta Belgrado... No estoy seguro... Como importa mucho que no perdamos el contacto, procura tenerme al corriente, por medio de una palabra dirigida a los hombres que tenemos escalonados entre Ratisbona y Viena.

—Bien, señor —contestó Uihmann—. ¿Y yo...? ¿Dónde le volveré a ver a usted?

—Ya te lo dije, en Viena, dentro de ocho días —respondió Dragoch.

Reflexionó algunos instantes y después dijo:

—Puedes retirarte. No dejes de pasar por la comisaría y toma enseguida el primer tren.

Alejábase ya Federico Uihmann cuando Karl Dragoch volvió a llamarle.

—¿Has oído hablar tú de un tal Ilia Brusch? —le preguntó.

—¿Ese pescador que se ha comprometido a bajar el Danubio caña en mano?

—Justamente; pues bien, si me ves con él, haz como si no me conocieras.

Enseguida se separaron. Federico Uhlmann desapareció en dirección del barrio alto, mientras que Karl Dragoch se dirigía al hotel de la Croix d'or, en donde pensaba comer.

Una docena de comensales que charlaban animadamente, se hallaban ya instalados ante la mesa cuando él se sentó a su vez.

Sin dejar de comer, escuchaba como hombre que tiene el hábito de prestar atención a todo lo que se dice en torno suyo. De ese modo, no pudo dejar de escuchar atentamente cuando uno de los comensales preguntó a su vecino:



—Y bien, ¿no hay ninguna noticia acerca de esa famosa banda de ladrones?

—Ninguna; lo mismo que del no menos famoso Ilia Brusch —respondió el interpelado—. Se esperaba su paso por Ratisbona y aún no ha sido señalado.

—Es singular.

—A menos que Ilia Brusch y el jefe de la tal banda no sean más que una sola persona.

—¿Tiene usted ganas de broma?

—Hombre, ¿quién sabe...?

Karl Dragoch había alzado vivamente los ojos.

Era aquélla la segunda vez que semejante hipótesis, sin fundamento, indudablemente, iba a imponerse a su atención... ¡Bah, tonterías!

Terminada su comida, Karl Dragoch volvió a descender hacia los muelles.

Una vez allí, en lugar de regresar inmediatamente a su embarcación, se detuvo algunos instantes sobre el viejo puente de piedra, dejando errar sus miradas por el río, en el que algunos bateles se deslizaban apresuradamente, tratando de aprovechar la escasa luz del día.

Se hallaba sumido en esta contemplación cuando una mano fue a posarse sobre sus hombros, al propio tiempo que le interpelaba una voz familiar:

—Se diría, señor Jaeger, que todo esto le interesa a usted vivamente.

Volvióse Karl Dragoch, y hallóse frente a Ilia Brusch, que le miraba sonriendo.

—Sí —respondió—; todo este movimiento del río es muy curioso, y yo no me canso de contemplarlo.

—¡Oh, señor Jaeger! —dijo Ilia Brusch—. Mucho más le interesará a usted cuando lleguemos al bajo río, en el que las embarcaciones son mucho más numerosas. Ya verá usted cuando nos hallemos en las Puertas de Hierro... ¿Las conoce usted?

—No.

—Pues hay que ver aquello —declaró Ilia Brusch—. Si en el mundo no hay un río más hermoso que el Danubio, en todo el curso del Danubio no hay un sitio que se asemeje siquiera en lo bello a las Puertas de Hierro.

La noche, entretanto, se había cerrado por completo; el grueso reloj de Ilia Brusch señalaba más de las nueve.

—Estaba abajo en el bote cuando vi a usted sobre el puente, señor Jaeger. Si he venido a su encuentro ha sido tan sólo para recordarle que partiremos mañana muy temprano y que haríamos bien, por consiguiente, en irnos a dormir un poco.

—Vamos, pues, señor Brusch —dijo Karl Dragoch.

Ambos descendieron hacia la orilla; al llegar a la extremidad del puente, el pasajero dijo:

—¿Y qué tal la venta de nuestro pescado, señor Brusch...? ¿Está usted satisfecho?

—Mucho más que satisfecho, encantado, señor Jaeger. Nada menos que cuarenta y un florines tengo que entregarle.

—Los que con los veintisiete precedentemente guardados forman un total de sesenta y ocho florines ¡Y todavía no estamos más que en Ratisbona...! ¡Eh, eh, señor Brusch, el negocio no me parece tan malo!

—Empiezo a pensar lo mismo —reconoció el otro.

Un cuarto de hora después dormían el uno cerca del otro, y a la salida del sol la embarcación se encontraba ya a cinco kilómetros de Ratisbona.

Larga es la distancia que separa Ratisbona de Viena, siguiendo el curso del Danubio; y, sin embargo, sobre ese camino líquido, de cerca de cuatrocientos setenta y cinco kilómetros, son muy raras las ciudades de alguna importancia.

En algunos sitios el trayecto se hace un tanto expuesto y arriesgado.

Algunos kilómetros antes de Passau hay que afrontar los rápidos de Wilshofen, y después, unos ciento cincuenta kilómetros más

abajo, los del Strudel y del Wirbel.

En este punto el valle se convierte en un estrecho paso de paredes abruptas, entre las que se precipitan las bullentes aguas.

En otro tiempo numerosos arrecifes hacían este paso mucho más peligroso, y no era raro que ocurrieran desgracias.

Pero hoy el riesgo ha disminuido notablemente, por haber saltado las rocas que más obstruían el paso, con lo cual la corriente ha perdido mucha fuerza y los remolinos no atraen ya a los barcos con la misma violencia, siendo así menos frecuentes las catástrofes.

Pero, con todo, deben tomarse muchas precauciones tanto con las grandes como con las pequeñas embarcaciones.

Todo aquello no era bastante para preocupar a Ilia Brusch, que seguía los pasos, evitaba los bancos de arena y dominaba los remolinos con toda destreza.

Admiraba Karl Dragoch aquella habilidad, pero no dejaba tampoco de experimentar cierta sorpresa al ver que un simple pescador tenía un conocimiento tan exacto del Danubio y de sus traidoras sorpresas.

Si Ilia Brusch sentía admiración por su pasajero, no era menos cierta la recíproca.

El pescador admiraba, sin comprender nada absolutamente de ello, la extensión de las relaciones de aquel personaje.

Por ínfimo e insignificante que fuese el lugar escogido para hacer alto por las noches, era sumamente raro que el señor Jaeger no encontrase en él alguna persona de su conocimiento.

Apenas amarraban la embarcación, saltaba a tierra, y casi en el acto era abordado por una o dos personas. Nunca, por lo demás, se entregaba a conversaciones demasiado prolongadas; después de cambiar unas cuantas frases, separábanse los interlocutores y el señor Jaeger volvía al bote, en tanto que los extraños personajes se alejaban de la orilla.

Por fin Ilia Brusch no pudo contenerse más tiempo.

—Por lo que se ve, tiene usted amigos en todas partes, señor Jaeger —comentó un día.

—En efecto, señor Brusch —respondió Karl Dragoch—. Y eso obedece a que yo he recorrido muchas veces estos parajes.

—¿Cómo turista?

—No, señor Brusch; viajaba yo en otra época por cuenta de una casa de comercio de Budapest, y en ese oficio no solamente se ve el país, sino que, como usted sabe, se crea una numerosas relaciones.

Tales fueron los únicos incidentes —si a esas cosas puede denominárselas así— que señalaron el viaje desde el 18 al 24 de agosto.

Este día, después de una noche pasada en la orilla, lejos de toda la población, un poco más abajo de la pequeña ciudad de Tulln, Ilija Brusch se puso en marcha antes del alba, según tenía por costumbre desde que diera comienzo el viaje.

Aquel día no debía ser parecido a los precedentes, que transcurrieron sin que aconteciera novedad alguna.

Aquella misma tarde, en efecto, estarían en Viena, y, por primera vez desde hacía ocho días, iba Ilija Brusch a pescar, a fin de no causar decepción a los admiradores, que no podían dejar de encontrarse en la capital, en la que había tenido cuidado de hacer anunciar su llegada por las cien voces de la prensa.

Por otra parte, ¿no era menester pensar algo en los intereses del señor Jaeger, demasiado abandonados durante aquella semana de encarnizada navegación?

Aun cuando el interesado no se quejase, pues a ello se había comprometido, no debía hallarse muy contento, así lo suponía Ilija Brusch, y por eso, para darle al menos una apariencia de satisfacción, se había arreglado de modo que en aquella última jornada no hubiese que franquear más que unos treinta kilómetros.

En el momento en que Karl Dragoch salía del camarote, el botín era ya abundante, pero aún debía ser mayor.

A eso de las once de la mañana pudo capturar un hermoso sollo de unas veinte libras: era una pieza verdaderamente regia, que

obtendría, a buen seguro, un muy elevado precio por parte de los aficionados vieneses.

Entusiasmado y alentado por este éxito, Ilia Brusch quiso tentar una vez más la suerte, con lo cual cometió un grave yerro, según iban a demostrarle los acontecimientos.

¿Cómo ocurrió aquello? Imposible hubiérale sido decirlo. Lo cierto fue que él, tan diestro siempre, tuvo en aquel momento un desdichado percance.

Ya fuese el resultado de un instante de distracción, o ya fuese otra la causa, al mover la caña el anzuelo vino a chocar violentamente en su rostro, en el que trazó un surco sangriento. Ilia Brusch lanzó entonces un grito de dolor.

Después de haber desgarrado las carnes, el anzuelo, siguiendo su camino, se enredó al paso con los anteojos que el pescador llevaba puestos día y noche, y arrastrados como una pluma, cayeron al agua describiendo caprichosas curvas.

Ahogando una exclamación de despecho, Ilia Brusch, tras una rápida mirada llena de inquietud en dirección del señor Jaeger, se apresuró a recuperar los anteojos, colocándolos inmediatamente en su sitio primitivo.

Sólo entonces pareció recobrar la tranquilidad.

Unos segundos tan sólo había durado aquel incidente, pero esos pocos segundos fueron suficientes para que Karl Dragoch pudiera cerciorarse de que su anfitrión tenía unos magníficos ojos azules, cuya mirada, sumamente viva, parecía poco compatible con una vista enfermiza.

El policía no pudo dejar de reflexionar en esta singularidad, ya que su temperamento le inclinaba a reflexionar sobre todos los asuntos que solicitaban su atención.

Inútil es decir que Ilia Brusch abandonó la pesca por aquel día.

Algo antes de las cuatro deteníase Ilia Brusch cerca de la orilla y amarraba su barco a uno de los árboles del Prater, paseo famoso que es a Viena lo que el Bosque de Bolonia es a París.

—¿Qué tiene usted en los ojos, señor Brusch? —preguntó en aquel momento Karl Dragoch, que desde el incidente de los anteojos no había hablado sino raras veces.

Ilia Brusch interrumpió su trabajo y se volvió hacia su pasajero.

—¿En los ojos? —respondió con tono interrogativo.

—En los ojos, sí —dijo el señor Jaeger—. Supongo que no será por gusto por lo que lleva usted gafas negras.

—¡Ah, sí...! ¡Mis anteojos...! Pues que tengo la vista débil y la luz me hace daño... Eso es todo.

¡La vista débil...! ¡Y con ojos semejantes...!

Dada su explicación, Ilia Brusch terminó de amarrar el barco. Su pasajero le veía hacer con un aspecto soñador.

VII

PESCADORES Y PESCADOS

Aquella tarde de agosto algunos paseantes animaban la orilla del Danubio, que forma al nordeste el límite extremo del paseo del Prater.

¿Esperaban aquellos paseantes a Ilia Brusch?

Era probable, dado que éste había tenido cuidado de hacer precisar de antemano, por medio de los periódicos, el lugar y casi la hora de su llegada.

Pero, diseminados por tan vasto espacio, ¿cómo podrían descubrir los curiosos la embarcación, que nada distinguía de las demás, para poder atraer sus miradas?

Tan pronto como su embarcación quedó amarrada, apresuróse a izar un mástil con una banderola, sobre la que todo el mundo podía leer; «Ilia Brusch: vencedor del concurso de Sigmaringen»; después, sobre el techo del camarote, colocó los peces capturados durante la mañana, como si fuera un escaparate, dando al sollo el puesto de honor.

Este reclamo a la americana obtuvo un resultado inmediato.

Algunos desocupados se detuvieron frente a la barca y la contemplaron con aspecto aburrido. Aquellos primeros desocupados atraieron a otros, y la aglomeración tomó en pocos instantes proporciones tales que los verdaderos curiosos no pudieron dejar de notarlo.

Corrieron hacia allá y al ver a todas aquellas gentes precipitarse en aquella dirección, pusieronse otros a correr, imitándolos, sin

saber por qué. En menos de un cuarto de hora quinientas personas se hallaban agrupadas ante la barca.

Jamás pudo soñar Iliá Brusch con semejante sueño.

No tardó mucho en entablarse un diálogo entre aquel público allí congregado y el pescador.

—¿El señor Brusch? —preguntó uno de los reunidos.

—Presente —respondió el interpelado.

—Permítame que me presente a mí mismo: Claudius Roth, uno de sus colegas de la Liga Danubiana.

—Mucho gusto, señor Roth.

—Otros varios colegas nuestros se encuentran aquí. He aquí al señor Hanisch, al señor Tietze, al señor Hugo Zwiedinek, sin contar a otros a quienes no tengo el gusto de conocer.

—Yo, por ejemplo, Matías Kasselick, de Budapest —dijo entonces un espectador.

—Y yo —añadió otro—, Wilhelm Bickel, de Viena.

—Muy satisfecho me hallo, señores, por estar en un país donde encuentro a tantos colegas —dijo Iliá Brusch.

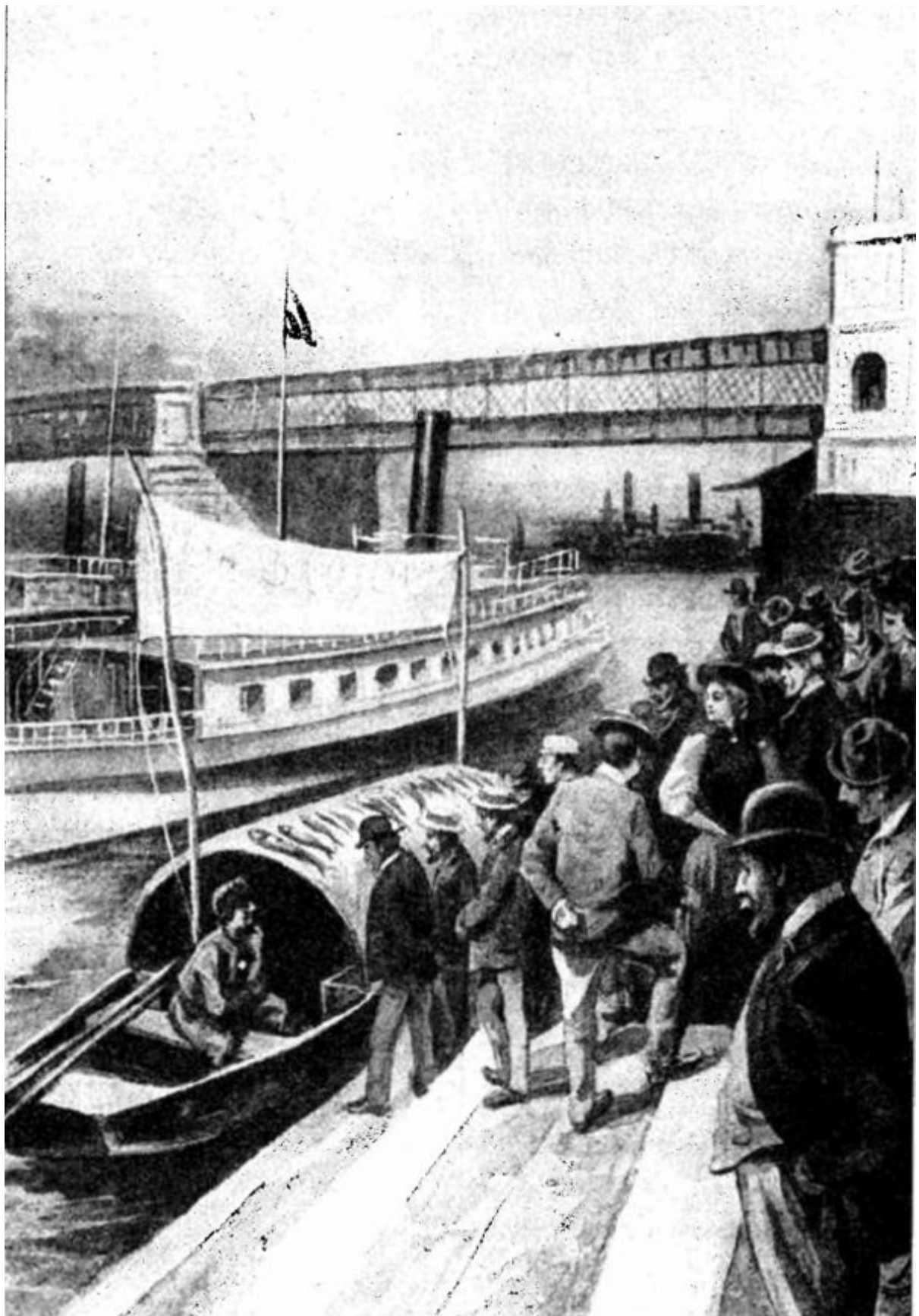
Comenzaron a cruzarse preguntas y respuestas, y la conversación llegó a hacerse general.

—¿Ha hecho usted buen viaje, señor Brusch?

—Excelente.

—Viaje rápido; no le aguardábamos tan pronto.

—No obstante, hace quince días que estoy en marcha.





—Sí, pero hay mucho que andar.

—Novecientos kilómetros más o menos; lo cual hace unos sesenta kilómetros diarios de promedio.

—La corriente apenas los hace en veinticuatro horas.

—Depende de los sitios.

—Eso es cierto. Y el pescado, ¿lo vende fácilmente?

—A maravilla.

—Entonces, ¿está usted satisfecho?

—Satisfechísimo.

—La pesca de usted es magnífica; está, sobre todo, ese sollo tan hermoso.

—No está mal, en efecto.

—¿Cuánto vale el sollo?

—Lo que ustedes quieran. Si a ustedes les parece bien, voy a sacar a subasta el pescado, dejando el sollo para lo último.

—Excelente idea —dijo el señor Roth—. El comprador del sollo, en lugar de comérselo, podrá, si así lo prefiere, hacerlo disecar en recuerdo de Ilia Brusch.

Aquel corto discurso obtuvo un gran éxito y las pujas comenzaron con animación.

Un cuarto de hora después el pescador se había guardado una bonita suma, a la que el famoso sollo no había contribuido con menos de treinta y cinco florines.

Finalizada la venta, continuó la conversación entre el laureado y el grupo de admiradores que rodeaba la barca.

Informados ya acerca del pasado, quisieron conocer sus intenciones para el porvenir. Ilia Brusch, por lo demás, respondía con complacencia suma y anunciaba, sin hacer de ello ningún misterio, que después de haber consagrado a Viena la jornada del siguiente día, iría durante la tarde del otro a dormir a Presburgo.

Poco a poco y a medida que avanzaba la hora, fue disminuyendo el número de curiosos, yéndose cada uno a comer.

Obligado a pensar en su comida, Ilia Brusch desapareció en el camarote, dejando a su pasajero que sirviera de pasto a la curiosidad pública.

A eso se debió el que dos paseantes, atraídos por el grupo, que aún contaba con un centenar de personas, sólo vieran a Karl Dragoch sentado solitariamente debajo de la banderola que anunciaba *urbi et orbi* el nombre y la calidad del laureado de la Liga Danubiana.

Uno de esos recién llegados era un robusto mocetón de unos treinta años, ancho de espaldas, cabello y barba rubios, de ese rubio eslavo que parece patrimonio de la raza.

El otro, de aspecto también robusto y notable por la insólita anchura de sus espaldas, era de más edad, y sus cabellos grises ponían de manifiesto que había pasado ya de los cuarenta.

A la primera mirada que el más joven de dichos personajes dirigió hacia la embarcación, sintió un brusco sobresalto e hizo un rápido movimiento de retroceso, arrastrando a su compañero consigo.

—Es él —dijo con voz sofocada, cuando se hubieron apartado algunos pasos de la muchedumbre.

—¿Crees tú...?

—Estoy seguro. ¿Acaso tú no le has reconocido?

—¿Cómo había de reconocerle? Yo no le he visto en mi vida.

Siguióse un instante de silencio. Los dos interlocutores reflexionaban.

—¿Está solo en la barca? —preguntó el de más edad.

—Completamente solo.

—¿Y es efectivamente la barca de Ilia Brusch?

—Sí, y no cabe ningún error; su nombre se halla inscrito con todas sus letras en la banderola.

—No comprendo nada de esto.

Tras un nuevo silencio, el más joven dijo:

—¿Será, por consiguiente, él quien hace el viaje a toda orquesta bajo el nombre de Ilia Brusch?

—¿Con qué objeto?

El personaje de la barba rubia alzó desdeñosamente los hombros y contestó:

—Pues, hombre, bien claro está: con el objeto de recorrer el Danubio de incógnito.

—¡Demonio!

—Nada absolutamente me sorprendería. Karl Dragoch es muy ingenioso y su estratagema habría tenido un éxito infalible, si la casualidad no nos hubiera hecho pasar por aquí.

El personaje de más edad parecía poco convencido.

—Eso es una auténtica novela —murmuró entre dientes.

—Completamente, Titcha, completamente —contestó aprobando su compañero—; pero Karl Dragoch es bastante aficionado a emplear medios novelescos. Nosotros, por otra parte, podremos poner la cosa en claro. Decíase en torno nuestro que la embarcación permanecería en Viena durante todo el día de la mañana. No tenemos que hacer sino volver aquí; si Karl Dragoch continúa en su puesto, será entonces indudable que él es quien se ha metido en el pellejo de ese Ilia Brusch.

—Y en ese caso —preguntó el llamado Titcha—, ¿qué haremos? Su interlocutor no contestó en el acto.

—Daremos el aviso —dijo, por fin.

Y ambos se alejaron del lado de la ciudad, dejando la barca rodeada de un público cada vez más escaso.

La noche se deslizó tranquilamente para Ilia Brusch y su pasajero.

Cuando este último salió del camarote, halló al primero en disposición de someter a sus útiles de pesca a una revisión general.

—¡Hermoso tiempo! —dijo Karl Dragoch a Ilia Brusch, a manera de matinal saludo.

—Muy hermoso, en efecto, señor Jaeger.

—¿No piensa usted aprovecharse de él para visitar la ciudad?

—No, a fe mía. Nada tengo de curioso, y tengo, en cambio, aquí algo en que ocuparme durante todo el día. Después de dos

semanas de navegación, no creo que sea un lujo el tratar de poner las cosas en su debido orden.

—Como usted guste, señor Brusch. Por lo que a mí respecta, no pienso imitar su indiferencia y voy a permanecer en tierra hasta la noche.

—Y hará usted perfectamente, señor Jaeger, ya que es en Viena donde reside. Tal vez tenga usted aquí familia, que se alegrará mucho de volver a verle.

—Está usted en un error, señor Brusch; yo soy soltero.

—Tanto peor, señor Jaeger, tanto peor. No son demasiado dos personas para llevar el fardo de la vida.

Karl Dragoch se echó a reír.

—¡Caramba, señor Brusch, no está usted muy alegre esta mañana!

—Hay días y días, señor Jaeger —respondió el pescador—; pero que eso no le impida divertirse.

—Trataré de hacerlo —dijo Karl Dragoch, alejándose.

Sin hacer caso de los transeúntes que halló al paso, entró Karl Dragoch en un café.

Se le esperaba. Un consumidor, al verle, le salió al encuentro.

—Buenos días, Uhlmann —dijo Karl Dragoch.

—Buenos días, señor —respondió Federico Uhlmann.

—¿Continuamos sin novedad?

—Sin novedad.

—Está bien; por esta vez podremos disponer de todo el día y convenir despacio en lo que debemos hacer.

Si Karl Dragoch no había fijado su atención en los transeúntes, dos de éstos —los dos individuos a quienes el azar había conducido el día antes cerca de la barca de Ilia Brusch— habíanle visto, por el contrario, perfectamente.

Estos dos individuos siguieron detrás del jefe de la policía danubiana, conservando una distancia suficiente para evitar toda sorpresa. Cuando Dragoch desapareció en el café, penetraron ellos en un establecimiento semejante, situado enfrente del primero,

resueltos a permanecer allí en emboscada todo el día, si era necesario.

Su paciencia fue puesta realmente a prueba. Después de haber consagrado muchas horas a convenir los pormenores de sus hechos y movimientos, Dragoch y Uhlmann se pusieron a almorzar sin apresurarse. Terminado su almuerzo, y deseosos de salir de la sofocante atmósfera de la sala, luciéronse servir al aire libre el café, que ha llegado a ser complemento indispensable de toda comida.

Se hallaban ya dispuestos a saborearlo cuando Dragoch hizo de repente un gesto de extrañeza, y como si deseara no ser reconocido, penetró rápidamente en el restaurante, desde donde, a través de los visillos, vigiló a un hombre que atravesaba la plaza en aquel momento.

—¡Es él, Dios me perdone! —murmuró Dragoch, siguiendo con la mirada a Ilia Brusch.

Era Ilia Brusch, en efecto, bien fácil de reconocer por su cara afeitada, por sus anteojos y sus cabellos negros, como los de un italiano del sur.

Cuando éste penetró por la Kaiser Josephstrasse, fue Dragoch a unirse a Uhlmann, que había permanecido sobre la terraza, le ordenó que le esperase mientras fuese necesario, y se lanzó sobre las huellas del pescador.

Caminaba Ilia Brusch sin pensar en volverse, con la calma de una conciencia tranquila, hasta llegar a la Brigittenau. Pareció entonces vacilar algunos instantes y penetró, finalmente, en una casa de sórdida apariencia.

Media hora más tarde, volvía a salir, espiado siempre, sin saberlo, por Karl Dragoch, y se dirigió hacia el río, adonde el policía juzgó inútil seguirle.

Volvió, pues, al café, donde Federico Uhlmann le esperaba fielmente.

—¿Conoces a un judío llamado Simón Klein? —preguntó al abordarle.

—Ciertamente —respondió Uhlmann.

—¿Qué es ese judío?

—Nada bueno: chalán, usurero y, en caso necesario, encubridor; creo que esas tres palabras le retratan de cuerpo entero.

—Es lo que yo pensaba —murmuró Dragoch, que parecía sumido en hondas reflexiones.

Después de un instante preguntó:

—¿Cuántos hombres tenemos aquí?

—Unos cuarenta.

—Son suficientes. Escúchame bien. Es menester hacer tabla rasa de todo lo que habíamos dicho esta mañana. Cambio por completo mi plan, porque cada vez me afirmo más en la creencia de que el asunto se realizará cerca del sitio, cualquiera que sea, en que yo mismo me encuentre.

—No comprendo...

—No hace falta. Escalonarás a tus hombres de dos en dos sobre la orilla izquierda del Danubio, de cinco en cinco kilómetros, comenzando más allá de Presburgo, durante un trecho de unos veinte kilómetros.

»Su única misión consistirá en vigilarme. Tan pronto como el último escalón me haya visto, sus dos hombres se apresurarán a ir cinco kilómetros más allá del primero y así sucesivamente. ¿Está entendido...? ¡Pues que no me falten sobre todo!

—¿Y yo? —preguntó Uhlmann.

—Tú te las arreglarás para no perderme de vista. Como yo estoy en una barca en medio del río, la cosa no será difícil... Respecto de nuestros hombres, que al hacer su facción tomen, eso por supuesto, todos los informes que les sean posibles. En caso de necesidad, el puesto informado de un acontecimiento grave dará aviso a los demás acerca del punto de concentración.

—Comprendido.

—Que se pongan en camino esta misma tarde y que mañana encuentre ya a tus hombres en su puesto.

—Lo estarán.

Por dos y tres veces expuso Karl Dragoch su plan, sin cansarse, hasta el momento de que, seguro de haber sido comprendido por su subordinado, se decidió, al ver que la hora avanzaba, a volver a la barca.

En el café que estaba enfrente, los dos paseantes del Prater no habían abandonado su espionaje.

Habían visto salir a Dragoch, sin sospechar la causa, ya que Ilia Brusch no había atraído su atención, como no la había atraído ningún otro transeúnte.

Su primer movimiento había sido el de lanzarse en su persecución, pero la presencia de Federico Uhlmann se lo había impedido. Tranquilizados, por otra parte, por la presencia de éste en el café, habíanse quedado convencidos de que no tardarían en volver a ver a Karl Dragoch.

El regreso del policía les probó que habían razonado bien, y cuando él mismo desapareció con Uhlmann en el interior del café, ellos permanecieron en acecho hasta el momento en que se separaron definitivamente, al parecer, el jefe de policía y su subordinado.

Dejando a este último que marchase hacia el centro, los dos individuos se pusieron nuevamente en seguimiento de Karl Dragoch y descendieron con él la Haupt-Allee, que en sentido contrario habían seguido aquella misma mañana.

Después de unos tres cuartos de hora de marcha, tuvieron que detenerse.

La línea de árboles que bordea la orilla del Danubio apareció entonces ante ellos.

No podía abrigarse ninguna duda de que Karl Dragoch iba a ganar su barca.

—Es completamente inútil que vayamos más adelante —dijo entonces el más joven de los dos personajes—. Ahora estamos ya del todo seguros. Ilia Brusch y Karl Dragoch son real y verdaderamente una misma persona. La demostración está perfectamente hecha, y si nosotros quisiéramos seguir más

adelante, nos expondríamos mucho a ser observados y espiados a nuestra vez, lo que sería muy sensible.

—¿Y qué vamos a hacer ahora nosotros en vista de esto? —preguntó su compañero.

—Vamos a charlar un rato —respondió el otro—. Se me ha ocurrido una buena idea.

En tanto que aquellos dos desconocidos se ocupaban con tanto ahínco en lo concerniente a su persona, y elaboraban, en consecuencia, según se iban alejando hacia el Prater Stern, planes cuya ejecución no debía diferirse mucho tiempo, Karl Dragoch se reintegraba a la barca, sin sospechar siquiera el espionaje de que había sido objeto con tanto encarnizamiento en el transcurso de aquel día.

En ella encontró a Ilia Brusch muy atareado en preparar la comida que ambos compañeros compartieron una hora más tarde como de costumbre, puestos a caballo sobre uno de los bancos.

—¿Y bien, señor Jaeger, está usted satisfecho de su paseo? —preguntó a su pasajero Ilia Brusch, tan pronto como las respectivas pipas comenzaron a arrojar sus nubes de espeso humo.

—Completamente —respondió Karl Dragoch—. ¿Y usted, señor Brusch, no cambió de opinión y se decidió a recorrer un poco la ciudad de Viena...? ¿No ha hecho usted ninguna visita?

—Nada de eso, señor Jaeger —afirmó terminantemente Ilia Brusch—. No conozco aquí a nadie absolutamente. Desde que se marchó usted no he puesto los pies en tierra.

—¿De verdad?

—Como se lo digo. No he dejado ni un instante la barca, en la cual, por otra parte, he tenido bastante trabajo para estar ocupado hasta la noche.

Karl Dragoch no replicó.

Los pensamientos que la flagrante mentira de su huésped podían sugerirle, los guardó totalmente para sí y se puso a hablar de cosas intrascendentes hasta el momento en que cada uno se entregó al reposo.

VIII

UN RETRATO DE MUJER

¿Se había hecho culpable Iliá Bruschi de una mentira premeditada, o bien había cambiado sencillamente de opinión, por puro capricho?

Sea de ello lo que quiera, los informes por él suministrados acerca de su itinerario resultaron ser de la más palmaria inexactitud.

Habiendo partido dos horas antes del alba en la madrugada del día 26 de agosto, no se detuvo en Presburgo, según había anunciado en Viena.

Veinte horas seguidas de remar sin cesar le llevaron de un tirón a unos quince kilómetros más allá de esta ciudad, y volvió a comenzar ese esfuerzo sobrehumano tras algunos muy breves instantes de reposo.

Iliá Bruschi no se creyó obligado a exponer al señor Jaeger las razones que podía él tener para esforzarse con tal febril apresuramiento por acortar su viaje; y el pasajero, por su parte, respetando la palabra dada no manifestó con ningún signo el disgusto que semejante precipitación debía de ocasionarle.

En aquella mañana del día 26 de agosto acababa de hacer Karl Dragoch una observación que, unida a las de los días precedentes, acababa por trastornarle profundamente.

Karl Dragoch, sumido en sus pensamientos, miraba maquinalmente remar a Iliá Bruschi, puesto de pie en la popa de la barca y trabajando con un empeño verdaderamente extraño e inexplicable.

A causa de una sinuosidad del río, que le obligaba a dirigirse por algunos instantes hacia el noroeste, el pescador tenía entonces el sol por la espalda. Hallábase con la cabeza al aire, porque, empapado literalmente de sudor, había arrojado a sus pies el gorro de piel de nutria con el que se cubría de ordinario, y la luz iluminaba vivamente por transparencia su abundante y negra cabellera.

De pronto, Karl Dragoch viose sorprendido por una particularidad de las más singulares.

Si Iliá Brusch era moreno, y esto no podía negarse, no lo era al menos más que de un modo parcial. Negros en su extremidad sus cabellos, en la base aparecían, en una longitud de algunos milímetros, del más innegable rubio.

¿Era un fenómeno natural aquella diversidad de colores?

Tal vez; pero era mucho más verosímil que fuese resultado de una vulgar tintura, cuya aplicación se habría olvidado de renovar.

Aun cuando alguna duda hubiera podido subsistir a este respecto en el espíritu de Karl Dragoch, poco habría tardado éste en salir por completo de ella, pues a la mañana siguiente los cabellos de Iliá Brusch habían perdido su doble coloración.

Era indudable que el pescador había advertido su negligencia, poniendo remedio a ella durante la noche.

Aquellos ojos que su propietario disimulaba con tanto cuidado tras impenetrables gafas negras; aquella mentira evidente cuando hicieron escala en Viena; aquel apresuramiento verdaderamente incomprensible y que no era compatible con el objeto que se le había dado al viaje; aquellos cabellos rubios transformados en negros de la noche a la mañana; todo ello formaba y constituía un conjunto de anomalías, de las que debía inferirse...

¿Qué era, en realidad, lo que de todo aquello podía lógicamente inferirse...? Después de todo, Karl Dragoch nada sabía acerca de ello. Que la conducta de Iliá Brusch era por demás extraña, no podía ponerse en duda; pero ¿qué conclusión podría sacarse de ahí?

Esto no obstante, una hipótesis, cien veces rechazada al principio, acabó por imponerse a Karl Dragoch, que no dejaba de

reflexionar sobre un problema planteado a su sagacidad.

Y esa hipótesis era la misma que por dos veces le había sugerido la casualidad.

Bajo el imperio de todas estas preocupaciones, Karl Dragoch, en la mañana del día 28, después de una noche pasada en despoblado, llevó la conversación a un terreno y sobre un asunto que hasta entonces no había sido desflorado.

—Buenos días, señor Brusch —dijo aquella mañana al salir del camarote, en el que acababa de madurar su plan de campaña y su sistema de ataque.

—Buenos días, señor Jaeger —respondió el pescador, que remaba con su acostumbrada energía.

—¿Ha dormido usted bien?

—Perfectamente; ¿y usted?

—Regular.

—Pero, hombre, si no se encontraba usted bien, ¿por qué no me ha llamado?

—Mi salud es excelente, señor Brusch. Pero eso no basta para que la noche pasada me haya parecido un poco larga. No me pesa, lo confieso, que por fin llegara el día.

—¿Por qué?

—Pues por la sencilla razón de que me encontraba un tanto inquieto y desasosegado.

—¡Inquieto! —repitió Iliá Brusch con un tono de sincera extrañeza.

—No es ésta tampoco la primera vez que me hallo inquieto —repuso el señor Jaeger—. Nunca me he encontrado a gusto cuando usted ha tenido el capricho de pasar la noche lejos de toda ciudad y de todo poblado.

—¡Hombre! —dijo Iliá Brusch, que parecía caer de las nubes—. Debiera usted habérmelo dicho antes y ya me hubiera arreglado yo de manera que no ocurriera así.

—Se olvida usted de que yo he adquirido el compromiso de dejarle la libertad de obrar como le pareciera. Cosa prometida, cosa

debida, señor Brusch... Eso no impide que nunca haya estado del todo tranquilo. ¿Qué quiere usted? Yo soy un hombre de las ciudades y me siento sumamente impresionado por el silencio y la soledad de los campos.

—Cuestión de costumbre, señor Jaeger —replicó alegremente Iliá Brusch—. Ya se acostumbraría a ello si nuestro viaje debiera ser más largo. En realidad, hay muchos menos peligros en el campo que en el centro de una gran ciudad, donde pululan los asesinos y los malhechores de toda especie.

—Quizá tenga usted razón, señor Brusch. A mayor abundamiento, mis temores no se hallan desprovistos, en el caso actual, de todo fundamento, ya que atravesamos ahora una región de bastante mala fama.

—¿Mala fama? —exclamó Iliá Brusch—. ¿De dónde saca usted eso, señor Jaeger...? Yo, que le hablo, habito por estos sitios y jamás he oído decir que el país tuviese mala fama.

Llególe entonces al señor Jaeger el turno de manifestar una viva sorpresa.

—¿Habla usted en serio, señor Brusch? —exclamó—. Sería usted entonces el único en ignorar lo que desde Baviera hasta Rumanía sabe perfectamente todo el mundo.

—¿Y qué es?

—¡Caramba! Pues que una banda de incapturables malhechores asóla las dos riberas del Danubio, desde Presburgo hasta su desembocadura.

—Es ésta la primera vez que oigo hablar de semejante cosa —declaró terminantemente Iliá Brusch, con el acento de la mayor sinceridad.

—Pero, hombre, parece imposible... ¡Pues si no se habla de otra cosa de un extremo a otro del río!

—Todos los días se aprende algo nuevo —hizo observar plácidamente Iliá Brusch—. Y dígame, ¿hace mucho tiempo que dieron principio esos robos?

—Dieciocho meses, más o menos —respondió el señor Jaeger—. ¡Y si no se tratase más que de robos...! Pero los malhechores en cuestión no se contentan con robar, sino que asesinan en caso necesario. Durante esos dieciocho meses se les atribuyen, cuando menos, diez homicidios, cuyos autores no han sido conocidos. El último de esos homicidios se cometió precisamente a unos cincuenta kilómetros de aquí.

—Comprendo ahora sus inquietudes —dijo Iliá Brusch—. Y tal vez yo mismo las hubiera compartido si hubiese estado mejor informado. En adelante nos detendremos por la noche, en cuanto posible sea, en las cercanías de una ciudad o de una población cualquiera, comenzando por nuestro alto de hoy, que lo haremos en Gran.

—¡Oh! —dijo, aprobando, el señor Jaeger—. Allí estaremos perfectamente tranquilos. Gran es una ciudad de bastante importancia.

—Tanto más satisfecho me encuentro yo —continuó diciendo Iliá Brusch— de que se halle usted ahí en seguridad, cuanto que abrigo el pensamiento de dejarle solo la noche próxima.

—¿Tiene usted la intención de ausentarse?

—Sí, señor Jaeger; pero tan sólo por algunas horas. De Gran, donde espero llegar a buena hora, quisiera irme a Szalka, que no está lejos. Como usted sabe, ahí es donde resido. Por lo demás, estaré de regreso antes del alba y nuestra partida mañana de madrugada no experimentará retraso alguno.

—Como le parezca, señor Brusch. Comprendo que tiene usted deseo de darse una vueltecita por su casa, y en Gran, repito, nada tendré yo que temer.

La conversación quedó interrumpida durante una media hora. Tras esta interrupción, el señor Jaeger volvió a reanudarla con nuevos bríos.

—Es verdaderamente curioso —dijo— que no haya usted oído hablar nunca de esos malhechores del Danubio. Y es tanto más

curioso cuanto que la opinión pública se ocupó mucho en este asunto a los pocos días del concurso de pesca de Sigmaringen.

—¿A propósito de qué? —preguntó Ilia Brusch.

—A propósito de la constitución de una brigada de policía especial, bajo las órdenes de un jefe que, según se asegura, es muy hábil, un tal Karl Dragoch, policía de Budapest.

—Pues tendrá bastante quehacer —repuso Ilia Brusch, a quien aquel nombre no pareció llamar lo más mínimo la atención—. El Danubio es bastante extenso y resulta muy poco cómodo el vigilar a personas acerca de las cuales nada se sabe.

—En eso se equivoca usted, mi querido amigo —replicó el señor Jaeger—. La policía no deja de poseer algunos indicios e informes. Del conjunto de los testimonios hasta ahora recogidos se conoce casi con certeza al jefe de la banda.

—¿Y cómo es ese individuo?

—En su aspecto general es parecido a usted...

—Muchas gracias —interrumpió Ilia Brusch.

—Sí —prosiguió diciendo el señor Jaeger—, sería poco más o menos de su estatura y de su corpulencia de usted; pero en cuanto a otros rasgos no hay ninguna semejanza.

—¡Por fortuna! —dijo, suspirando, Ilia Brusch, con un fingido tono de alegría.

—Tendría, según se dice, unos hermosos ojos azules y no se vería obligado, como usted, a llevar anteojos. Además, al paso que usted es bastante moreno y está cuidadosamente afeitado, el individuo usaría toda la barba, que se asegura es rubia. Acerca de este último particular, los testimonios hasta ahora recogidos son positivos, según se pretende.

—Eso es una indicación, evidentemente, pero sumamente vaga —dijo Ilia Brusch—. Hay muchos que son rubios, y si fuera necesario irlos examinando uno por uno...

—También se sabe otra cosa. En vista de lo que corre, ese jefe sería de nacionalidad búlgara, como usted, señor Brusch.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó, turbado, Ilia.

—A juzgar por su acento —repuso excusándose Karl Dragoch con aires de inocencia y candor—, yo le he creído de origen búlgaro... Pero tal vez me haya equivocado...

—No, no se ha equivocado usted —hubo de reconocer Ilija Bruschi, tras una corta vacilación.

—Así, pues, ese jefe sería su compatriota. Hasta su nombre corre ya de boca en boca por el público.

—¡Oh, entonces...! ¡Si se conoce su nombre...!

—Por supuesto que ello no es todavía oficial.

—Oficial u oficioso, ¿cuál es el nombre de ese compatriota?

—Equivocadamente o no, los ribereños del río atribuyen los crímenes cometidos en sus dominios a un tal Ladko.

—¡Ladko! —repitió Ilija Bruschi, que, presa de una evidente emoción, detuvo bruscamente el vaivén de su remo.

—¡Ladko, sí! —afirmó Karl Dragoch, mirando con el rabillo del ojo a su interlocutor.

Pero ya éste había recobrado su serenidad.

—¡Es curioso! —dijo simplemente, en tanto que el remo volvía a tomar entre sus manos su eterno trabajo.

—¿Qué es curioso? —insistió Karl Dragoch—. ¿Conocería usted, por casualidad, a ese Ladko?

—¿Yo? —contestó en son de protesta el pescador—. Nada de eso. Pero se me ha ocurrido que Ladko no es, a mi juicio, un nombre búlgaro. He ahí todo lo que veo yo de curioso y anormal en ello.

Karl Dragoch no llevó más adelante su interrogatorio, que podía llegar a despertar sospechas, y cuyos resultados, por otra parte, podían considerarse como muy satisfactorios.

La sorpresa del pescador al conocer las señas del jefe de los bandidos; su turbación al tener conocimiento de la nacionalidad probable de éste; su emoción al saber el nombre que se le asignaba, todo eso era innegable y daba una fuerza nueva a las presunciones anteriores, sin aportar, empero, una prueba verdaderamente decisiva.

Según había previsto Ilia Bruschi, aún no eran las dos de la tarde cuando la embarcación arribaba a Gran.

Quinientos metros antes de las primeras casas el pescador tomó tierra, a fin de evitar, según dijo, el verse detenido por la curiosidad popular, y desembarcó sobre la orilla izquierda, rogando al señor Jaeger que tuviese la bondad de conducir él solo la barca a la orilla derecha y que se detuviera en el centro de la ciudad; a todo lo cual accedió el pasajero con suma cortesía y atención.

Terminado su trabajo, transformóse en policía.

Una vez amarrado el barco; saltó sobre el muelle y se puso en busca de uno de sus hombres.

Aún no había dado veinte pasos cuando tropezó con Federico Uhlmann.

Un rápido diálogo entablóse entonces entre los dos policías, jefe y subordinado.

—¿Marcha todo bien?

—Todo.

—Es menester estrechar el círculo. En lo sucesivo, ten puestos de dos hombres a un kilómetro uno de otro.

—¿Se acerca el momento?

—Sí.

—Tanto mejor.

—Mañana trata de no perderme un instante de vista. Tengo la sospecha de que estamos a punto.

—Comprendido.

—¡Qué nadie se duerma!

—Confíe usted en mí.

—Si se llegara a averiguar algo, me haces en seguida una señal, ¿estamos?

—Sí, señor.

Separáronse ambos interlocutores, y Karl Dragoch volvió a la embarcación.

Si su descanso no se vio turbado por la inquietud que había pretendido experimentar de ordinario, lo fue, en cambio, en el

transcurso de aquella noche por el estrépito de los elementos desencadenados, que no dejaban dormir.

A medianoche, en efecto, se desencadenó una tempestad del este y fue aumentando de hora en hora, al paso que la lluvia caía a torrentes.

En el momento en que, a eso de las cinco de la mañana, volvió Iliá Bruschi a la embarcación, la lluvia continuaba cayendo torrencialmente, y el viento soplabá con verdadero furor en una dirección marcadamente opuesta a la de la corriente.

El pescador, sin embargo, no vaciló ni un solo momento en partir.

Suelta la amarra, empujó el barco al centro del río y se cogió a sus eternos remos. Necesitábase un verdadero y positivo valor para ponerse al trabajo en semejantes condiciones, y después de una noche que no había podido menos de ser extremadamente fatigosa.

Durante las primeras horas de la mañana, la tempestad no mostró ninguna tendencia a decrecer, sino más bien todo lo contrario.

Hubo un momento en que redobló con tal furor que la situación llegó a ser realmente crítica.

Si el Danubio no es ni puede compararse al mar, es, sin embargo, bastante vasto para que lleguen a formarse verdaderas olas cuando el viento adquiere mucha violencia.

Eso acontecía aquel día, y a pesar del apresuramiento de que Iliá Bruschi daba muestras, forzoso hubo de ser el tratar de refugiarse cerca de la orilla izquierda.

No debía llegar a alcanzarla.

Más de cincuenta metros le separaban todavía de ella cuando surgió un espantoso fenómeno.

A alguna distancia hacia arriba, los árboles que guarnecían la orilla fueron precipitados en el río, cortados al ras del suelo, como si hubiesen sido arrancados por una fuerza gigantesca. Al mismo tiempo, el agua, elevada por una inconmensurable potencia, subió al asalto de la ribera y convirtiéndose luego en una ola enorme, que rodó con furia en dirección de la barca.

Era evidente que una tromba acababa de formarse en las capas atmosféricas y paseaba por la superficie del río su irresistible furia.

Ilia Brusch advirtió el peligro en el acto.

Haciendo girar la barca con un enérgico golpe de remos, se esforzó por llevarla a la orilla derecha.

Si aquella maniobra no tuvo todo el resultado que el pescador esperaba, a ella fue, no obstante, a la que él y su pasajero debieron, finalmente, su salvación.

Atrapada por el meteoro, que continuaba su furiosa carrera, la embarcación evitó, cuando menos, la montaña de agua que se alzaba a su paso. Por eso no se vio sumergida, lo que habría ocurrido fatalmente sin la maniobra de Ilia Brusch. Arrebatada por las espirales más exteriores del torbellino, fue simplemente lanzada con gran violencia, describiendo una arrolladora curva de gran radio.

Tanta fue la velocidad, que en algunos segundos la tromba había pasado, y la onda huía rugiendo hacia delante, en tanto que la resistencia del agua neutralizaba poco a poco la velocidad adquirida por la embarcación.

Desgraciadamente, antes de que se alcanzase por completo ese resultado, un nuevo peligro se reveló de improviso; Brusch descubrió, en la dirección de la barca, que avanzaba con la velocidad de un expreso, uno de los árboles arrancados, que, con las raíces al aire, seguía lentamente la dirección de la corriente.

Lanzada la embarcación contra esas raíces, no podía dejar de zozobrar, o, cuando menos, de correr un grave riesgo. Ilia Brusch lanzó un grito de espanto al percibir aquel obstáculo imprevisto.

Pero Karl Dragoch había visto también el peligro y había comprendido su inminencia.

Sin vacilar siquiera un instante, lanzóse a la proa de la barca; sus manos agarraron las raíces que sobresalían del agua y afianzándose bien para luchar mejor contra el impulso del bote, se esforzó por separarlo de la dirección peligrosa.

Lo consiguió, en efecto. La barca, desviada de su ruta, pasó como una flecha, rozando con las raíces, y después la copa del

árbol, cubierta todavía de hojas.

Un instante más y habríase evitado todo riesgo, cuando Karl Dragoch, alcanzado en pleno pecho por una de las ramas, perdió el equilibrio y dio la vuelta por encima de la borda, desapareciendo bajo las aguas. A su caída sucedió inmediatamente otra, voluntaria ésta.

Ilia Brusch, al ver caer a su pasajero, se lanzó sin vacilar en su socorro.

Pero no era cosa fácil percibir nada en aquella agitación: durante un minuto hizo Ilia Brusch esfuerzos vanos, y ya desesperaba de descubrir al señor Jaeger, cuando pudo, por fin, agarrarle flotando desvanecido entre dos aguas.

Aquello era preferible; un hombre que se ahoga se debate ordinariamente y aumenta de este modo, sin saberlo, las dificultades del salvamento; mientras que un hombre desvanecido es una masa inerte, cuya salvación depende única y exclusivamente de la habilidad del salvador.

Ilia Brusch se apresuró a sacar fuera del agua la cabeza del señor Jaeger, y nadando después vigorosamente hacia la barca, que se había alejado unos treinta metros, pudo alcanzarla, izar a ella a su pasajero y depositarle sobre una de las colchonetas del camarote.

Tras algunas enérgicas fricciones, no tardó el señor Jaeger en volver en sí y abrir los ojos.

—¡Vamos, vamos, señor Jaeger —dijo Ilia Brusch tan pronto como vio que el pasajero recobraba el conocimiento—, por lo visto, sabe usted dar zambullidas!

El señor Jaeger sonrió débilmente, sin contestar.



—Eso no será nada —prosiguió diciendo Ilia Brusch, sin interrumpir sus enérgicas fricciones—. Nada hay tan bueno para la salud como un baño en el mes de agosto.

—Mil gracias, señor Brusch —dijo, balbuciente aún, Karl Dragoch.

—No hay verdaderamente de qué —repuso alegremente el pescador—. A usted es a quien debo dárselas yo, señor Jaeger, puesto que me ha proporcionado la ocasión de un excelente baño.

Las fuerzas volvíanle rápidamente a Karl Dragoch, y con un buen trago de aguardiente acabaría de reponerse. Por desdicha, la provisión de licores se había agotado.

—¡Vaya un contratiempo! —exclamó Ilia Brusch—. Ni una gota siquiera nos queda a bordo.

—Poco importa, señor Brusch —afirmó Karl Dragoch con voz débil—. Sabré pasarme muy bien sin ello, se lo aseguro.

Karl Dragoch, no obstante, estaba tiritando, a despecho de sus afirmaciones, y seguramente que un cordial no le habría sido inútil, ni mucho menos.

—Está usted equivocado —respondió Ilia Brusch, que no se hacía ilusiones acerca del estado en que se hallaba su pasajero—. No se pasará usted sin ello; déjeme hacer; pronto termino.

En un instante el pescador se cambió de vestidos, y luego condujo la barca a la orilla izquierda, en la que fue amarrada sólidamente.

—Un poco de paciencia, señor Jaeger —dijo, saltando a tierra Ilia Brusch—. Aquí conozco yo perfectamente el país, puesto que ahí tenemos la confluencia del Ipoly. A menos de mil quinientos metros, hay un pueblo en el que podré encontrar todo lo que necesito. Dentro de una media hora estaré de regreso.

Dicho esto, Ilia Brusch se alejó, sin aguardar respuesta.

Tan pronto como se vio solo Karl Dragoch se dejó caer sobre la colchoneta. Se hallaba más quebrantado de lo que quería dar a entender, y durante un instante cerró los ojos con laxitud.

Pero la vida volvía rápidamente. Muy pronto abrió los ojos y dejó errar sus miradas en tomo.

Lo primero que llamó su atención fue uno de los cofres que en su precipitación había dejado abierto el pescador, y que sólo ofrecía a la vista un conjunto de objetos sin importancia.

De pronto su mirada se animó al descubrir una carpeta que contenía papeles.

El detective no pudo contenerse.

Tras una corta vacilación, y aun a trueque de traicionar las leyes de la hospitalidad, su mano se apoderó de aquellos papeles.

Eran cartas que Karl Dragoch no se entretuvo en leer, dirigidas al señor Ilia Bruschi en Szalka y recibos extendidos a nombre del mismo. En resumen, nada de interés.

Iba Karl Dragoch a abandonar el examen cuando un último documento le sobresaltó.

Nada, sin embargo, podía ser más inocente, y se necesitaba ser un policía para experimentar ante semejante «documento» otra cosa que una simpática emoción. Era un retrato, el retrato de una mujer joven, cuya perfecta belleza habría provocado el entusiasmo de un pintor.

Pero un policía no es un artista, y no era de admiración el sentimiento que experimentaba Karl Dragoch, pues apenas si se había fijado en las facciones que representaba aquel retrato.

A decir verdad, nada había visto en él, nada más que una simple línea, escrita en idioma búlgaro, en la parte inferior de la fotografía:

«A mi querido esposo. —*Natcha Ladko*».

Tales eran las palabras que podía leer Karl Dragoch.

Así, pues, sus sospechas veíanse confirmadas, y sus deducciones, basadas sobre las singularidades observadas, eran rigurosamente lógicas.

Con Ladko era indudablemente con quien descendía el Danubio desde hacía tantos días.

Él era el peligroso malhechor a quien en vano se había perseguido hasta entonces y que se ocultaba bajo la inofensiva

personalidad del recién laureado en la Liga Danubiana.

¿Cuál iba a ser la conducta de Karl Dragoch después de aquel descubrimiento?

Aún no había tomado decisión alguna sobre el particular cuando un ruido de pasos sobre la orilla le obligó a lanzar la carpeta de los papeles en el cofre abierto.

El recién llegado no podía ser Iliá Brusch, pues apenas hacía diez minutos que había partido.

—¡Señor Dragoch! —llamó una voz desde fuera.

—¡Federico Uhlmann! —murmuró Karl Dragoch, que consiguió, tras algunos esfuerzos, ponerse en pie y salir vacilante del camarote.

—Perdone que le haya llamado; pero vi que su compañero se había alejado y sabía que usted se encontraba solo.

—¿Qué hay?

—Hay novedades; esta noche se ha cometido un crimen.

—¿Esta noche? —exclamó Dragoch, pensando enseguida en la ausencia de Iliá Brusch en el transcurso de la noche precedente.

—Una finca ha sido saqueada cerca de aquí, y el guarda ha sido herido.

—¿Le han matado?

—No; sólo herido de gravedad.

—Está bien —dijo Karl Dragoch, imponiendo silencio a su subordinado con un ademán enérgico. Reflexionaba profundamente.

¿Qué era lo que convenía hacer? Obrar, indudablemente, y no le faltaría la fuerza para ello. La noticia que acababa de dársele era el mejor remedio; ya no le quedaban señales del accidente que acababa de sufrir.

Sí, era menester obrar; pero ¿cómo...? ¿Debía esperar el regreso de Iliá Brusch, o más bien de Ladko, y aprehenderle de improviso en nombre de la ley? Eso parecía lo más acertado.

¡Pero aquel bandido le había salvado de la muerte...! He aquí una cosa que complicaba de extraña manera la situación.

Durante cinco minutos estuvo Karl Dragoch dando vueltas en su mente y bajo todas sus fases al caso de conciencia que se le presentaba.

¿Qué hacer...? ¿Partir sin haber visto a Iliá Bruschi...? ¿O bien quedarse, colocar a Federico Uhlmann emboscado en el camarote, y cuando el pescador apareciese echarse sobre él sin decir una palabra, sin perjuicio de explicarse más tarde?

No, de ninguna manera; responder con una traición semejante a aquel acto de arrojo y de sacrificio era cosa que le sublevaba.

Preferible era, aun a riesgo de dejar al culpable una probabilidad de salvación, comenzar el informe acerca del crimen cometido, olvidando provisionalmente lo que creía saber. Si esta investigación le llevaba como resultado final a Iliá Bruschi, si su deber le obligaba entonces a tratar a su salvador como a enemigo, sería, al menos, cara a cara como le combatiría y después de haberle dado tiempo de defenderse.

Aceptando todas las consecuencias de su decisión, Karl Dragoch, una vez tomado su partido, volvió a entrar en el camarote y dejó bien a la vista unas líneas en que advertía a Iliá Bruschi de la necesidad que había tenido de ausentarse, rogándole que le aguardase al menos durante veinticuatro horas.

Hecho esto se dispuso a partir.

—¿Cuántos hombres tenemos? —preguntó, saliendo del camarote.

—Dos aquí, pero antes de la noche tendremos una docena.

—Bien. ¿No me has dicho tú que el teatro del crimen no se hallaba lejos?

—Dos kilómetros, aproximadamente.

—Guíame —terminó diciendo Karl Dragoch, saltando a la orilla.

IX

LOS DOS FRACASOS DE DRAGOCH

Los Cárpatos, en la parte septentrional de Hungría, describen un inmenso arco, cuya extremidad occidental se divide en dos ramas principales.

Una de ellas va a morir en el Danubio a la altura de Presburgo; la otra alcanza el río en los alrededores de Gran, en donde continúa sobre la orilla derecha con los 766 metros del monte Pilis.

Al pie de esta poco elevada montaña era donde se había cometido un crimen la noche antes, y allí era donde Karl Dragoch iba a encontrarse por primera vez con los terribles malhechores que tenía la misión de perseguir.

Algunas horas antes del momento en que se hacía violencia para obedecer, no obstante su debilidad, a la invitación de Federico Ulhmann, una carreta sumamente cargada se había detenido ante una miserable posada construida en la base de las colinas por las que el monte Pilis se pierde en el valle del Danubio.

La posición de esa posada había sido muy bien elegida, desde el punto de vista comercial, puesto que se hallaba en el cruce de tres caminos.

En el momento en que el pesado vehículo se detenía ante la puerta de la posada, comenzaba a asomar el sol por el horizonte.

Todo dormía aún en la casa, cuyas puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas.

—¡Ah de la casa! —llamó, golpeando la puerta con su palo, uno de los dos hombres que conducían la carreta.

—¡Ya va! —respondió desde el interior el mesonero, que despertó sobresaltado.

Momentos después, una cabeza asomaba por una de las ventanas del primer piso.

—¿Qué desean ustedes? —preguntó con aspereza el mesonero.

—Comer, lo primero, y después dormir —contestó el carretero.

Cuando, una vez abiertas las puertas, el carro penetró en el patio, sus conductores se apresuraron a desenganchar los caballos, llevándolos a la cuadra, donde se les sirvió abundante pienso.

Durante este tiempo el mesonero no dejaba de dar vueltas en torno de sus madrugadores clientes. Era indudable que no deseaba otra cosa que entablar conversación; pero los carreteros, por el contrario, parecían muy poco dispuestos a darle gusto.

—Llegan ustedes muy de madrugada, compañeros —insinuó el hostelero—. ¿Han estado viajando durante la noche?

—Así parece —contestó uno de los carreteros.

—¿Y van ustedes muy lejos?

—Lejos o cerca, es asunto nuestro.

El posadero enmudeció.

—¿Por qué molestar a este hombre, Vogel? —dijo, interviniendo en la conversación, el otro carretero, que hasta entonces no había abierto la boca—. Ninguna razón tenemos nosotros para ocultar que vamos a San Andrés.

—Es posible que no tengamos por qué ocultarlo —replicó el llamado Vogel en tono brusco—; pero eso no le importa a nadie, me figuro yo.

—Indudablemente, indudablemente —aprobó el posadero, halagador y afable, como todo buen comerciante—. Lo preguntaba únicamente para decir algo... ¿Desean los señores tomar alguna cosa?

—Sí —respondió aquel de los dos carreteros que parecía menos brutal—. Tráiganos algo con que podamos hacer trabajar las mandíbulas.

La carreta debía de haber recorrido un largo camino, porque sus conductores, hambrientos, hicieron ampliamente honor a la comida.

Hallábanse también rendidos y por eso no se entretuvieron demasiado en la mesa: tan pronto como tomaron el último bocado, apresuráronse ambos a ir en busca del sueño sobre la paja de la cuadra, el uno cerca de los caballos y debajo de la carreta el otro.

Al mediodía reaparecieron los dos.

Pidieron inmediatamente una segunda comida, que como la precedente, fue servida en el acto en el comedor del mesón.

Como se habían repuesto ya de su fatiga, no tuvieron prisa en levantarse de la mesa. A los postres sucedieron los vasos de aguardiente, que desaparecían en sus gajates como si se tratase de agua.

Durante aquella tarde, muchos carruajes se detuvieron en el mesón y numerosos peatones entraron a beber un trago.

Eran, en su mayor parte, campesinos, que con la alforja al hombro y el bastón en la mano, se dirigían a Gran o regresaban de él.

Casi todos ellos eran parroquianos habituales y el posadero no podía dejar de aplaudirse por tener la cabeza sólida reclamada por su profesión, dado que trincaba con todos sus clientes, unos tras otros. Esto es lo que hacía marchar el comercio; se charla, en efecto, al beber, y el hablar reseca mucho la garganta, lo cual excita a nuevas libaciones.

Precisamente aquel día la conversación no dejaba de tener un buen asunto sobre el que girar.

El crimen cometido durante la noche pasada tenía excitados a todos.

La noticia había sido llevada por los primeros transeúntes, y cada uno ahora refería un pormenor inédito o daba su opinión personal.

De este modo supo excesivamente el posadero que la magnífica villa que poseía el conde Hagueneau, a unos quinientos metros de la orilla del Danubio, había sido completamente saqueada, y que

Christian, el guarda, estaba gravemente herido; que ese crimen era, sin duda alguna, la obra de esa incapturable banda de malhechores a quienes se atribuía la comisión de tantos otros crímenes que habían quedado impunes; y que la policía, en fin, se hallaba batiendo la campiña y que los criminales eran buscados por la brigada recientemente creada para la vigilancia del río.

Ninguno de los dos carreteros se mezclaba en las conversaciones que suscitaba el acontecimiento, conversaciones que se desarrollaban con gran acompañamiento de exclamaciones y de gritos.

Silenciosamente manteníanse separados, pero sin duda no perdían palabra de lo que se hablaba en torno de ellos, pues no podían dejar de interesarse en lo que tanto apasionaba a todo el mundo.

El ruido fue, empero, calmándose poco a poco, y hacia las seis y media de la tarde quedáronse de nuevo solos en la gran sala de la que acababa de alejarse el último de los consumidores.

Uno de ellos interpeló enseguida al posadero, muy ocupado en colocar los vasos en su sitio.

Apresuróse éste a acudir al llamamiento.

—¿Qué desean los señores? —preguntó.

—Comer —respondió uno de los carreteros.

—¿Y acostarse, sin duda, enseguida?

—No, señor —dijo aquel de los carreteros que parecía más sociable—. Pensamos marchar esta noche...

—¡Esta noche...!

—A fin —siguió diciendo su cliente— de hallarnos al ser de día en la plaza del mercado.

—¿De San Andrés?

—O de Gran. Eso dependerá de las circunstancias; aguardamos aquí a un amigo que ha ido a informarse, y él nos dirá dónde podremos despachar mejor nuestras mercancías.

El posadero abandonó la sala para ocuparse en los preparativos de la comida.

—¿Has oído, Kaiserlick? —dijo en voz baja el más joven de los dos carreteros, inclinándose hacia su compañero.

—Sí.

—El golpe está descubierto.

—Supongo que no tendrías tú la esperanza de que permaneciera oculto.

—Y la policía recorre la campiña.

—Que la recorra.

—Bajo la dirección de Dragoch, según se asegura.

—Eso ya es otra cosa, Vogel. A mi juicio, los que no tengan que temer más que a Karl Dragoch, pueden echarse a dormir a pierna suelta, completamente tranquilos.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que digo.

—¿Dragoch, pues, habría sido...?

—Suprimido.

—¿Qué?

—Mañana lo sabrás. Ahora silencio —concluyó diciendo el carretero al ver que regresaba el posadero.

El personaje esperado por los dos carreteros no llegó hasta bien entrada la noche. Un rápido coloquio se entabló entre los tres compañeros.

—Se decía aquí que la policía estaba sobre la pista —dijo en voz baja Kaiserlick.

—Está buscando, pero no hallará nada.

—¿Y Dragoch?

—Bien sujeto.

—¿Quién se encargó de la operación?

—Titcha.

—Entonces todo va bien... Y nosotros, ¿qué debemos hacer?

—Enganchar sin tardanza.

—¿Para...?

—Para San Andrés; pero a quinientos metros de aquí desandaréis el camino. La posada estará ya entonces cerrada y

podréis pasar perfectamente inadvertidos; tomaréis, pues, la ruta del norte, y así, mientras se os cree en un lado, os encontraréis en otro.

—¿Dónde está el barco?

—En la ensenada de Pilis.

—¿Es allí la cita?

—No, un poco más cerca; en el claro que hay a la orilla del camino. ¿Lo conoces?

—Sí.

—Allí están ya unos quince de los nuestros; vosotros iréis a uniros a ellos.

—¿Y tú?

—Yo me vuelvo hacia atrás a reunir a los demás hombres que he dejado de vigilancia; los llevaré conmigo.

—En marcha, pues —dijeron los carreteros.

Cinco minutos después, la carreta emprendía de nuevo la marcha suspendida durante el día.

El posadero, sin dejar de tener abierto uno de los batientes de la puerta cochera, saludó a los clientes.

—Entonces, ¿van ustedes decididamente a Gran? —preguntó.

—No, amigo, a San Andrés.

—¡Buen viaje!

—Gracias.

La carreta volvió a la derecha y tomó el camino de San Andrés. Cuando se perdió entre las sombras de la noche, el personaje que Kaiserlick y Vogel habían estado esperando durante todo el día, se alejó a su vez, tomando la dirección opuesta por el camino de Gran.

El posadero ni siquiera se dio cuenta de ello. Sin preocuparse más de aquellos clientes, que probablemente no volvería a ver jamás, se apresuró a cerrar la casa e irse a dormir.

La carreta, que durante aquel tiempo se alejaba al paso tranquilo de sus caballos, dio la vuelta al cabo de quinientos metros, conforme a las instrucciones recibidas, y siguió en sentido inverso el camino que acababa de recorrer.

Cuando se encontró de nuevo frente al mesón, todo en él se hallaba cerrado, en efecto, y habría pasado aquel punto sin menor incidente si un perro no hubiera ladrado espantando a uno de los caballos, que se salió del camino y costó bastante a los carreteros el ponerle de nuevo en ruta.

Eran aproximadamente las diez y media cuando abandonando el camino trillado, penetró la carreta en un bosquecillo que se alzaba a la izquierda.

Pronto se detuvo.

—¿Quién va? —gritaron en las tinieblas.

—Kaiserlick y Vogel —respondieron los carreteros.

—Adelante.

Después de las primeras filas de árboles, desembocó la carreta en un claro, donde unos quince hombres se encontraban durmiendo tendidos sobre el césped.

—¿Está el jefe? —preguntó Kaiserlick.

—Todavía no.

—Nos ha dicho que le aguardemos aquí.

La espera no fue larga.

Apenas había transcurrido media hora cuando el jefe, aquel mismo personaje que había ido por la tarde a la posada, llegó a su vez, acompañado de otros diez hombres, lo cual hacía que se elevase a veinticinco el número de los que formaban aquella tropa.

—¿Está aquí todo el mundo?

—Sí —respondió Kaiserlick, que parecía tener alguna autoridad sobre la banda.

—¿Y Titcha?

—Aquí estoy —pronunció una voz sonora.

—¿Y bien...? —preguntó animosamente el jefe.

—Victoria en toda la línea. El pájaro está en la jaula a bordo de nuestro barco.

—Partamos en ese caso, y démonos prisa —ordenó el jefe—. Seis hombres irán delante, y el resto a la retaguardia y la carreta en medio. El Danubio apenas si se encuentra a quinientos metros de

aquí y el desembarque lo haremos en un momento. Vogel se llevará entonces la carreta, y los que sean del país se volverán tranquilamente a sus casas. Los demás se quedarán a bordo del barco.

Iban a ejecutarse estas órdenes cuando uno de los hombres, que se había quedado vigilando a la orilla del camino, corrió apresuradamente hacia ellos.

—¡Alerta! —dijo en voz baja.

—¿Qué hay? —preguntó el jefe.

—Escucha.

Todos prestaron atención: percibíase el ruido que hacía una tropa en marcha por el camino, y pronto vino a unirse a ese ruido el de voces ahogadas. La distancia no debía de ser superior a unas cien toesas.

—Quedémonos en el claro —ordenó el jefe—. Es seguro que esas gentes pasarán sin vernos.

Dada la oscuridad de la noche, indudable era, en efecto, que no serían descubiertos; pero había una cosa grave; si, por desgracia para ellos, se trataba de una escuadra de policía que seguía aquel camino, es que se dirigía hacia el río.

Cierto que podría ocurrir que no descubriese el barco, y que, aun en caso de descubrirlo, no podrían advertir nada sospechoso; pero podía permanecer aquella escuadra emboscada en los alrededores, y en ese caso era muy imprudente el hacer salir y avanzar la carreta. Se atenderían, en suma, a las circunstancias y obrarían según los acontecimientos.

No tardó la escuadra en llegar enfrente del claro, y, a pesar de la oscuridad de la noche, pudieron los bandidos reconocer que se componía de unos diez hombres.

Ya había pasado por enfrente del claro cuando un incidente vino a modificar por completo el aspecto de las cosas.

Uno de los caballos, asustado por el ruido que hacían aquellos hombres al pasar por el camino, lanzó un relincho, que fue coreado por su compañero.

La tropa en marcha se detuvo en el acto.

Tratábase, en efecto, de una escuadra de policía que descendía hacia el río, bajo las órdenes de Karl Dragoch, repuesto ya de su accidente de la mañana.

Si las gentes que ocupaban el claro hubieran conocido este detalle, tal vez habrían experimentado mayor inquietud; pero, como se ha visto, su jefe creía que el temido policía se encontraba fuera de combate.

La causa de este error no tardará en ser conocida del lector por la continuación de este relato.

Cuando en la madrugada de ese mismo día Karl Dragoch hubo saltado a la orilla, donde le esperaba su subordinado, éste le había llevado hacia delante. Después de dos o trescientos metros de marcha, los dos policías habían embarcado en un bote, disimulado entre las hierbas de la orilla, dirigiéndose al otro lado del río.

—¿Es, pues, en la orilla derecha donde se ha cometido el crimen? —preguntó Karl Dragoch.

—Sí.

—¿En qué dirección?

—En los alrededores de Gran.

—¡Cómo...! ¿En los alrededores de Gran...? ¿Pues no me decías tú hace un momento que teníamos que andar muy poco camino?

—No está lejos. Unos tres kilómetros.

Había realmente cuatro que, no sin grandes dificultades, pudieron ser franqueados por un hombre que acababa apenas de escapar a la muerte.

Más de una vez tuvo que detenerse Karl Dragoch para tomar aliento, que le iba faltando.

Aproximadamente a las tres de la tarde llegó a la quinta del conde Hagueneau, donde le reclamaban sus funciones.

Tan pronto como, gracias a un cordial que se apresuró a reclamar, se sintió en posesión de todas sus fuerzas, el primer

cuidado de Karl Dragoch fue el de hacerse conducir a la cabecera del guarda de la quinta, Christian Hoel.

Aun cuando su herida fuese de las más graves y hubiese interesado el pulmón, quedaba, empero, una muy fundada esperanza de salvarle, a condición, no obstante, de que se le evitase la menor fatiga.

Con todo, Karl Dragoch pudo obtener algunos informes que el guarda le suministró por medio de monosílabos sumamente espaciados.

A costa de gran paciencia, supo que una banda de malhechores, compuesta de cinco o seis hombres, había hecho irrupción en la quinta, después de forzar la puerta.

Habiendo caído él herido casi inmediatamente, ignoraba lo que había pasado después y no podía dar informes sobre sus agresores.

Sabía, empero, que su jefe era un tal Ladko, cuyo nombre pronunciaban sus compañeros con una especie de repetida fanfarronería.

En cuanto al propio Ladko, que se cubría el rostro con un antifaz, era, al parecer, un gallardo y robusto mozo de ojos azules y llevaba una abundante barba rubia.

Este último detalle no dejó de impresionar a Karl Dragoch.

De que Ilia Brusch era rubio no podía haber la menor duda; pero ese rubio estaba teñido, y no es fácil quitarse el tinte por la noche para volver a aparecer con él a la mañana siguiente.

Había allí una grave dificultad, que Karl Dragoch se reservó para dilucidarla más adelante.

Provisto de estos informes, el policía quiso enterarse de lo que contenía la quinta.

Estaba ésta magníficamente amueblada, abundaba las alhajas, los objetos de arte, los tapices y los cuadros de mérito. También habían sido depositados algunos títulos en una caja de caudales del primer piso.

Visitando Karl Dragoch las habitaciones, pudo cerciorarse de que los ladrones habían procedido con método y escogido todo lo mejor,

desdeñando los objetos de poco valor.

La caja había sido forzada y desapareció su contenido.

«No es posible que todo lo robado haya sido transportado a mano ni llevado a cuestas», díjose Karl Dragoch al ver la importancia de lo robado. Había allí bastante con que poder cargar un carro.

Aquel interrogatorio y aquellas primeras investigaciones habían requerido naturalmente bastante tiempo.

La noche se acercaba. Convenía que antes de que ésta llegara se tratara de procurarse las huellas del carro de que los ladrones, a juicio de Karl Dragoch, habían debido necesariamente servirse.

Apresuróse, pues, a salir el policía.

No tuvo necesidad de alejarse mucho para descubrir la prueba que iba buscando.

Sobre el suelo del vasto patio que rodeaba la quinta percibió las señales de unas ruedas anchas que seguían por el camino.

—¡Uhlmann! —llamó.

—¿Señor? —respondió el agente, que salió de la casa y se acercó a su jefe.

—¿De cuántos hombres disponemos?

—De once.

—Son pocos.

—Sin embargo —objetó Uhlmann—, el guarda Christian no estima sino en cinco o seis el número de sus agresores.

—El guarda Christian tiene su opinión y yo tengo la mía —replicó Karl Dragoch—. No importa; debemos contentarnos con los que tenemos. Vas a dejar a un hombre aquí y tomarás a los otros diez... Con nosotros dos seremos doce, y ya es algo.

—¿Tiene usted, pues, algún indicio?

—Sé de qué lado se encuentran nuestros ladrones.

—¿Podría preguntarle...?

—¿De dónde me viene esta seguridad...? Nada más sencillo. Yo me dije, en primer término, que había aquí demasiadas cosas para no haber necesitado un vehículo cualquiera. He buscado, pues, ese

vehículo y lo he encontrado. Era una carreta de cuatro ruedas, tirada por dos caballos, uno de los cuales ofrece la particularidad de que le falta un clavo a la herradura de la pata delantera derecha.

—¿Y cómo ha podido saber eso? —preguntó Federico Ullmann sorprendido.

—Porque ha llovido la noche última, y la tierra, no bien seca aún, conserva fielmente las huellas.

Karl Dragoch y su escuadra tuvieron que andar bastante para encontrar nuevos indicios.

Eran casi las diez y media cuando llegaron al cruce de los tres caminos y al mesón en que los dos carreteros habían pasado el día, y del que acababan de partir unos tres cuartos de hora antes.

Karl Dragoch llamó a la puerta con fuerza.

—¡Abran en nombre de la ley! —dijo al ver aparecer en la ventana al posadero, en cuyo semblante se reflejaba el disgusto que le ocasionaba ver truncado su sueño.

—¡En nombre de la ley! —repitió el mesonero al ver su casa cercada por aquella tropa numerosa—. ¿Qué he hecho yo?

—Baja y se te dirá... Pero sobre todo no tardes demasiado —repuso Karl Dragoch con tono impaciente.

Cuando el posadero, a medio vestir, abrió su puerta, el policía procedió en seguida a un interrogatorio.

¿Había visto una carreta de madrugada?

¿Cuántos hombres la conducían?

¿Se había detenido?

¿Había vuelto a marchar?

¿Hacia qué lado se había dirigido?

Las respuestas llegaron con presteza.

Sí, una carreta conducida por dos hombres había llegado al mesón en las primeras horas de la mañana.

Había permanecido allí hasta la tarde y no había vuelto a ponerse en marcha hasta después de haber llegado un tercer personaje, esperado por los dos carreteros.

Ya eran las nueve y media, cuando la carreta se había alejado en dirección de San Andrés.

—¿De San Andrés? ¿Estás seguro?

—Seguro.

—¿Te lo dijeron ellos o lo viste tú?

—Lo vi yo.

—¡Hum! —murmuró Karl Dragoch, que añadió—: Está bien; vuélvete a acostar y cuidado con la lengua.

El mesonero no se lo hizo repetir.

Cerróse la puerta y la escuadra de policía se halló sola en el camino.

—¡Un momento! —dijo Karl Dragoch a sus hombres, que permanecieron inmóviles, mientras que él, provisto de un farol, examinaba cuidadosamente el terreno.

No tardó Dragoch en descubrir la huella de un casco, a cuya herradura le faltaba un clavo y que se dirigía, no a San Andrés ni a Gran, sino directamente hacia el río, por el camino del norte. Por aquel mismo camino avanzó Dragoch seguido de sus hombres.

Tres kilómetros habían sido franqueados sin incidentes a través de un país completamente desierto, cuando a la izquierda del camino resonó el relincho de un caballo.

Haciendo detener a sus hombres con un gesto, Karl Dragoch avanzó solo hasta la linde de un bosquecillo que se distinguía confusamente en la sombra.

—¿Quién está ahí? —gritó con voz fuerte.

No habiendo obtenido respuesta, uno de los agentes encendió una tea de resina.

—¡Adelante! —ordenó Dragoch, penetrando en la espesura a la cabeza de la escuadra.

Pero la espesura tenía defensores.

Apenas habían rebasado la linde del bosque cuando una voz imperiosa gritó:

—¡Un paso más y hacemos fuego!

Esta amenaza no era capaz de detener a Karl Dragoch, tanto más cuanto que, a la vaga luz de la antorcha, habíale parecido descubrir una masa inmóvil, la de una carreta sin duda, en torno de la cual se agrupaban algunos hombres, cuyo número no había podido reconocer:

—¡Adelante! —ordenó de nuevo.

Obedeciendo aquella orden, los policías continuaron su incierta marcha por entre aquel bosque desconocido.

La dificultad de la marcha no tardó en agravarse; la antorcha fue arrancada de repente de manos del agente que la llevaba y quedaron sumidos en la mayor oscuridad.

—¡Torpe! —gruñó Karl Dragoch—. ¡Luz en seguida, Frantz...!
¡Luz!

Su despecho era tanto más vivo cuanto que al último destello de la extinguida antorcha había creído ver que la carreta comenzaba a ponerse en movimiento, alejándose bajo los árboles. Desgraciadamente, no podía dársele caza; la escuadra de policía tenía ante sí una verdadera muralla viviente y dispuesta a defenderse.

A cada uno de los agentes se opusieron dos o tres adversarios, y Dragoch comprendió, un poco tarde, que no disponía de fuerzas suficientes para asegurar la victoria.

Hasta aquel momento no se había disparado ningún tiro, ni de un lado ni de otro.

—¡Titcha! —dijo entonces una voz.

—¡Presente! —respondió otra.

—¿El carro?

—Marchó.

—Entonces, vamos a acabar.

Karl Dragoch anotó perfectamente aquellas voces en su memoria; no debía olvidarlas nunca.

Cambiadas aquellas pocas frases, empezaron a cruzarse los tiros, rasgando el aire.

Algunos agentes fueron alcanzados por las balas, y Karl Dragoch, comprendiendo que hubiera sido una locura el obstinarse, hubo de resolverse a ordenar la retirada.

La escuadra de policía volvió al camino, por el que los bandidos no se atrevieron a perseguirla, y la noche adquirió de nuevo su tranquilidad por un instante turbada.

Curados a la ligera los heridos, que eran tres, leves por fortuna, Dragoch, acompañado de Federico Uhlmann y de otros tres agentes, se lanzó a campo traviesa en dirección al Danubio, oblicuando un poco hacia Gran.

Halló sin dificultad el sitio donde había abordado algunas horas antes y la embarcación en que habían cruzado el río.

Los cinco hombres entraron en ella, y, atravesado de nuevo el Danubio, siguieron la orilla izquierda.

En vano fue que Karl Dragoch y sus hombres explorasen la orilla; fueles imposible descubrir la embarcación del pescador. Dragoch y Uhlmann reconocieron fácilmente el sitio preciso en que el primero había desembarcado, pero no había ni la menor señal del barco; había desaparecido y con él Ilia Brusch.

Karl Dragoch había sido decididamente burlado, y eso le llenaba de furor.

—Federico —dijo a su subordinado—, estoy muerto de fatiga. Me sería imposible dar un paso; vamos a dormir sobre la hierba para recuperar las fuerzas. Pero uno de nuestros hombres va a coger el bote y remontar hasta Gran inmediatamente. En cuanto abran la oficina, que vaya al telégrafo. Enciende una linterna y escribe, voy a dictarte.

Federico Uhlmann obedeció en silencio.

—«Crimen cometido esta noche en los alrededores de Gran. Botín cargado en un barco. Realizad rigurosamente varias pesquisas».

—He ahí para uno —dijo Karl Dragoch; y después de una pausa añadió—: Vamos ahora al otro.

Volvió a dictar.

—«Orden de proceder contra Ladko, que se hace llamar Iliá Brusch y pretende ser el laureado de la Liga Danubiana en el último concurso de Sigmaringen; el dicho Ladko, alias Iliá Brusch, está acusado de robo y homicidios». Que a primera hora sea esto telegrafiado a todas partes —concluyó Karl Dragoch, tendiéndose, agotado, en el suelo.

X

EL PRISIONERO

Las sospechas concebidas por Karl Dragoch, sospechas que el descubrimiento del retrato acabaron de confirmar, no eran enteramente falsas, tiempo es ya de advertirlo al lector para mejor comprensión de este relato.

Respecto de un punto, cuando menos, Karl Dragoch había razonado con todo acierto. Sí, Ilia Brusch y Serge Ladko no eran más que una sola persona.

Pero el detective Dragoch, por el contrario, se equivocaba gravemente cuando atribuía a su compañero de viaje la serie de robos y homicidios que desde hacía tantos meses venían desolando la región del Danubio, y en particular el último atentado, el saqueo de la quinta del conde Hagueneau y el intento de asesinato de su guardián, Christian Hoel.

Ladko, por su parte, no sospechaba siquiera que su compañero abrigase semejantes pensamientos. Lo único que sabía era que su nombre servía para designar a un criminal famoso, y era incapaz de comprender de qué manera había podido producirse una confusión tal.

Aterrado, en primer término, al tener noticia de tan temible homónimo, que, para colmo de desdichas, resultaba ser al propio tiempo su compatriota, habíase vuelto a tranquilizar tras ese momento de instintivo espanto.

¿Qué podía importarle, pues, un impostor que no tenía de común con él nada más que el nombre? Un inocente nada tiene que temer,

y él se sabía inocente por completo.

Así, sin inquietud alguna, Serge Ladko —le conservaremos este nombre, que era el suyo, para lo sucesivo— habíase ausentado la noche precedente, a fin de dirigirse a Szalka, según había anunciado.

En esta ciudad, en efecto, era donde, disimulado bajo el nombre de Iliá Brusch, había fijado él su residencia después de su partida de Rustchuk, y allí, durante muy largas semanas, había estado esperando noticias de su querida Natcha.

La espera, como ya sabemos, había acabado por resultarle intolerable, y se torturaba el espíritu buscando un medio de penetrar de incógnito en Bulgaria, cuando la casualidad quiso que cayera en sus manos un número del *Pester Loyd*, en el que se anunciaba el concurso de pesca de Sigmaringen.

Al leerlo, el desterrado, tan hábil pescador como reputado piloto, concibió la primera idea de un plan de acción, cuya misma originalidad acaso podría asegurar el éxito.

Bajo el nombre de Iliá Brusch, único que había llevado siempre en Szalka, se inscribiría en la Liga Danubiana y trataría de ganar el primer premio en el concurso.

Habiendo dado así a su nombre cierta notoriedad, anunciaría, con el mayor ruido posible, su proyecto de descender el Danubio, caña en mano, desde sus fuentes hasta su desembocadura.

Era preciso para eso que fuera en todas partes Iliá Brusch y no Serge Ladko, y para eso se disfrazó, como hemos visto, cortándose la barba, tiñéndose el pelo y usando los grandes anteojos negros.

Serge Ladko procedió a disfrazarse durante la noche anterior a su partida, poniéndose luego en camino antes del alba, seguro de que nadie le reconocería.

En Sigmaringen los acontecimientos se habían realizado de acuerdo a sus deseos, habiendo llegado a ser un personaje lo bastante notorio para que no se sospechara de su identidad.

En Ulm había sufrido una primera desilusión, viendo que su celebridad relativa no le ponía al abrigo de las precauciones de la

policía.

Por eso se había considerado muy afortunado en aceptar un pasajero que poseía todos sus papeles en regla y que parecía ser respetado por la policía.

Cierto, sí, que cuando arribara a Rustchuk, la presencia de un extraño podría presentar inconvenientes, pero entonces se explicaría todo.

El saber que llevaba el mismo nombre que un terrible bandido, y que ese bandido era búlgaro, había hecho experimentar a Serge Ladko su segunda emoción desagradable.

Cualquiera que fuese su inocencia y su seguridad, por consiguiente, no podía desconocer que semejante homónimo podría provocar los más lamentables errores y hasta las mayores y más graves complicaciones.

Que llegase a ser conocido el nombre que él disimulaba bajo el de Ilia Brusch, y no solamente se vería comprometido su desembarco en Rustchuk, sino que era muy de temer que de ese descubrimiento llegasen a resultar muy largos retrasos.

Nada absolutamente podía hacer Serge Ladko para prevenir o evitar esos peligros.

Por otra parte, si bien es verdad que semejantes riesgos eran efectivamente serios y temibles, tampoco había por qué exagerarlos demasiado.

En realidad, era muy poco creíble que la policía, sin alguna razón particular, prestase atención a un inofensivo pescador de caña, y, sobre todo, tratándose de un pescador protegido por los laureles cosechados en el célebre concurso de Sigmaringen.

Llegado a Szalka después de la puesta del sol y habiendo salido bastante antes de que volviese a asomar en el horizonte, sin haber sido visto de nadie en absoluto, Serge Ladko no había hecho otra cosa que pasar por su casa el tiempo preciso para cerciorarse de que ninguna noticia de Natcha le esperaba allí.

La persistencia de tal silencio tenía verdaderamente algo de alarmante. ¿Por qué no escribía la joven desde hacía dos meses?

¿Qué podía haberle sucedido?

Los períodos de turbulencias públicas suelen ser fecundos en desgracias de carácter privado, y el piloto se preguntaba lleno de angustia si, en el caso de que llegase a desembarcar felizmente en Rustchuk, no sería demasiado tarde.

Aquel pensamiento, que le oprimía el corazón, aumentaba al mismo tiempo la fuerza de sus músculos.

Este pensamiento fue el que, al salir de Gran, le dio la fuerza necesaria para resistir a la tempestad y luchar victoriosamente contra el viento desencadenado.

El mismo pensamiento era el que le hacía apresurar el paso cuando se dirigía hacia la embarcación, provisto del cordial destinado al señor Jaeger.

Su sorpresa fue sumamente grande al no hallar en ella al pasajero que había dejado en tan mala situación, y esa sorpresa no disminuyó al leer las breves frases con que éste le advertía de su ausencia.

¿Qué motivo tan poderoso había podido decidir al señor Jaeger a alejarse, a pesar del estado de debilidad en que se encontraba? ¿Cómo podía explicarse que un burgués de Viena tuviese negocios tan urgentes en plena campiña, lejos de todo centro habitado?

Cualquiera que fuese la causa, la ausencia del señor Jaeger tenía, en todo caso, el grave inconveniente de alargar más aún un viaje demasiado largo ya.

Muy fuerte era la tentación de no hacer caso del ruego del señor Jaeger; el piloto, no obstante, se resignó a esperarle. Ocupóse primeramente Serge Ladko en arreglar los cofres, cuyo contenido había esparcido por la mañana.

No le hubiera exigido mucho tiempo este arreglo si, al llegar al último, sus miradas no hubieran tropezado con la misma carpeta de papeles que había llamado antes la atención a Karl Dragoch.

Abrió el piloto la carpeta, como lo había hecho el policía, y lo mismo también que éste, pero agitado por sentimientos y emociones

muy distintos, sacó el retrato que Natcha le había entregado en el instante de la separación con un dedicatoria llena de ternura.

Durante algún tiempo, Serge Ladko estuvo contemplando estático y enternecido aquel semblante adorable.

Con un suspiro volvió por fin a colocar la imagen querida en la carpera y ésta en el cofre, que cerró con cuidado, guardándose la llave en el bolsillo.

Salió enseguida del camarote para dedicarse a otros trabajos que le entretuvieran durante aquellas largas horas de espera forzosa.

Pero no se encontraba con ánimos bastantes ni con bastante tranquilidad para trabajar.

Pronto sus manos cayeron inertes e inactivas, y vuelto de espaldas a la orilla dejó vagar sus miradas por el río.

Sus pensamientos volaron hacia Rustchuk... Vio a su mujer, su alegre casa llena de cánticos... Nada echaba de menos... Sacrificar su felicidad en aras de la patria... Volvería indudablemente a hacerlo si preciso fuera.

¡Qué dolor, sin embargo, el que un tan gran sacrificio hubiera sido hecho en vano...! La revolución, estallando prematuramente y sofocada por completo... ¿Durante cuántos años tendría que gemir Bulgaria bajo el yugo de los opresores...?

¿Podría conseguir él franquear la frontera...?

Y en el caso de que lo consiguiera, ¿encontraría a la mujer que amaba...?

¿No se habrían apoderado los turcos, como de un rehén, de la mujer de uno de sus más decididos adversarios...?

Y si esto era, por desgracia, así, ¿qué habrían hecho aquellos tiranos de su Natcha...?

¡Ay...! Aquel humilde drama íntimo desaparecía en la convulsión que sacudía entonces la región balcánica.

Absorto en sus pensamientos, Serge Ladko había perdido hasta el recuerdo del sitio en que se encontraba.

Un regimiento entero habría desfilado tras él sin que lo hubiera advertido; por eso no se dio cuenta de la llegada de tres hombres, que avanzaban con precaución.

Pero si Ladko no vio a aquellos tres hombres, éstos le vieron perfectamente a él tan pronto como la embarcación apareció ante ellos al dar la vuelta al río.

El trío hizo alto enseguida y celebró un breve conciliábulo en voz baja.

Uno de los tres recién llegados ha sido ya presentado al lector con ocasión de la escala en Viena bajo el nombre de Titcha.

Los tres hombres se habían ocultado entre la hierba y desde allí espiaban a Serge Ladko.

Este, sumido en sus meditaciones, ignoraba su presencia, y no tenía, naturalmente, la menor sospecha del riesgo que esa presencia le hacía correr.

El riesgo, sin embargo, era grande, pues las tres personas emboscadas pertenecían a la banda de malhechores que asolaban la región del Danubio.

De esa banda era Titcha un miembro importante, pues podía ser considerado como el primero después del jefe.

En cuanto a los otros dos, Sakmann y Zerlang, eran simples comparsas; brazos, pero no cabezas.

—¡El es! —murmuró Titcha, conteniendo con un ademán a sus compañeros.

—¿Dragoch?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—Pero no puedes verle la cara.

—Lo cual no me haría adelantar gran cosa; yo no le conozco; apenas si logré verle en Viena.

—¿Entonces...?

—Pero conozco y reconozco perfectamente el barco — interrumpió Titcha—; tuve tiempo sobrado de examinarlo

detenidamente mientras Ladko y yo estábamos mezclados entre la muchedumbre.

—¡En marcha, pues!

—En marcha —repitió Titcha, desplegando rápidamente un paquete que llevaba bajo el brazo.

El piloto continuaba ignorando la vigilancia de que era objeto. No había oído llegar a los tres hombres ni los oyó tampoco cuando se aproximaron, ahogando el ruido de sus pasos en la espesa hierba de la orilla.

Perdido en su ensueño, dejaba a su pensamiento huir con la corriente hacia Natcha y hacia el país.

De pronto, una multitud de inextricables lazos se arrollaron a la vez en torno de él, cegándole, paralizándole, ahogándole.

Enderezado con una brusca sacudida, debatíase instintivamente y se agotaba en vanos esfuerzos cuando un golpe violento en el cráneo le hizo caer aturdido en el fondo de la barca cuan largo era.

No cayó tan pronto, sin embargo, que no tuviera tiempo suficiente para verse prisionero de las mallas de una red igual a la de que más de una vez se había él servido para capturar los peces en el río.

Cuando Serge Ladko salió de aquel semidesvanecimiento, ya no estaba envuelto en la red.

Hallábase, por el contrario, fuertemente atado y sujeto por las múltiples vueltas de una sólida cuerda, que no le dejaba hacer el más leve movimiento; estaba, además, amordazado y con los ojos vendados.

La primera sensación de Serge Ladko al volver a la vida fue la de un verdadero aturdimiento.

¿Qué le había sucedido? ¿Qué significaba aquel inexplicable ataque y qué se pretendía hacer de él?

¿Serían ladrones?

No hubieran tenido que molestarse tanto en sujetarle con aquel lujo de precauciones, cuando una puñalada les habría servido más rápida y más seguramente.

Además, ¿a quién podía tentar el contenido de aquella miserable barca...?

¿Una venganza?

Más imposible aún.

Ilia Brusch carecía de enemigos. Los únicos enemigos de Ladko, los turcos, no podían sospechar que el patriota búlgaro se ocultaba bajo el nombre del pescador, y aun en el caso de que hubiesen estado informados de ello, no era él un personaje tan considerable que fueran a arriesgarse a cometer aquel acto de violencia tan lejos de la frontera.

Los turcos, por otra parte, habríanle también suprimido con más seguridad todavía que si se tratara de simples ladrones.

Convencido de que por entonces no le era posible penetrar el misterio, Serge Ladko, como hombre práctico, dejó de pensar en ello, consagrando todas las fuerzas de su inteligencia a darse cuenta de su situación.

Lo primero que reconoció, reconcentrando su atención toda en el sentido del oído, fue que reposaba en el fondo de un barco, el suyo sin duda alguna, y que ese barco avanzaba rápidamente, bajo el esfuerzo de brazos robustos.

Serge Ladko procuró después averiguar la dirección impresa al barco, y su conocimiento del río le permitió conocer que avanzaba en el sentido de la corriente, y que después de algún tiempo debieron de llegar a la ensenada de Pilis.

Pronto percibió un choque; el barco sin duda había abordado a un cuerpo duro.

Luego, Serge Ladko fue levantado, izado de mano en mano.

Era evidente que la embarcación se había aproximado a otra de dimensiones más considerables, y a bordo de la cual fue llevado el prisionero como si fuera un saco.

Después de haberle subido a bordo se le hizo descender a lo largo de una escala. Comprendió que se le hacía pasar por una estrecha abertura...

De pronto, la mordaza y la venda le fueron arrancadas y se le arrojó rudamente, mientras el ruido sordo de una trampa que se cerraba resonaba encima de él.

Medio desvanecido por la sacudida, fuele preciso un largo rato para volver a adquirir conciencia de sí mismo.

Cuando lo consiguió, no le pareció mejorada su situación, aun cuando entonces podía usar sus ojos y su voz.

En vano abrió los ojos; todo eran sombras en torno a él; y ¡qué sombras! El prisionero, que, en vista de la sucesión de las sensaciones experimentadas, suponía hallarse en la cala de un buque, hizo inútiles esfuerzos para descubrir el más débil rayo de luz filtrándose a través de alguna rendija.

Nada absolutamente distinguía.

¿Cuántas horas transcurrieron así?

Juzgaba Serge Ladko que sería la medianoche cuando un vocerío, apagado por la distancia, llegó hasta él.

Después el ruido fue aproximándose. Bultos pesados se arrastraban directamente encima de su cabeza, y habría jurado que apenas si el espesor de una plancha le separaba de los desconocidos trabajadores.

El ruido se acercó más aún, pues ahora sentía que hablaban a su lado. Pronto, por otra parte, se apagó el ruido y de nuevo se hizo el silencio en torno al desventurado piloto, que se vio de nuevo rodeado de una sombra impenetrable.

Serge Ladko se durmió.

XI

EN PODER DE UN ENEMIGO

Después de que Karl Dragoch y sus hombres se hubieron batido en retirada, los vencedores habían permanecido en los primeros momentos en el lugar del combate, prontos a oponerse a una nueva ofensiva, en tanto que la carreta se alejaba en dirección del Danubio.

Tan sólo cuando el largo tiempo transcurrido les dio la certeza de la partida definitiva de las fuerzas de policía, fue cuando, a una orden del jefe, los bandidos se pusieron en marcha a su vez.

Pronto llegaron al río, que corría a menos de quinientos metros.

Allí estaba esperándoles la carreta enfrente de un gran barco, cuya masa sombría se distinguía a algunos metros de la orilla.

La distancia era corta y los trabajadores muchos.

En muy pocos momentos el ir y venir de dos botes había transportado a bordo del buque el cargamento de la carreta. Alejóse ésta enseguida, mientras la mayor parte de los combatientes se dispersaban, después de recibir su parte de botín.

En realidad, la famosa banda del Danubio se hallaba compuesta única y exclusivamente de ocho hombres, que fueron los únicos que subieron a bordo de la gabarra.

Por lo que respecta a los demás, representaban una pequeña parte de un personal indeterminado de subordinados, de los cuales se utilizaba una u otra fracción, según la región en que se operaba.

Esta organización era de las más hábiles.

Por este medio, la banda disponía en todo el curso del Danubio de infinidad de afiliados, muy pocos de los cuales se daban exacta cuenta del género de operaciones a las que prestaban su concurso.

Reclutados, por regla general, entre la clase más ignorante, creían tener participación en vulgares actos de contrabando, y no trataban de saber más.

Por el contrario, los ocho hombres que permanecieron a bordo del buque se conocían todos entre sí y formaban una verdadera banda.

Con ayuda de su barco navegaban arriba y abajo por el Danubio. Cuando una buena ocasión se presentaba, se detenían, reclutaban en los alrededores el personal necesario, y luego, una vez el botín en seguridad, volvían a partir en busca de nuevos negocios.

Cuando la gabarra estaba llena, bajaban hasta el mar Negro, que un vapor que les pertenecía cruzaba en días fijos, y allí eran transportadas las riquezas robadas y adquiridas muchas veces a costa de un crimen.

De ordinario, la banda no llevaba a cabo sus fechorías sino en sitios apartados entre sí; pero aquella vez su capitán había tenido razones particulares para no alejarse, y a ellas no había sido extraño el jefe de la policía danubiana.

Reconocido en Viena por el propio jefe de la banda, acompañado a la sazón de su segundo, Titcha, desde aquel instante había sido seguido por una serie de afiliados locales a quienes no se les había dicho más que lo esencial, y la gabarra se había dedicado a preceder la barca de Ilia Brusch en muy pocos kilómetros.

Aquel espionaje era de los más incómodos, por verificarse en una región descubierta con frecuencia, y en la que en aquellos momentos abundaban mucho los policías; por estas razones, ese espionaje había tenido que ser por fuerza muy intermitente, y la casualidad había querido que nunca fueran vistos a un mismo tiempo Karl Dragoch y su compañero.

Nada, por consiguiente, había permitido suponer que la barca tuviese dos tripulantes, ni admitir tampoco, por ende, la posibilidad de cometer un error.

Al establecer aquella vigilancia, el jefe de los bandidos soñaba con un golpe maestro.

¿Era acaso el de suprimir al policía?

No pensaba en ello. Por el momento, al menos, tan sólo proyectaba hacerlo prisionero.

Durante muchos días no se había presentado la ocasión de llevarlo a cabo; o bien la barca se detenía por la noche a corta distancia de un centro habitado, o bien se hallaban en sus proximidades los agentes esparcidos a lo largo de la ribera, y cuya identidad no podía escapar a un profesional del crimen.

Por fin, en la mañana del día 29 de agosto las circunstancias habían parecido favorables.

La tempestad que la noche antes había protegido a la banda mientras atacaba la quinta del conde Hagueneau, debía haber dispersado más o menos a los policías, que precedían o seguían a su jefe a lo largo del río, y acaso éste se hallase momentáneamente solo y en disposición de ser atacado.

Era menester aprovechar aquella coyuntura.

Tan pronto como la carreta, cargada con los despojos de la quinta, había sido despachada, salió Titcha acompañado de dos de los hombres más resueltos de la banda.

Ya hemos visto de qué modo los tres aventureros habían cumplido su misión, y cómo el piloto Serge Ladko había llegado a ser su prisionero, en lugar de Karl Dragoch.

Titcha había advertido en pocas palabras a su jefe de que la operación se había llevado felizmente a cabo, pero sin darle pormenores por el momento, pues antes había que hacer desaparecer los bultos amontonados en el puente.

Aquella gabarra estaba maravillosamente dispuesta, pues a la vez servía de medio de transporte, de habitación y de almacén inviolable.

Por debajo del buque visible aplicábase otro más pequeño, formando el puente de éste el fondo de aquél.

Este segundo buque, de una profundidad de unos dos metros, tenía un desplazamiento tal, que habría sido capaz de llevar al primero y levantarlo un pie o dos por encima de la superficie del agua.

Habíase remediado este inconveniente, que hubiera revelado y puesto de manifiesto la superchería, cargando el buque inferior de una cantidad de lastre suficiente para sumergirlo por entero, de manera que el barco superior conservara la línea de flotación que debía tener estando vacío.

Su bodega estaba siempre vacía, pues las mercancías que iban a amontonarse en el doble fondo reemplazaban en ella un peso correspondiente del lastre, y el aspecto del exterior no resultaba modificado en nada.

Esta gabarra, pues, necesitaba siete pies de agua.

No dejaba esto de crear auténticas dificultades en la navegación del Danubio y hacía necesario el concurso de un excelente piloto.

La banda poseía ese piloto en la persona de Yacoub Ogul, un israelita natural también de Rustchuk; muy práctico y conocedor del río, hubiera podido rivalizar con el propio Serge Ladko por su exacto conocimiento de los pasos, canales y bancos de arena; con segura mano dirigía perfectamente la barca.

Por lo que atañe a la policía, podía examinar el barco cuanto quisiera; podía medir la altura interior y exterior sin hallar la menor diferencia.

No estaban descuidadas tampoco las precauciones en lo concerniente a los papeles y documentos.

Según los casos y las circunstancias, pertenecía ya al señor Constantinesco, ya al señor Wenzel Meyer, comerciantes ambos, de Galatz el uno y de Viena el otro.

Los papeles, adornados con los sellos más oficiales y auténticos, estaban perfectamente en regla, desde este punto de vista, hasta el extremo de que nadie había intentado nunca comprobarlo; y si lo

hubieran hecho, habrían visto que existían efectivamente dichos dos comerciantes en los respectivos puntos indicados en los documentos.

En realidad, el propietario de la doble embarcación se llamaba Ivan Striga.

No habrá olvidado el lector que ese nombre pertenecía a uno de los individuos menos recomendables de Rustchuk, individuo que, después de haberse opuesto inútilmente al matrimonio de Serge Ladko y de Natcha Gregorevitch, había desaparecido enseguida de la ciudad, sin que se hubieran vuelto a tener noticias suyas concretas y precisas.

Pero si bien no se había oído hablar de él de una manera positiva y terminante, corrían muy malas voces sobre su persona, y el rumor público, no sabemos con qué fundamento, persistía en acusarle de todos los crímenes.

Por aquella vez el rumor público no se equivocaba en sus conjeturas y acusaciones.

Con otros siete individuos de su calaña, Ivan Striga había, en efecto, formado una banda de verdaderos piratas, que desde entonces asolaba materialmente ambas márgenes del Danubio.

Haber encontrado de esta suerte el camino de la riqueza fácil, era algo, indudablemente, pero no todo; convenía antes que nada asegurar la tranquila posesión de las riquezas de aquella manera adquiridas.

Con este objeto, en lugar de ocultar su nombre y sus facciones, como habría hecho un malhechor vulgar, habíase arreglado de suerte que no fuera un anónimo para sus víctimas.

No era, por supuesto, su verdadero nombre el que les hacía conocer, no; el nombre que él se había arreglado con suma destreza para dejarlo adivinar era el nombre de su odiado rival, el nombre de Serge Ladko.

El ocultarse, con objeto de escapar a las consecuencias de una fechoría, tras una personalidad supuesta, es y constituye una estratagema bastante común; pero Ivan Striga había perfeccionado

en gran manera esa estratagema con la inteligentísima elección del nombre que se atribuía.

Serge Ladko, en primer lugar, no era un mito.

Existía real y verdaderamente, a menos que el tiro de fusil con que se le había saludado a su partida de Rustchuk no le hubiese suprimido para siempre.

Aun cuando Ivan Striga se alabase muchas veces de haber eliminado a su enemigo, la verdad es que nada sabía, ni podía tener la certeza de ello.

Poco importaba, por lo demás, este detalle, desde el punto de vista de la investigación que pudiera llevarse a cabo con aquel fin en Rustchuk.

Si Ladko estaba verdaderamente muerto, nada podría comprender la policía acerca de las acusaciones de que sería objeto.

Si, por el contrario, estaba vivo, la policía se encontraría con un hombre de carne y hueso, de una respetabilidad y honradez tan firmes y bien establecidas, que la investigación, según todas las probabilidades, no podría avanzar más.

Era, sí, indiscutible que, llegado el caso, seguiría buscando la policía entre todos cuantos llevasen ese nombre. Pero antes de llevarse a cabo todas esas investigaciones, ya habría transcurrido bastante tiempo.

Y si por casualidad las sospechas, a fuerza de ir encaminadas en una misma dirección, acababan por agujerear la coraza de respetabilidad de Serge Ladko, produciríase entonces un resultado doblemente satisfactorio.

Aparte de que siempre resulta agradable para un bandido el saber que otra persona es inquietada en lugar suyo, para él lo era más aún por sentir hacia su víctima un odio mortal.

Aun cuando semejantes deducciones hubiesen sido poco racionales, la ausencia de Serge Ladko, cuya patriótica misión nadie conocía, habríalas hecho perfectamente lógicas y muy admisibles.

¿Por qué había partido el piloto sin decir nada a nadie?

La sección local de la policía del río comenzaba precisamente a plantearse esta cuestión en el momento en que Karl Dragoch descubría lo que él creía que era la verdad; y todo el mundo sabe perfectamente que cuando la policía empieza a plantearse cuestiones, hay muy pocas probabilidades de que responda a ellas con benevolencia.

Así, pues, la situación era bien clara en sus dramáticas complicaciones; y Striga se felicitaba de su invención.

Después de dejar almacenados y bien ocultos a las miradas indiscretas los objetos hurtados en la quinta del conde Hagueneau, deseoso Striga de alejarse lo más pronto posible de las cercanías de su último crimen, dio la orden de ponerse en marcha, aprovechando las primeras luces del alba, que empezaba a despuntar; orden ésta que fue ejecutada sin un murmullo, comprendiendo perfectamente, como lo comprendían los tripulantes todos, las muy poderosas razones que la dictaban.

Mientras se levaba el ancla y se trataba de impulsar la gabarra hacia el centro del río, quiso Striga informarse con todo pormenor de las incidencias que habían señalado la expedición realizada por la mañana.

—La cosa —respondió Titcha a su primera pregunta— ha ido como una seda. El tal Dragoch fue cogido y capturado al primer golpe de la red, como si hubiera sido un simple sollo.

—¿Os vio?

—No lo creo; tenía otra cosa en que pensar.

—¿No opuso resistencia?

—Lo intentó el muy canalla; y tuve que darle un golpe en la cabeza para que nos dejase tranquilos.

—Pero ¿no le habrás matado?

—Nada de eso; le dejé un poco aturdido todo lo más; me aproveché de su medio desvanecimiento para atarle fuertemente, pero aún no había terminado de empaquetar convenientemente el bulto cuando ya sentía que respiraba con toda facilidad. Ahora se encuentra en la cala; en el doble fondo, naturalmente.

—¿Sabrá él dónde se halla?

—Sería necesario para ello que fuera el mismo demonio. Debes pensar que no me olvidé en modo alguno ni de la mordaza en la boca ni de la venda en los ojos; y ni una ni otra se le quitaron hasta que estuvo enjaulado. Ahí puede, si le parece, cantar romanzas y contemplar el paisaje.

Striga sonrió sin responder. Titcha prosiguió:

—He hecho lo que ordenaste; pero ¿adónde nos llevará todo esto?

—Por de pronto, a desorganizar a la policía, dejando a la brigada privada de su jefe.

Titcha se encogió desdeñosamente de hombros.

—Se nombrará otro —dijo.

—Es muy posible, no lo niego; pero no valdrá tal vez tanto como el que nosotros tenemos prisionero. Además, en caso de necesidad, podríamos cambiarle por los pasaportes que nos fuesen necesarios. Es, pues, una cosa muy esencial el conservarle con vida.

—Lo está.

—¿Habéis pensado en darle de comer?

—¡Demonio...! Se me había olvidado por completo; pero doce horas de ayuno no han causado daño a nadie, y le llevaré su comida tan pronto como nos pongamos en marcha... A menos que quieras llevársela tú mismo, para darte cuenta por tus propios ojos.

—No, prefiero que no me vea; yo le conozco y él no me conoce; ésta es una gran ventaja que no quiero en manera alguna perder sin necesidad.

—Podrías ponerte una máscara.

—Eso valdría poco con Karl Dragoch; no tiene él necesidad de que se le muestre el rostro; la estatura, el aspecto, el más mínimo detalle le basta para reconocer a las personas.

—¡Caramba...! ¡Pues entonces yo, que me veo obligado a llevarle la comida, estoy fresco!

—Preciso es que alguien lo haga... Por otra parte, Dragoch no puede sernos muy perjudicial actualmente, y si alguna vez llega a

serlo, será cuando nos hallemos al abrigo de sus asechanzas.

—¡Amén!

—Por ahora, le dejaremos en su encierro; pero no mucho tiempo, sin embargo, pues concluiría por morir asfixiado. Le subiremos a uno de los camarotes del puente, cuando hayamos pasado Budapest, mañana por la mañana, después de mi marcha.

—¿Tienes, pues, el propósito de ausentarte?

—Sí. Dejaré el barco de tiempo en tiempo, a fin de recoger informaciones sobre la ribera. Veré lo que se dice de nuestro último negocio y de la desaparición de Karl Dragoch.

—¿Y si te atrapan?

—No hay cuidado. Nadie me conoce y la policía del río debe de hallarse paralizada. Respecto de los demás, tendré a mi disposición, si lo necesito, una personalidad nueva.

—¿Cuál?

—La del célebre Ilia Brusch, pescador insigne y laureado de la Liga Danubiana.

—¡Qué idea!

—Excelente. Tengo el barco de Ilia Brusch; ahora le tomaré el pellejo a imitación de Karl Dragoch.

—¿Y si piden pescado?

—Lo compraré si es preciso, para volverlo a vender.

—Tienes contestación para todo.

La conversación dio fin con estas palabras.

El barco siguió navegando por el río, hasta que allá en las lejanías el humo de las chimeneas comenzó a oscurecer el horizonte anunciando los arrabales de Budapest.

En aquel momento prodújose un hecho muy singular. A una señal hecha por Striga, Titcha penetró en el camarote de popa con uno de sus compañeros de la tripulación.

Los dos hombres salieron muy pronto; iban escoltando a una mujer de aventajada estatura, pero cuyo rostro no podía verse bien, porque una mordaza le tapaba a medias las facciones.

Con las manos atadas a la espalda, aquella mujer caminaba entre sus dos guardianes sin intentar hacer ninguna resistencia, cuya inutilidad habíale demostrado, sin duda, la experiencia. Dócilmente descendió, siempre acompañada de los bandidos, por la escalera de la bodega y luego a un compartimiento del doble fondo cuya trampa se cerró enseguida sobre ella.

Hecho esto, Titcha y su compañero volvieron a entregarse a sus ocupaciones habituales, como si nada hubiera sucedido.

Hacia las tres de la tarde pudo anclar la gabarra en los muelles de la capital de Hungría.

A la derecha se encontraba Buda, la antigua ciudad turca; y a la izquierda estaba Pest, la ciudad moderna.

En aquella época Buda era —bastante más de lo que lo es en la actualidad— una de esas viejas y pintorescas ciudades que el moderno progreso igualitario va tendiendo a hacer desaparecer de día en día.

Pest, por el contrario, si bien su importancia era ya bastante considerable, sin embargo, no había alcanzado aún el desarrollo verdaderamente prodigioso que ha hecho de ella la más importante y la más hermosa de entre todas las metrópolis de la Europa oriental.

Sobre las dos orillas del río, y muy especialmente sobre la izquierda, iban sucediéndose, una tras otra, las casas adornadas con arcadas y con terrazas que se veían dominadas por los altos campanarios de las diversas iglesias, dorados a la sazón por los rayos del sol, y la larga y prolongada fila de los muelles no carecía de majestad y grandeza.

El personal de que se componía la embarcación de Ivan Striga no prestaba la menor atención a aquel espectáculo, que era positivamente hermoso.

Pudiendo producir la travesía de Budapest sorpresas bastante desagradables a gentes como aquéllas, que tantos motivos tenía para abrigar temores, la tripulación no tenía ojos más que para el río, por el que cruzaban numerosas embarcaciones.

Esta prudentísima precaución hubo de permitirle a Striga el distinguir, a su debido tiempo, en medio de los demás, un barco tripulado por cuatro hombres, y que parecía dirigirse en línea recta hacia la gabarra.

Habiendo reconocido enseguida en él un bote de la policía fluvial, advirtió en el acto, por medio de una rápida y significativa mirada, a Titcha, quien, sin más explicaciones, desapareció inmediatamente en la cala.

No se había equivocado Striga.

En el espacio de muy pocos momentos aquel bote sospechoso llegó al costado de la gabarra.

Dos hombres subieron a bordo.

—¿El patrón? —preguntó uno de ellos.

—Yo soy —respondió Ivan Striga, dando un paso hacia delante y separándose de sus compañeros.

—¿Su nombre?

—Ivan Striga.

—¿Nacionalidad?

—Búlgaro.

—¿De dónde viene esta gabarra?

—De Viena.

—¿Cuál es su destino?

—Galatz.

—¿Su propietario?

—El señor Constantinesco de Galatz.

—¿Carga?

—Ninguna. Volvemos de vacío.

—¿Los papeles?

—Helos aquí —dijo Striga, que al propio tiempo alargó al policía los documentos pedidos.

—Está bien —repuso éste, devolviéndolos a su dueño tras un examen bastante concienzudo y minucioso—. Vamos a echar una rápida ojeada a la bodega.

—Como ustedes gusten —dijo accediendo Striga—. Me creo, no obstante, en el deber de hacerles observar que con ustedes son ya cuatro las visitas que desde nuestra partida de Viena se nos ha hecho sufrir, y, la verdad sea dicha, la cosa va resultando un poco desagradable.

El policía, declinando con un gesto toda responsabilidad personal en las órdenes que no tenía más remedio que llevar a cabo, descendió, sin añadir una palabra, a la cala del barco.

Llegado al término de la escalera, se adelantó unos cuantos pasos, dirigió en torno una mirada y volvió a subir inmediatamente al puente.

Nada ni nadie había podido advertirle de que bajo sus pies se encontraban dos criaturas humanas, un hombre de un lado y una mujer de otro, reducidos ambos a la impotencia e incapacitados para pedir socorro.

La visita no podía ser más concienzuda ni más larga; el barco estaba completamente vacío y no había ocasión de hacer investigaciones acerca de la procedencia de su cargamento, lo cual simplificaba las cosas.

Volvió, pues, el policía a la luz del día, y sin hacer nuevas preguntas regresó a su bote, que se alejó enseguida, con objeto de continuar llenando su misión de vigilancia y visita a las embarcaciones que cruzaban el río, en tanto que la gabarra seguía lentamente su ruta hacia delante.

Una vez que se hubieron dejado atrás las últimas casas de Budapest, pareció llegado el momento de ocuparse de la prisionera, que había sido conducida a la bodega.

Titcha y su compañero desaparecieron en el interior para reaparecer bien pronto escoltando a aquella misma mujer que había sido encarcelada unas horas antes y que fue reintegrada a su camarote.

De todos los demás hombres que componían la tripulación, ninguno pareció prestar la menor atención a aquel incidente.

No se volvió a hacer alto hasta llegar la noche, deteniéndose entre los pueblos de Ercsin y Adony, a más de treinta kilómetros de distancia de Budapest, volviendo a partir al día siguiente antes de la salida del sol.

En el transcurso de aquel día, 31 de agosto, la deriva fue interrumpida por algunas paradas, durante las cuales abandonó Striga el barco, utilizando la embarcación conquistada, según él creía, a Karl Dragoch.

En vez de esconderse, se dirigía a los pueblos, se presentaba a los habitantes como si fuera el famoso laureado de la Liga Danubiana, cuyo renombre no había podido dejar de llegar hasta ellos, y entablaba conversaciones que procuraba encauzar diestramente sobre los asuntos que le interesaban y preocupaban.

Muy escasa fue su cosecha de informes.

El nombre de Iliá Brusch no parecía ser popular en aquella región que atravesaba.

Sin duda que en Mohacs, Apatin, Neusatz, Semlin o Belgrado, que son ciudades importantes, sucedería de muy distinto modo.

Pero Ivan Striga no tenía ni remotamente la intención de arriesgarse en esos puntos, y pensaba limitarse a tomar los informes que pudiera en los pueblos y aldeas de escasa importancia, donde era muy natural que la policía ejerciese una vigilancia mucho menos efectiva.

Desgraciadamente, los campesinos, por regla general, no tenían ninguna noticia del concurso de pesca de Sigmaringen y se mostraban sumamente rebeldes a proporcionar informes. Por lo demás, no sabían absolutamente nada; ignoraban que existiese un individuo llamado Karl Dragoch, y asimismo que existiese otro que se llamase Iliá Brusch, y en vano fue que Ivan Striga desplegase todos los recursos que le sugería su diplomacia.

Según se había convenido la víspera, durante una de las ausencias de Striga fue cuando Serge Ladko hubo de ser sacado de la bodega y transportado a un pequeño camarote, cuya puerta fue cuidadosamente cerrada; precaución ésta que resultaba tal vez un

tanto exagerada, ya que el prisionero no podía hacer ningún movimiento por estar fuertemente amarrado.

Las jornadas del 1 al 6 de setiembre transcurrieron a bordo en medio de la mayor tranquilidad.

Empujada a la vez por la corriente del río y por un viento favorable, la embarcación continuaba derivando a razón de unos sesenta kilómetros por día.

Mucho mayor hubiera sido indudablemente la distancia recorrida, de no ser por las paradas que hacían necesarias las ausencias de Ivan Striga.

Si los viajes de éste continuaban siendo completamente estériles, desde el punto de vista de los informes que deseaba recoger, una vez por lo menos pudo lograr, utilizando su talento profesional, hacer provechosas dichas excursiones bajo otros aspectos.

Ocurrió esto el día 5 de setiembre.

Este día, habiéndose detenido la embarcación por la noche enfrente de un pueblo de poca importancia, llamado Szuszek, Striga bajó a tierra como de costumbre.

La tarde estaba bastante avanzada; los campesinos, que ordinariamente se acuestan con el sol, se habían retirado en su mayor parte a sus respectivos domicilios; así es que Ivan Striga paseaba solitario por las calles cuando descubrió de pronto una casa de regular apariencia, cuyo propietario, lleno de confianza en la probidad del prójimo, había dejado abierta, tras ausentarse para alguna faena en los alrededores.

Sin vacilar un momento, Striga se introdujo en aquella casa, que resultó ser un almacén de objetos diversos, una especie de repleto bazar, como lo demostraba la existencia de un amplísimo mostrador.

Meter la mano en el cajón de ese mostrador y sacar de él el producto de la venta del día, fue un juego para Striga, que realizó en un momento la operación.

No satisfecho, sin embargo, con el producto de aquella modesta rapiña, logró descubrir en el cuerpo inferior de un estante un saco

de forma redonda, que dio al tacto un sonido metálico de buen augurio.

Llevada a cabo su hazaña, apresuróse Ivan Striga a volver a bordo de su gabarra, la cual, al ser de día se encontraba ya bastante alejada de aquel pueblo.

Tal fue la única aventura del viaje.

Cuando permanecía a bordo de su embarcación, Ivan Striga tenía otras ocupaciones.

De tiempo en tiempo desaparecía de la cubierta y se introducía en un camarote situado enfrente de aquel en que se encontraba prisionero Serge Ladko.

A veces su visita no duraba más que algunos minutos, pero otras se prolongaba bastante más.

En este último caso, no era raro que hasta en el puente se oyese ruido de una violenta discusión, en la cual se percibía una voz de mujer respondiendo con gran tranquilidad a un hombre enfurecido. El resultado entonces era siempre el mismo: indiferencia general de la tripulación y salida furibunda de Striga, que se apresuraba a abandonar el barco, para calmar, si podía, sus nervios excitados.

El día 6 de setiembre la embarcación se detuvo y ancló, como siempre, a la caída de la tarde.

Ivan Striga no se encontraba a bordo en aquel momento.

Si no había querido él arriesgarse ni en Neusatz, ni en Peterwardein, que se hallaban enfrente, porque la importancia relativa de estas poblaciones podía ser causa de peligros, habíase detenido al menos, con objeto de continuar sus investigaciones, en la villa de Karlovitz, situada a unos veinte kilómetros de distancia. Por orden suya, la gabarra no había hecho alto sino dos o tres leguas más abajo y se uniría a ella con ayuda de la corriente.

Hacia las nueve de la noche no estaba Striga muy alejado; no se daba prisa.

Dejando que el barco marchase según el capricho de la corriente, abandonábase a sus pensamientos, que eran a la sazón bastante risueños y alegres. Su estratagema había tenido un gran

éxito; nadie había sospechado de él, y nada se había opuesto a que adquiriese los informes que tuviera por conveniente.

A decir verdad, informes, verdaderos informes, había recogido muy pocos; pero aquella ignorancia pública, rayana casi en la indiferencia, era al fin y al cabo para causar alegría y constituía un síntoma favorable.

Era indudablemente cierto que en toda aquella región sólo de una manera muy vaga se había oído hablar de la famosa banda que asolaba las orillas del Danubio, y se ignoraba hasta la existencia misma de Karl Dragoch, cuya desaparición, por consiguiente, no podía producir emoción alguna.

Por otra parte, ya fuera debido a la desaparición de su jefe, o ya se debiera a la pobreza de la región atravesada, lo cierto era que la vigilancia de la policía parecía que había disminuido extraordinariamente.

Desde hacía muchos días no había tenido Ivan Striga ocasión de ver a nadie que tuviese aspecto de agente de policía, y nadie tampoco le hablaba de la vigilancia fluvial, que tan activa era doscientos o trescientos kilómetros antes.

Había, por lo tanto, una gran suma de probabilidades para que la gabarra llegase con felicidad al término de su viaje, es decir, al mar Negro, donde su cargamento habría de ser transportado a bordo del acostumbrado vapor.

¿Quién sabe? Tal vez fuera aquél el último viaje de Ivan Striga; tal vez entonces se retirase muy lejos, después de realizada su fortuna, rico, considerado y... feliz, se figuraba él, pensando en la prisionera encerrada en la gabarra.

Llegaba a este punto de sus reflexiones cuando sus miradas fueron a posarse sobre los cofres simétricamente colocados, y cuyas cubiertas habían servido tanto tiempo de asiento a Karl Dragoch y a Iliá Bruschi; y de repente ocurrirle el pensamiento de que, haciendo ocho días que era el amo de la barca, no había pensado ni una sola vez en lo que tan natural era; en explorar su contenido.

Tiempo suficiente tenía entonces para reparar su olvido.

Abrió uno tras otro los diversos cofres, y nada encontró que llamase su atención, hasta llegar a la carpeta de los papeles, que se apresuró a abrir para examinar los diversos documentos que contenía.

Desfilaron los recibos y las cartas, todos a nombre de Iliá Bruschi; luego, sus ojos, en los que se pintó una gran sorpresa, se detuvieron sobre el retrato que ya antes despertara las sospechas de Karl Dragoch.

Al principio, Ivan Striga no comprendía nada de aquello.

Que en aquella embarcación hubiese papeles a nombre de Iliá Bruschi y que no hubiese ninguno a nombre del policía, era ya algo extraño.

Pero podía explicarse por un exceso de precaución.

Pero ¿por qué aquel nombre de Ladko, ese nombre con el que, por una habilidad verdaderamente diabólica, había Striga firmado todos sus crímenes?

¿Qué hacía ahí el retrato de una mujer a la cual no había renunciado jamás Striga, a pesar del fracaso de sus anteriores tentativas?

¿Quién, por consiguiente, era el legítimo propietario de aquella embarcación, para tener en su poder un documento tan íntimo y tan singular?

¿A quién pertenecía en definitiva? ¿A Karl Dragoch, a Iliá Bruschi o a Serge Ladko? ¿Y cuál de entre esos tres hombres, los cuales le interesaban tanto, era el que se hallaba encerrado en la gabarra?

Él, no obstante, proclamaba muy alto que había matado a Serge Ladko la tarde aquella en que de un tiro había derribado a uno de los dos hombres que tripulaban aquel bote que se alejaba furtivamente de Rustchuk.

Realmente, en el caso de que en aquella ocasión no hubiera acertado, antes que el policía preferiría que el que se hallaba actualmente en su poder, encerrado en su gabarra, fuera el piloto, porque de ser así, no fallaría ahora; no pensaría siquiera en

conservarle como rehén, sino que le ataría una piedra al cuello, lanzándole al fondo del río, y al desembarazarse de esta suerte de un enemigo mortal, suprimiría al propio tiempo el principal obstáculo a proyectos cuya realización perseguía él con verdadero empeño.

Impaciente por salir de dudas, Ivan Striga, guardando en su bolsillo el retrato que acababa de descubrir, empuñó los remos y trató de apresurar la marcha de su embarcación.

Pronto apareció ante sus ojos, en medio de la noche, la sombría masa de la gabarra.

Rápidamente llegó a su costado, saltó sobre el puente y dirigiéndose enseguida hacia el camarote que se hallaba enfrente precisamente de aquel que visitaba de ordinario, introdujo sin vacilar la llave en la cerradura.

Menos enterado que su carcelero, Serge Ladko no acertaba a explicarle su fantástica aventura.

El misterio de que estaba rodeado continuaba siendo para él impenetrable, y había tenido que renunciar por completo a hacer conjeturas acerca de los motivos que pudiera haber para que hubiese sido secuestrado como lo había sido.

Cuando, tras un sueño febril, se había despertado en el fondo de su encierro, la primera sensación que hubo de experimentar fue la del hambre.

Más de veinticuatro horas habían transcurrido hasta entonces desde que había tomado su última comida, y la naturaleza no pierde ni abdica jamás de sus derechos, sea cualquiera la intensidad y violencia de nuestras emociones.

Pacientemente esperó en los primeros momentos; pero como la sensación de hambre fuera cada vez más imperiosa, hubo de perder la calma que hasta aquel instante le había sostenido.

¿Irían a dejarle morir de inanición?

Llamó...

Nadie contestó a su llamamiento.

Llamó otra vez y más fuerte...

Idéntico resultado.

Comenzó entonces a dar gritos furiosos...

Tampoco obtuvo éxito.

Exasperado ya, esforzose en romper las cuerdas que le sujetaban. Pero éstas eran muy sólidas, y en vano fue que agotase sus fuerzas tratando de desprenderse de ellas poniendo en tensión sus músculos y haciendo toda clase de esfuerzos.

En uno de sus movimientos convulsivos, su rostro chocó contra un objeto depositado cerca de él.

La necesidad hace agudizar nuestros sentidos.

Serge Ladko pudo reconocer inmediatamente que se trataba de unos trozos de pan y carne salada, que sin duda habían sido colocados allí durante su sueño.

No era cosa fácil el aprovecharse de aquella atención de sus carceleros, hallándose en la situación en que se encontraba. Pero la necesidad nos hace también industriosos, y después de muchos infructuosos ensayos consiguió pasarse sin la ayuda de sus manos para satisfacer su apetito.

Calmada su hambre, las horas transcurrieron lentas y monótonas para el desgraciado prisionero.

En medio del silencio, un murmullo suave, una especie de frotamiento semejante al producido por las hojas cuando son agitadas por la brisa, llegó a sus oídos; era indudable que el barco que le conducía se encontraba en marcha.

¿Cuántas horas transcurrieron hasta que una trampa se abrió por encima de su cabeza?

Colgada al extremo de una cuerda, una ración semejante a la que había descubierto al despertar osciló en la abertura, que apareció iluminada por una luz incierta, y fue a colocarse a su alcance.

Otras dos horas transcurrieron hasta que la trampa volvió a abrirse nuevamente.

Un hombre descendió por la trampa y se aproximó al cuerpo inerte, y Serge Ladko sintió por segunda vez que se le tapaba la boca con una amplia mordaza.

Aquello significaba indudablemente que se tenía miedo de que pudiera dar algún grito, porque alguien podría acudir en su ayuda; así debía ser, en efecto, ya que tan pronto como subió el hombre que le había amordazado, oyó el prisionero que andaban por encima del techo de su encierro.

Quiso entonces llamar, dar voces..., pero ningún sonido salió de sus labios... El ruido de pasos cesó poco después.

La ayuda posible debía de hallarse lejos ya, cuando pocos instantes después volvieron, sin darle explicación ninguna, a quitarle la mordaza. Si se le permitía llamar y dar voces, era sin duda porque no había en ello ningún riesgo para sus raptos; y siendo así, ¿a qué conducía el hacerlo?

Después de la tercera comida, idéntica a las dos primeras, la espera fue más prolongada. Sin duda era de noche.

Serge Ladko calculaba que su cautividad debía de remontarse a unas cuarenta y ocho horas aproximadamente cuando por la trampa, de nuevo abierta, vio deslizarse una escala, con la ayuda de la cual cuatro hombres descendieron al fondo del encierro.

Serge Ladko no tuvo tiempo bastante para distinguir los rasgos de aquellos hombres.

Rápidamente se le colocó de nuevo la mordaza y una venda en los ojos, y, convertido nuevamente en fardo ciego y mudo, viose, cual la primera vez, transportado de mano en mano.

Por los choques que experimentó pudo reconocer la abertura estrecha —ahora comprendía ya que era la trampa— que había ya franqueado y que franqueaba otra vez en sentido inverso.

Después de haber recorrido un breve trayecto en sentido horizontal, fue arrojado brutalmente al suelo y percibió que, lo mismo que antes, le arrancaban venda y mordaza.

Apenas abrió los ojos, afanoso por descubrir alguna cosa que pudiera servirle para esclarecer sus conjeturas, oyó cerrarse una puerta con estrépito.

Serge Ladko se apresuró a mirar lo que había en torno suyo. Si bien era cierto que no había hecho más que cambiar de prisión, no

lo era menos que el nuevo encierro era infinitamente superior al anterior.

Por una ventanilla entraba la luz a torrentes, permitiéndole descubrir, depositada muy cerca de él, la ordinaria pitanza que hasta entonces se había obligado a buscar a tientas.

La luz del sol fue suficiente para hacerle recobrar el valor, y su situación aparecíale entonces mucho menos desesperada que antes.

Allí había una ventana; detrás de esa ventana se encontraba la libertad; ya se las arreglaría él para reconquistarla.

Durante mucho tiempo fuele imposible hallar el medio de hacerlo, hasta que al fin, recorriendo por milésima vez con la mirada el exiguo camarote que le servía de prisión, descubrió, aplicada contra la pared, una especie de herraje plano que, arrancando del suelo y elevándose hasta el techo, servía muy probablemente para ligar entre sí los maderos.

Aquel hierro sobresalía algo de la madera, y aun cuando no presentase ningún ángulo saliente, tal vez no fuera imposible hacerlo servir para ir desgastando sus ligaduras, ya que no para romperlas.

Difícil era seguramente, pero la empresa merecía intentarse al menos.

Habiendo logrado, tras muchos esfuerzos, arrastrarse hasta aquel trozo de hierro, Serge Ladko comenzó enseguida a frotar contra él la cuerda que sujetaba sus manos.

La inmovilidad casi total que sus ataduras le imponían, hacía este trabajo sumamente fatigoso, y no pudiendo obtener el movimiento de los brazos más que mediante una serie de contracciones de todo el cuerpo, hallábase forzosamente contenido dentro de muy estrechos límites.

Aparte de que la tarea avanzaba con suma lentitud, era además verdaderamente extenuante, y el piloto, bien a su pesar, se veía obligado a tomar un respiro cada cinco minutos.

Dos veces al día, a las horas de las comidas, érale preciso interrumpir su trabajo.

Siempre era el mismo carcelero el que le llevaba su alimento, y aunque éste tratase de disimular su cara detrás de un antifaz de tela, Serge Ladko le reconocía sin vacilación en sus cabellos grises y en la notable anchura de sus espaldas.

Por otra parte, aunque no pudiese discernir los rasgos fisonómicos, el aspecto de aquel hombre le daba la impresión de algo ya visto. Sin que le fuese posible precisar ni concretar nada, aquella fuerte musculatura, aquella marcha pesada, aquellos cabellos grisáceos que asomaban por encima del antifaz de tela no le parecían desconocidos.

Sus raciones éranle servidas a horas fijas, y jamás, fuera de esos instantes, penetraba nadie en su prisión.

Ni siquiera el silencio que en torno suyo imperaba se habría visto turbado, si de tiempo en tiempo no hubiese oído abrirse una puerta enfrente de la suya. Casi siempre el ruido de dos voces, la de un hombre y la de una mujer, llegaba hasta él. Aguzaba entonces el oído, e interrumpiendo su paciente trabajo, trataba de discernir mejor aquellas voces que venían a despertar en él sensaciones vagas y profundas.

Aparte de estos incidentes el prisionero comía, en primer término, tan pronto como marchaba su carcelero, y enseguida se ponía obstinadamente a la labor.

Cinco días habían transcurrido desde aquel en que la había comenzado, y aún no sabía si avanzaba o no su obra cuando a la caída de la tarde del día 6 de setiembre, la cuerda que sujetaba y oprimía sus manos desde hacía tiempo quedó rota de repente.

El piloto tuvo que sofocar el grito de alegría que estaba a punto de escapar de sus labios. El mismo hombre de siempre entraba a la sazón en su celda y depositaba cerca de él, sin pronunciar una palabra, la comida habitual.

Tan pronto como se halló solo, quiso Serge Ladko mover sus miembros libres.

Imposible le fue el conseguirlo en los primeros momentos. Inmovilizados durante toda una semana, sus manos y sus brazos estaban como atacados de parálisis.

Poco a poco, no obstante, volvió el movimiento y fue gradualmente aumentando en amplitud.

Tras una hora de esfuerzos, pudo conseguir librar, a su vez, las piernas de sus ataduras.

Estaba libre, o cuando menos, había dado el primer paso en el camino de su libertad.

El segundo consistía en franquear aquella ventana, que ahora podía ya alcanzar, y por la cual veía el agua del Danubio, ya que no la orilla, imposible de descubrir en la oscuridad.

Las circunstancias no podían ser más favorables: la noche oscura y sin luna; hasta el siguiente día nadie acudiría a su celda; cuando advirtiesen su fuga ya estaría lejos.

Una grave dificultad, más que una dificultad, una imposibilidad le detuvo a la primera tentativa.

Suficientemente ancha para un adolescente delgado, la ventana era muy estrecha para dar paso a un hombre en la fuerza de la edad y dotado de la robustez de Ladko.

Después de esforzarse en vano, hubo de reconocer que el obstáculo era infranqueable, y se dejó caer al suelo.

¿Estaba, pues, condenado a no salir de su encierro?

Durante algún tiempo estuvo contemplando el cuadrado de cielo diseñado por la implacable ventana, y después, decidido a realizar nuevos esfuerzos, despojose de sus vestidos, y con un impulso furioso se lanzó a la abertura, dispuesto a franquearla a cualquier coste.

Corrió su sangre y sus huesos crujieron, pero logró que pasara una parte de su cuerpo; por desgracia, no pudo conseguir que pasara todo y se quedó con la mitad del cuerpo fuera y la otra mitad dentro, en una posición violentísima y dolorosa, que no tardó en hallar intolerable.

Ya que el huir de aquel modo era verdaderamente impracticable, preciso era apelar a otros medios. Tal vez pudiese arrancar uno de los montantes de la ventana y ensanchar de esa manera la infranqueable abertura.

Mas para eso era menester volverse a la prisión, y Serge Ladko viose obligado a reconocer la imposibilidad de ese retorno. No podía avanzar ni retroceder, y, a menos de apelar a ayuda ajena, estaba irremisiblemente condenado a permanecer en aquella cruel posición. Serge Ladko tomó aliento; y de pronto un ruido insólito vino a aumentar su angustia.

Un nuevo peligro se anunciaba amenazador. Alguien se había detenido ante la puerta de su prisión... Una llave buscaba a tientas el agujero de la cerradura... Se introducía por fin...

Desesperado ya el piloto, imprimió a todos sus músculos un esfuerzo sobrehumano...

En el exterior, sin embargo, la llave giraba en la cerradura... Arrastraba el pasador con ella... Le hacía salir...

XII

EN NOMBRE DE LA LEY

Striga, tan pronto como la puerta estuvo abierta, se detuvo vacilante en el umbral. Una oscuridad profunda invadía la celda; nada distinguía, a no ser un cuadrado de sombra más clara que el resto, formado por la abertura de la ventana.

En un rincón, en alguna parte, se hallaba, sin duda, el prisionero; pero no le veía.

—¡Titcha! —llamó Ivan Striga con una voz en la que se percibían matices de impaciencia—. ¡Una luz!

Diose prisa Titcha en acudir con una linterna en la mano, cuya temblorosa luz, súbitamente proyectada, pareció iluminar la habitación toda.

Habiéndola recorrido los dos hombres con una rápida mirada, se contemplaron luego llenos de turbación. El camarote se hallaba vacío. Sobre el suelo, cuerdas rotas y vestidos lanzados de cualquier modo; pero ninguna otra huella del prisionero.

—¿Me explicarás tú...? —comenzó diciendo Striga.

Antes de responder, fue Titcha hacia la ventana y pasó el dedo por uno de los montantes.

—Huyó —dijo, mostrando su dedo enrojecido.

—¿Huyó? —profirió Ivan Striga, que soltó enseguida una blasfemia soez.

—Pero no hace aún mucho tiempo —continuó diciendo Titcha—. La sangre está fresca todavía... Además, aún no hace dos horas que le traje yo mismo su ración.

—¿Y nada de anormal pudiste descubrir entonces?

—Absolutamente nada. Le dejé lo mismo que lo encontré, atado y perfectamente sujeto.

—¡Imbécil!

Titcha, abriendo los brazos, expresó con toda claridad, mediante ese gesto, que ignoraba de qué modo había podido llevarse a efecto la evasión del prisionero, y que, en todo caso, declinaba la responsabilidad de ello.

Ivan Striga no aceptó tranquilamente la derrota.

—Sí, imbécil —repitió con un tono enfurecido, arrancando de manos de su compañero la linterna, que pasó enseguida alrededor del camarote—. Debiste examinar bien a tu prisionero y no fiarte de las apariencias... Ahí tienes; mira ese trozo de hierro pulimentado por frotamiento... Con esto, sin duda alguna, ha logrado cortar la cuerda que sujetaba sus manos... Ha debido de emplear en esa operación días y días... ¡Y tú, tan tranquilo, sin advertir nada de ello...! ¡Parece imposible ser tan estúpido!

—¡Bueno, bueno, a ver si acabas ya tu letanía de injurias! —repuso Titcha, a quien la cólera comenzaba a dominar a su vez—. ¿Es que tú me tomas por un perro...? Después de todo, puesto que tenías tanto interés en conservar encerrado al tal Dragoch, deberías haberlo guardado y vigilado tú mismo.

—Así debiera haberlo hecho... Pero, en primer lugar, ¿era realmente Karl Dragoch el que teníamos prisionero?

—¿Pues quién querías que fuese?

—¡Qué sé yo...! Creo que debo tener razones suficientes para temerlo todo de ti, al ver la manera como cumples las cosas que se te encargan... ¿Reconociste a Karl Dragoch cuando te apoderaste de él?

—No puedo decir que le reconociera, puesto que a la sazón él me volvía la espalda...

—¡Ah!

—Pero, en cambio, puedo asegurarte que reconocí perfectamente su barco; era indudablemente el mismo que tú me

enseñaste en Viena. De esto te repito que estoy completamente seguro.

—¡El barco...! ¡El barco...! Pero, en resumen, veamos, ¿cómo era tu prisionero...? ¿Era alto?

Serge Ladko e Ivan Srriga tenían, en realidad, más o menos la misma estatura; pero un hombre acostado parece, como se sabe, mayor que un hombre de pie y Titcha apenas había visto al piloto de otra manera que echado sobre el suelo de su cárcel.

Por esta razón hubo, pues, de responder a la pregunta de Striga con la mayor buena fe del mundo:

—Te sobrepasa lo menos la cabeza.

—Entonces no es Karl Dragoch —murmuro Striga, que sabía que su estatura era mayor que la del policía.

Quedóse reflexionando durante algunos instantes, y por fin volvió a preguntar:

—¿Tenía el prisionero alguna semejanza con alguien a quien tú conozcas?

—¿Qué yo conozca...? No.

—¿No se parecería, por ejemplo, a Ladko?

—¿A Ladko...? ¡Qué idea...! ¿Cómo diablos quieres tú que Karl Dragoch se parezca a Serge Ladko?

—¿Y si nuestro prisionero no era Dragoch?

—Tampoco sería Ladko, a quien conozco de sobra para poder equivocarme y confundirle con otro.

—Contesta, no obstante, a mi pregunta: ¿se asemejaba en algo a Ladko nuestro prisionero?

—Vamos, hombre, te repito que estás soñando; en primer lugar, el prisionero no usaba barba, y Serge Ladko, sí.

—La barba se puede hacer desaparecer.

—No digo lo contrario... Nuestro prisionero, además, usaba anteojos.

Striga alzó desdeñosamente los hombros.

—¿Era rubio o moreno? —preguntó.

—Moreno.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Entonces no es Ladko —murmuró otra vez Ivan Striga—. ¿Sería, pues, Ilia Brusch?

—¿Qué Ilia Brusch?

—El pescador.

—¡Bah...! Pero, entonces, si el prisionero no era Serge Ladko ni Karl Dragoch, poco importa que se haya fugado.

Striga, sin responder, se aproximó a su vez a la ventana.

Después de haber examinado las huellas de sangre, se inclinó hacia el exterior, esforzándose inútilmente por penetrar con sus miradas las tinieblas de la noche.

—¿Cuánto tiempo hará que se marchó? —preguntábase en voz baja.

—No hará aún dos horas.

—Si hace ya dos horas que se escapó, debe de estar bastante lejos —dijo Striga, que a duras penas lograba dominar su cólera.

Tras un instante de reflexión, añadió:

—Nada puede hacerse por el momento; la noche es demasiado oscura. Ya que el pájaro ha logrado emprender el vuelo, que lleve buen viaje. Por lo que a nosotros respecta, nos pondremos en marcha un poco antes de que sea de día, de manera que nos encontremos lo más pronto posible más allá de Belgrado.

Permaneció durante algún tiempo mudo y pensativo, y luego, sin añadir una palabra más, abandonó el camarote que había ocupado el prisionero, para entrar en el de enfrente.

Titcha trató de escuchar; al principio no oyó nada, pero muy pronto, a través de la puerta cerrada, llegaron hasta él los ecos de dos voces cuyo diapasón iba subiendo progresivamente.

Encogiéndose de hombros con profundo desdén, alejóse de allí Titcha y se volvió al lecho.

Se equivocaba Ivan Striga al estimar inútil entregarse a pesquisas inmediatas.

Tal vez no habrían sido vanas esas pesquisas, porque el fugitivo realmente no estaba lejos.

Al percibir el ruido de la llave girando en la cerradura, Serge Ladko, con un esfuerzo desesperado, había logrado vencer el obstáculo y se había deslizado como una flecha fuera de la ventana, demasiado estrecha, para caer de cabeza en el agua del Danubio, que se había abierto y cerrado sin ruido.

Cuando después de una corta inmersión volvió a la superficie, la corriente le había arrastrado ya a alguna distancia del sitio de la caída.

No tenía que vacilar.

El único partido posible en aquellas circunstancias era el de dejarse llevar por la corriente durante algún tiempo todavía. Una vez estuviese fuera de alcance, nadaría vigorosamente hacia cualquiera de las orillas.

Llegaría, eso sí, en un estado de desnudez que podía constituir una fuente de dificultades no pequeñas para el porvenir; pero no tenía dónde elegir; lo que más urgía por el momento era alejarse lo más posible de la prisión flotante en que acababa de pasar tan penosos días.

Después, una vez que hubiese logrado llegar a tierra, pensaría y determinaría lo que tenía que hacer.

De pronto, en medio de la noche, alzóse ante él la masa sombría de una segunda embarcación.

¡Cuál no fue su emoción al reconocer en ella su barca, su barca, retenida por un cabo amarrado a la gabarra, y que el impulso de la corriente mantenía en tensión!

Encaramóse instintivamente por el timón y durante algún tiempo permaneció inmóvil.

En medio de la tranquilidad nocturna, un ruido de voces llegaba hasta él; sin duda estaban discutiendo las circunstancias de su huida.

Permaneció en actitud expectante, con sólo la cabeza fuera del agua negra, que le cubría con su impenetrable velo.

Las voces se elevaron durante unos instantes; callaron luego y todo volvió a quedar en silencio.

Serge Ladko se izó entonces a la barca y desapareció en la tienda... Una vez allí, púsose a escuchar de nuevo... Nada oyó; ningún ruido se producía en torno de él.

En el camarote la oscuridad de la noche se hacía más densa aún. En la imposibilidad de distinguir nada, Serge Ladko anduvo a tientas, como un ciego, para reconocer los objetos familiares.

Al parecer, no se había tocado nada; allí estaban sus útiles de pesca; de aquel clavo colgaba aún la gorra de piel de nutria que él mismo había colocado; a la derecha se encontraba su colchoneta; a la izquierda la del señor Jaeger...

Mas, ¿por qué estaban abiertas las cajas que estaban debajo de esas colchonetas...? ¿Las habrían forzado...? Invisibles en la oscuridad, sus manos vacilantes hicieron el inventario de sus modestas riquezas.

No, no le habían quitado nada; ropa y vestidos parecían hallarse en buen orden, como él los había dejado... Hasta encontró su cuchillo en el sitio acostumbrado.

Serge Ladko cogió este cuchillo, lo abrió y luego, arrastrándose sobre el vientre en el fondo de la barca, fue avanzando hasta llegar a la amarra, que rompió de un solo golpe.

La cuerda cortada cayó con gran ruido sobre el agua.

Ladko, con el corazón latiéndole fuertemente, se dejó caer en la barca; era imposible que hubiera dejado de oírse la caída de aquella cuerda en medio de un tan profundo silencio.

No... Nadie se movía... El piloto, incorporándose poco a poco, comprendió que se hallaba ya lejos de sus enemigos. Era preciso obrar, hacer algo.

Apenas libre, en efecto, la barca había comenzado a derivar, y muy pronto entre ella y la gabarra se elevaría el muro impenetrable de la noche.

Cuando juzgó que se hallaba bastante lejos para no tener que temer nada, Serge Ladko cogió los remos y procuró aumentar

rápidamente la distancia.

Sólo entonces pudo darse cuenta de que estaba desnudo, y trató de cubrir sus carnes. Decididamente nadie había tocado el contenido de sus cofres, donde encontró, sin grandes esfuerzos, la ropa y los vestidos necesarios.

Hecho esto, empuñó de nuevo los remos y se puso a bogar con energía.

¿Dónde estaba?

No tenía ninguna idea acerca de ello; nada había podido informarle acerca del recorrido efectuado por la gabarra en la que había sido encarcelado. Así es que ignoraba por completo si su cárcel flotante había subido o bajado el río.

Prescindiendo de ello, él debía dirigirse en el sentido de la corriente, puesto que en esa dirección se hallaba Rustchuk y Natcha. Si se le había llevado hacia atrás, no habría más remedio que ganar el tiempo perdido con grandes esfuerzos de brazos.

Por el momento, comenzaría por navegar durante toda la noche, de modo que pusiese la mayor distancia posible entre él y sus desconocidos enemigos; podía contar aproximadamente con siete horas de oscuridad, y en siete horas puede recorrerse mucho camino; una vez que el día llegase, se detendría en la primera ciudad que encontrara en su camino para tomar algún descanso.

Veinte minutos hacía, poco más o menos, que Serge Ladko remaba vigorosamente cuando un grito, debilitado por la distancia, se alzó en medio de la noche; era demasiado vago aquel lejano grito para que pudiese decirse si expresaba alegría, cólera o terror; y, no obstante, por muy vaga que hubiese sido aquella voz, que llegaba hasta él desde los confines del horizonte, llenó de una misteriosa turbación el corazón del piloto.

¿Dónde había oído él una voz igual...? Un poco más, y habría jurado que aquella voz era la de Natcha... Había dejado de remar, con el oído atento a los sordos rumores nocturnos.

El grito no se renovó; el espacio había vuelto a quedarse mudo en torno de la embarcación, que la corriente arrastraba en silencio a

través de las tranquilas orillas.

¡Natcha...! ¡No tenía más que ese nombre en el pensamiento...! Serge Ladko, con un encogimiento de hombros, rechazó aquella obsesión, aquella idea fija, y volvió a ponerse al trabajo.

Pasó el tiempo. Por dos veces se dibujaron algunas casas en medio de las sombras, sin que el piloto pudiera reconocer el sitio en que se hallaba.

Tan pronto como la luz fue suficiente, apresuróse a reparar los estragos causados en su disfraz y por una cautividad tan prolongada.

En muy pocos minutos sus cabellos volvieron a convertirse en negros, desde la raíz hasta su extremidad; unos cuantos golpes de navaja hicieron desaparecer la naciente barba, y sus perdidos anteojos fueron remplazados por otros nuevos.

Terminadas estas operaciones, púsose a remar de nuevo con la misma incansable energía.

De tiempo en tiempo lanzaba una mirada recelosa hacia atrás, sin descubrir nada que pudiera inspirarle sospechas. Los enemigos se hallaban muy lejos.

Libre ya su espíritu de sus preocupaciones más inmediatas, el sentimiento de su seguridad reconquistada permitióle pensar de nuevo en lo extraño de su situación.

¿Quiénes eran aquellos enemigos que de tal suerte le obligaban a huir...?

¿Qué querían de él esos enemigos...?

¿Por qué le habían tenido durante tantos días prisionero...?

Preguntas eran todas éstas a las que se veía en la imposibilidad absoluta de contestar.

Quienesquiera que fuesen sus enemigos, preciso era, en todo caso, desconfiar de ellos en el porvenir; y ese cuidado iba, desgraciadamente, a complicar su viaje, a menos que no adoptase el partido de reclamar, pese a los riesgos de semejante tentativa, la protección de la policía contra sus desconocidos secuestradores en la primera ciudad a que arribase.

¿Cuál sería esta ciudad?

Tampoco sabía él nada acerca de este particular, y nada era de naturaleza a propósito para informarle de ello en aquellas orillas desiertas, en las que, separadas por largos espacios, aparecían raras y pobres mansiones.

Tan sólo hacia las ocho de la mañana, y siempre sobre la orilla derecha, fue cuando vio aparecer altos campanarios, en tanto que, ante la embarcación, otra ciudad más lejana asomaba por el horizonte.

Serge Ladko dio un salto de alegría: conocía perfectamente aquellas ciudades.

Una de ellas, la más próxima, era Semlin, última ciudad danubiana del imperio austrohúngaro; la otra, enfrente precisamente, era Belgrado, la capital serbia, situada igualmente en la orilla derecha, después de un brusco recodo del río, en la confluencia del Save.

Así, pues, durante todo el tiempo que durara su cautiverio, había continuado descendiendo por la corriente; su cárcel flotante le había aproximado a su objetivo final, y hasta había llegado a franquear, sin darse apenas cuenta de ello, algo más de quinientos kilómetros.

Por el momento, Semlin constituía para él la salvación; pues si lo necesitaba, podría encontrar allí ayuda y protección eficaces contra todos los riesgos.

Pero ¿se decidiría a pedir socorro? Si se quejaba, si refería su inexplicable aventura, ¿no sería entonces menester abrir una información, practicar diligencias y pesquisas cuya primera víctima sería él? Tal vez se quisiera saber quién era, adonde se dirigía, y acaso se llegaría a descubrir el nombre que había jurado no descubrir jamás, fuera lo que fuere lo que sucediese.

Dejando para mejor ocasión el adoptar un partido al respecto, apresuró la marcha de su embarcación.

Las ocho y media sonaban en los relojes de la ciudad cuando amarraba su barca a una anilla del muelle. Procedió enseguida a algunos rápidos arreglos, y después de sopesar de nuevo si debía

contar lo sucedido, se decidió, finalmente, por la abstención. Bien considerado todo, era preferible guardar silencio, ir a buscar bajo el toldo un reposo bien ganado y alejarse de Semlin tan inadvertido como había llegado.

En aquel instante cuatro hombres aparecieron sobre el muelle y se detuvieron frente a la barca.

Aquellos hombres saltaron a bordo, y uno de ellos, acercándose a Serge Ladko, que les miraba hacer con gran extrañeza, preguntó:

—¿Es usted el llamado Ilia Brusch?

—Sí —respondió el piloto, fijando sobre el que le interpelaba una mirada de inquietud.

Entreabrió éste su abrigo para mostrar una banda con los colores húngaros que llevaba ceñida.

—En nombre de la ley, queda usted detenido —dijo, poniendo una mano en el hombro del piloto.

XIII

UNA REQUISITORIA

Karl Dragoch no recordaba haberse ocupado durante toda su carrera en un asunto tan fértil en incidentes inesperados y con tales caracteres de misterio como el asunto aquel de la banda de malhechores del Danubio.

La increíble movilidad de la incapturable banda, su ubicuidad y lo súbito y repentino de sus golpes, algo tenían ya de insólito. Y he aquí ahora que su jefe, tan pronto como fue encontrado, se perdía por completo, desaparecía sin dejar huellas y parecía reírse de las órdenes de arresto lanzadas contra él en todas direcciones.

A primera vista parecía que el tal jefe se había evaporado; ninguna huella quedaba de él ni delante ni detrás. La policía de Budapest especialmente, a pesar de una constante vigilancia, no había tropezado con nadie que se le asemejara ni con indicio alguno que pudiera ponerles sobre su pista.

Preciso era, no obstante, que hubiera pasado por Budapest, ya que el día 31 de agosto había sido visto en Duna Foldvar, o sea, a unos noventa kilómetros aproximadamente más abajo de la capital de Hungría.

Ignorando que el papel del pescador había sido desempeñado en aquella ocasión por Ivan Striga, a quien la gabarra aseguraba un refugio, Karl Dragoch no podía comprender en absoluto nada de aquello.

En días sucesivos, su presencia fue señalada en otros pueblos próximos.

Ilia Bruschi no se ocultaba para nada, sino que decía, por el contrario, su nombre a todo el que quería oírlo, y en ocasiones hasta se dedicaba a vender algunas libras de pescado. Ciertamente, sin embargo, que también algunos pretendían haberle sorprendido en el momento en que se dedicaba a comprarlo, lo cual no dejaba de ser bastante singular.

El sedicente pescador daba pruebas, en todo caso, de una infernal habilidad.

En vano la policía, prevenida de su aparición, hacía esfuerzos por seguirle la pista; siempre llegaba demasiado tarde; en vano recorría luego el río en todos los sentidos; ni el más leve vestigio se descubría de la barca, que parecía haberse realmente volatilizado.

Karl Dragoch se desesperaba al tener noticia de los repetidos fracasos de sus subordinados. ¿Iría a escapársele de entre las manos la pieza tan codiciosamente acosada?

Esto no obstante, dos cosas eran ciertas: la primera, que el pretendido laureado del concurso de Sigmaringen seguía su descenso por el río; la segunda, que parecía evitar las ciudades, en las cuales, sin duda, tenía miedo a la policía.

Karl Dragoch, en vista de ello, hizo redoblar la vigilancia en todas las ciudades de alguna importancia situadas más allá de Budapest, y él mismo había establecido su cuartel general en Semlin.

Todas estas ciudades constituían de esta suerte otras tantas barreras alzadas en la ruta del fugitivo.

Por desgracia, parecía, en realidad, que éste no hacía otra cosa que reírse de la serie de obstáculos acumulados a su paso.

Del mismo modo que se había señalado su presencia después de haber pasado por Budapest, así también fue señalada, pero demasiado tarde siempre, después de Mohacs, de Apatin y de Neusatz.

Karl Dragoch, rebosante de cólera y comprendiendo que jugaba su última carta, reunió entonces una verdadera flotilla; por orden suya, más de treinta embarcaciones cruzaron noche y día por más abajo de Semlin.

Hábil como el demonio había de ser el adversario si conseguía franquear aquella línea cerrada.

Por notables que fuesen, no habrían, empero, tenido ningún éxito semejantes disposiciones, si Serge Ladko hubiera permanecido prisionero en la gabarra de Ivan Striga.

Felizmente, para reposo de Karl Dragoch; no había de suceder así.

El día 6 de setiembre había transcurrido en estas condiciones, sin que hubiera ocurrido nada nuevo, y Dragoch, desde las primeras horas del día 7 se disponía a unirse a su flotilla cuando vio a un agente correr a su encuentro; su hombre, detenido por fin, acababa de ser encarcelado en la prisión de Semlin.

Apresuróse Dragoch a dirigirse allí; el agente había dicho la verdad. El demasiado célebre Serge Ladko estaba ya, en realidad, bajo llave.

Extendióse la nueva con la rapidez del relámpago y puso a la ciudad toda en agitación. No se hablaba de otra cosa, y en el muelle grupos compactos estuvieron estacionados todo el día ante la embarcación del famoso malhechor.

Era imposible que esos grupos dejaran de llamar la atención de una gabarra que a eso de las tres de la tarde pasaba frente a Semlin.

Aquella gabarra, que descendía tranquila e inocentemente el río, era la de Ivan Striga.

—¿Qué ocurrirá en Semlin? —dijo éste a su fiel Titcha, al observar la animación que había en los muelles—. ¿Será un motín?

Púsose a mirar con un antejo, que tras un rápido examen de lo que acontecía separó de los ojos.

—¡El diablo me lleve, Titcha —exclamó—, si no es aquélla la embarcación de nuestro prisionero!

—¿Lo crees así? —dijo Titcha, apoderándose a su vez del antejo.

—Es preciso que me asegure de ello —dijo Ivan Striga, que parecía presa de una viva agitación—. Me voy a tierra.

—Para hacer que te atrapen... ¡Vaya ocurrencia...! Si aquella embarcación es la de Dragoch, prueba es que Dragoch se halla en Semlin; eso es meterse en la boca del lobo.

—Tienes razón —dijo aprobando Striga, que desapareció en el camarote—. Pero vamos a tomar nuestras precauciones.

Un cuarto de hora después volvía disfrazado de mano maestra: su barba, cortada y reemplazada por dos patillas; una ancha venda cubriéndole uno de los ojos, apoyábase fatigosamente en un bastón, semejando un hombre que acabara de salir de una grave enfermedad.

—¿Y ahora? —preguntó, no sin alguna vanidad.

—¡Maravilloso! —dijo Titcha con admiración.

—Escucha —continuó Striga—. Mientras yo marchó a Semlin, vosotros continuáis tranquilamente vuestro camino; dos o tres leguas más allá de Belgrado os detenéis, ancláis en la orilla y esperáis mi regreso.

—¿Cómo te las arreglarás para unirte a nosotros?

—No te preocupes para nada de eso, y da orden a Semo para que me lleve en el bote.

Durante todo ese tiempo la gabarra había dejado atrás Semlin.

Habiendo tomado tierra bastante lejos de la ciudad, Striga se encaminó a toda prisa hacia las casas. Tan pronto como llegó a ellas modificó su actitud y la rapidez de su marcha, y mezclándose con los grupos que se hallaban estacionados a orillas del río, recogió ávidamente las frases todas y todos los comentarios que se cambiaban a su alrededor.

No esperaba encontrarse con lo que se encontró.

Nadie, en aquellos animados grupos, mencionaba a Karl Dragoch; nadie tampoco decía nada absolutamente de Ilia Brusch. No se hablaba más que de Ladko.

Pero ¿de qué Ladko?

No del piloto de Rustchuk, cuyo nombre había sido utilizado por Striga de la manera que sabemos; sino precisamente de aquel Ladko imaginario que él había creado por completo, del Ladko

malhechor, del Ladko pirata; es decir, de sí mismo, Striga. Sí, su propio arresto era lo que constituía el asunto de la conversación general entre los grupos.

No podía Striga llegar a comprender lo que pasaba.

Que la policía cometiese un error y detuviera a un inocente en lugar del verdadero culpable, nada en verdad tenía de extraño ni sorprendente. Pero ¿qué relación tenía este error, cuya realidad él mejor que otro alguno podía certificar, con la presencia de aquella barca que su gabarra había llevado a remolque hasta el día anterior?

Se pensará, sin duda, que daba Striga muestras de alguna debilidad concediendo interés a ese aspecto de la cuestión. Lo esencial era que otro individuo fuese perseguido en su lugar. Mientras las sospechas recayeran sobre éste, nadie pensaría en él; esto era lo que importaba; todo lo demás carecía por completo de interés y no debía tenerse en cuenta.

Nada habría sido más cierto, si Striga no hubiese tenido motivos particulares para desear hallarse informado acerca de este particular.

A juzgar por las apariencias, todo inducía a creer que el individuo arrestado y el dueño de la embarcación aquella no eran más que una sola persona. ¿Quién era aquel desconocido que, después de haber estado por espacio de ocho días prisionero a bordo de la gabarra, remplazaba con tanta complacencia al dueño de ésta entre las garras de la policía?

En manera alguna abandonaría Ivan Striga Semlin sin hallarse bien informado sobre este punto.

Pero le fue preciso armarse de paciencia.

El señor Izar Roña, juez encargado de este asunto, no parecía dispuesto a llevar de prisa la instrucción; tres días transcurrieron sin que diera señales de vida.

Esta espera previa formaba parte de su método. En su opinión, era de suma conveniencia el dejar durante algún tiempo al acusado entregado a la soledad. El aislamiento es un gran destructor de

fuerza nerviosa, y algunos días de soledad deprimen maravillosamente al adversario con quien el juez va a enfrentarse.

Cuarenta y ocho horas después del arresto, el señor Izar Roña exponía estas ideas a Karl Dragoch, que había acudido a dar informes. El policía no podía dejar de aprobar entusiásticamente las teorías de su jefe.

—En fin, señor juez —hubo de arriesgarse a preguntar—, ¿cuándo piensa usted proceder al primer interrogatorio?

—Mañana.

—Entonces, volveré mañana por la tarde a conocer el resultado. Creo que será inútil que repita a usted el relato de los hechos que han motivado el encarcelamiento del acusado.

—Inútil, sí. Recuerdo muy bien todas nuestras anteriores conversaciones y, a mayor abundamiento, las notas que he tomado son bastante completas.

—Espero, señor juez, que me permita recordarle la petición que me he tomado la libertad de hacerle.

—¿Qué petición?

—La de no aparecer en este asunto, al menos hasta nueva orden. Según tuve ya el honor de manifestar a usted, el acusado no me conoce más que bajo el nombre de Jaeger. Esto puede eventualmente servirnos de algo. Es evidente que cuando nos encontremos ante el Tribunal habrá de serme preciso dar mi verdadero nombre; pero todavía no hemos llegado a eso, y me parece preferible no descubrirme antes de tiempo, a fin de facilitar la captura de los cómplices.

—Convenido —prometió el juez.

En la celda donde había sido encerrado esperaba Serge Ladko que tuviesen a bien ocuparse de él.

Siguiendo tan de cerca a su anterior aventura, aquella nueva desdicha, tan inexplicable para él como la otra, no había abatido su valor. Sin intentar la menor resistencia en el momento de ser detenido, habíase dejado conducir a la cárcel, después de haber formulado inútilmente una pregunta que se quedó sin respuesta.

¿Qué riesgo, por otra parte podía correr? Aquella detención era por fuerza un error, que se disiparía tan pronto como fuese interrogado.

Por desgracia, el primer interrogatorio se hacía esperar de un modo extraño.

Serge Ladko, mantenido en la incomunicación más rigurosa, permanecía solo día y noche en su celda, a la que, de tiempo en tiempo, un guardia se acercaba para lanzar una rápida mirada por un ventanillo.

¿Esperaba este guardia, obedeciendo a las órdenes del señor Izar Roña, comprobar los resultados progresivos que producía el método de aislamiento? En ese caso no debía retirarse muy satisfecho. Las horas y los días pasaban sin que nada en la actitud del prisionero revelase lo más mínimo de sus íntimos pensamientos.

Sentado en un banco, las manos apoyadas sobre las rodillas, los ojos bajos, el semblante frío e inexpresivo, parecía reflexionar profundamente y guardaba una inmovilidad casi absoluta, sin dar ninguna señal de impaciencia.

Desde el primer momento, Serge Ladko había tomado la resolución de conservar la tranquilidad, y nada sería capaz de hacerle salir de ella; pero al ver cómo el tiempo iba transcurriendo, llegaba a echar de menos su prisión flotante, que, cuando menos, le acercaba a Rustchuk.

Al tercer día, por fin —era entonces el 10 de setiembre—, abrióse la puerta y fue invitado a abandonar su celda.

Escortado por cuatro soldados, con la bayoneta calada, siguió un largo corredor, bajó una interminable escalera, atravesó después una calle y penetró, por último, en el Palacio de Justicia, que se alzaba frente a la cárcel.

La citada calle rebosaba de populacho, que se apretujaba detrás de un cordón de agentes de policía.

Al aparecer el prisionero, feroces gritos se alzaron de aquella muchedumbre, ávida de expresar su odio hacia el malhechor tan temido y durante tanto tiempo impune. Cualquiera que fuese el sentimiento de Serge Ladko al sentirse objeto de aquella inmerecida

injuria, no dejó adivinar nada. Con paso firme entró en el Palacio y, tras una nueva espera, hallóse al fin delante de su juez.

A una señal de éste, retiráronse los guardias.

De pie, en medio de la habitación, Serge Ladko esperaba que el juez tuviera a bien interrogarle. En un ángulo el escribano se hallaba dispuesto a tomar nota de sus declaraciones.

—Siéntese usted —dijo el señor Roña bruscamente. Serge Ladko obedeció. El magistrado repuso.

—¿Su nombre?

—Ilia Brusch.

—¿Domicilio?

—Szalka.

—¿Profesión?

—Pescador.

—Miente usted —dijo de pronto el juez, mirando fijamente al detenido.

Un ligero rubor coloreó el semblante de Serge Ladko, cuyos ojos lanzaron un rápido destello de ira. Recuperó, no obstante, la calma y guardó silencio.

—Miente usted, sí —repitió el juez—. Su nombre es Ladko y su domicilio es Rustchuk.

El piloto se estremeció.

¿Era, pues, conocida por la policía y por el juez su verdadera personalidad?

El juez, empero, a quien no había escapado el sobresalto del detenido, prosiguió:

—Está usted acusado de tres robos simples, de diecinueve robos perpetrados con las circunstancias agravantes de escalo y fractura, de tres asesinatos y de seis tentativas de homicidio, y todos estos crímenes y delitos han sido cometidos con premeditación desde hace unos tres años. ¿Qué tiene usted que responder?

El piloto había escuchado estupefacto aquella terrible acusación. Habíase producido efectivamente lo que él temiera al saber de labios del señor Jaeger la existencia de su siniestro homónimo. Y

siendo así, ¿a qué confesar que, en efecto, se llamaba Serge Ladko?

Un instante antes habíasele ocurrido el confesarlo, implorando la discreción del juez; pero ahora comprendía que una confesión tal había de serle más nociva que útil. Era verdaderamente él, Serge Ladko, de Rustchuk, y no otro el acusado de aquella espantosa serie de delitos.

Una vez definitivamente identificado, llegaría sin duda a demostrar su inocencia; pero ¿cuánto tiempo sería necesario para llegar a ello? No, era preferible sostener hasta el fin el papel del pescador Iliá Brusck, ya que Iliá Brusck era el nombre de un inocente.

—Tengo que responder que hay un error en todo cuanto usted ha dicho —replicó con voz firme—. Yo me llamo Iliá Brusck y resido en Szalka; por otra parte, es bien fácil asegurarse de ello.

—Se hará —dijo el juez tomando nota—. En espera de ello voy a hacerle conocer algunos de los cargos que pesan sobre usted.

Serge Ladko presto mas atención: iba a tocarse un punto del mayor interés.

—Por ahora —comenzó diciendo el juez— dejaremos a un lado la mayor parte de los crímenes que se le atribuyen, y nos ocuparemos tan sólo en los más recientes, aquellos que han sido perpetrados durante el viaje en cuyo transcurso ha sido usted detenido.

El señor Roña tomo aliento y prosiguió:

—En Ulm es donde se señala por primera vez su presencia. En este punto, pues, en Ulm será donde colocaremos nosotros el origen de este viaje.

—Perdone usted, señor —interrumpió vivamente Serge Ladko—. Mi viaje había comenzado bastante antes de Ulm, puesto que yo obtuve dos premios en el concurso de pesca de Sigmaringen y remonté enseguida el río hasta Donaueschingen.

—Es exacto, en efecto —replicó el juez—, que cierto Iliá Brusck fue proclamado vencedor del concurso de pesca instituido por la

Liga Danubiana en Sigmaringen y que ese Iliá Brusch fue visto en Donaueschingen. Pero, o bien había adoptado usted ya una personalidad falsa en Sigmaringen, o bien sustituyó usted al dicho Iliá Brusch mientras iba desde aquel punto a Ulm. Este particular ya lo aclararemos a su debido tiempo, esté usted tranquilo.

Serge Ladko escuchaba sorprendido aquellas fantásticas deducciones. Un poco más y se habría contado al imaginario Iliá Brusch en el número de sus víctimas.

Sin tomarse la molestia de contestar, alzaba desdeñosamente los hombros, cuando el juez, mirándole fijamente le preguntó de repente a quemarropa:

—¿Qué fue usted a hacer en Viena el día veintiséis de agosto último en casa del judío Simón Klein?

A pesar suyo, Serge se estremeció otra vez.

—¿Simón Klein...? —preguntó con tono interrogador, como hombre que no comprende lo que se le dice.

—¿Niega usted...? Me lo esperaba. Seré yo, entonces, el que le diga que al ir usted a casa del judío Simón Klein —y al decir esto se alzó a medias de su asiento para dar a sus palabras una más aplastante autoridad—, iba usted a ponerse de acuerdo con el encubridor de su banda.

—¡De mi banda...!

—Verdad es que ignora usted —dijo el juez con acento irónico— lo que yo quiero decirle, que usted no forma parte de ninguna banda; que usted no es Ladko, sino un inofensivo pescador de caña, llamado Iliá Brusch... Pero, entonces, si usted se llama efectivamente Iliá Brusch, ¿por qué se oculta usted?

—¿Qué yo me oculto?

—Por lo menos eso parece; a menos que no se llame ocultarse el disimular bajo unas gafas negras unos ojos que parecen los más sanos del mundo (vamos, tenga usted la bondad de quitarse esos anteojos) y teñirse de negro los cabellos que se tienen ordinariamente rubios.

Serge Ladko quedó estupefacto.

La policía estaba bien informada y las mallas de la red iban estrechándose más y más.

Sin hacer hincapié en su turbación, el señor Roña prosiguió:

—Vamos, parece que no se muestra usted tan arrogante: no nos creía usted tan adelantados... Pero prosigo. En Ulm tomó usted un pasajero.

—Sí, es verdad.

—¿Cómo se llamaba?

—Jaeger.

—Perfectamente exacto. ¿Tendría usted la bondad de decirme qué se ha hecho de ese señor Jaeger?

—Lo ignoro; me dejó en plena campiña, casi en la confluencia del Ipoly. Quedé muy sorprendido al no encontrarle cuando regresé a bordo.

—¿Al volver a bordo, dice usted? Luego, ¿se había usted ausentado? ¿Adónde había ido?

—A un pueblo de los alrededores, con objeto de procurarme un cordial para mi pasajero.

—¿Estaba, pues, enfermo?

—Muy enfermo; había estado a punto de ahogarse.

—¿Y fue usted quien le salvó?

—¿Quién iba a ser si estaba yo solo?

—¡Hum...! —dijo el juez un poco vacilante. Pero enseguida agregó, cobrando aliento:

—Sin duda ha pensado usted conmovirme con esa historia de salvamento.

—Nada de eso, señor. Me pregunta usted y yo contesto; he ahí todo.

—Está bien. Pero dígame usted, ¿antes de que ocurriera ese incidente, no había abandonado usted la embarcación?

—Una vez tan sólo para ir a mi casa en Szalka.

—¿Podría precisar la fecha de esa excursión?

—Permítame usted que haga memoria.



—Voy a ayudarle. ¿No sería acaso durante la noche del veintiocho al veintinueve de agosto último?

—Puede ser.

—¿No lo niega usted?

—No.

—¿Lo confiesa?

—Si usted quiere...

—Estamos de acuerdo... Szalka se encuentra sobre la orilla izquierda del Danubio, ¿no es así?

—Efectivamente.

—¿Y estaba oscura la noche?

—Muy oscura; hacía un tiempo muy desapacible.

—Eso explica que usted se equivocara. Es un error perfectamente natural que, creyendo usted arribar a la orilla izquierda desembarcara en la derecha.

—¿En la derecha?

El señor Roña se levantó de pronto y, clavando sus ojos en el detenido, dijo:

—Sí, en la orilla derecha, enfrente precisamente de la quinta del conde Hagueneau.

Serge Ladko, con la mejor buena fe, trató de buscar entre sus recuerdos... ¿Hagueneau...? No conocía aquel nombre.

—Es usted muy fuerte —declaró el juez, que había sufrido una decepción en su intento de intimidar al acusado—. Quedamos, pues, en que es ésta la primera vez que oye usted pronunciar el nombre del conde Hagueneau, y que si en el transcurso de la noche del veintiocho al veintinueve de agosto su quinta fue saqueada y gravemente herido su guarda Christian Hoel, usted nada sabe de ello. ¿Dónde diablos tenía yo la cabeza? ¿Cómo había de tener usted conocimiento de esos crímenes cometidos como han sido por un tal Ladko...? ¡Ladko, qué demonio, no es su nombre!

—Mi nombre es Ilia Brusch —afirmó el piloto con menos firmeza que la primera vez.

—¡Muy bien, muy bien...! Estamos de acuerdo... Pero, entonces, si usted no se llama Ladko, ¿por qué desapareció usted precisamente después de la perpetración de ese crimen, para no volver a romper el incógnito (aunque muy modestamente) más que a una distancia bastante respetable de la región del primero? ¿Por qué no se le ha vuelto a ver ni en Budapest ni en ninguna otra ciudad de importancia? ¿Por qué abandonó usted su papel de pescador, hasta el extremo de comprar el pescado que vendía luego en los pueblos a que arribaba?

Todo aquello era hebreo puro para el malaventurado piloto.

Si había desaparecido era bien a su pesar.

Este error, cuando menos, sería bastante fácil de disipar; bastaría para ello con referir sinceramente la inverosímil aventura de que había sido víctima. Tal vez la justicia sería más clarividente y pudiera muy bien ser que llegase a desenredar la madeja de aquel embrollo.

Firmemente decidido a hacer este relato, Serge Ladko esperaba impaciente que el juez le permitiera decir una palabra.

Pero el juez se había lanzado a todo vapor. Paseábase ahora de un lado a otro de su despacho, lanzando al rostro de su prisionero una oleada de argumentos que juzgaba triunfantes.

—Si usted no es Ladko, ¿cómo es que después del saqueo de la quinta del conde Hagueneau se cometiera otro robo en Szuszek, en la noche del cinco al seis de setiembre, cuando usted debía encontrarse cerca de ese pueblo? Y, por fin, si usted no es Ladko, ¿qué hacía en su barca un retrato de Natcha Ladko?

El señor Roña esta vez había acertado y el único argumento era, en efecto, triunfante.

El piloto, rendido, había bajado la cabeza, y gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente.

El juez, sin embargo, proseguía diciendo en voz más alta cada vez:

—Si usted no es Ladko, ¿por qué desapareció ese retrato el día en que usted se sintió amenazado? ¿Qué tiene usted que

responder?

—Nada. No comprendo nada de lo que me sucede.

—Comprenderá usted perfectamente si se toma la molestia de pensar en ello. Por el momento interrumpiremos esta interesante conversación. Va usted a ser conducido de nuevo a su celda, en la que tendrá tiempo de entregarse a sus reflexiones. Recapitularemos entretanto el interrogatorio de hoy. Pretende usted: primero, llamarse Iliá Bruschi; segundo, haber obtenido el premio en el concurso de pesca de Sigmaringen; tercero, residir en Szalka; cuarto, haber estado en su casa en Szalka en la noche del veintiocho al veintinueve de agosto pasado. Todos estos puntos serán comprobados. Yo, por mi parte, pretendo: primero, que su nombre es el de Ladko; segundo, que su domicilio es Rustchuk; tercero, que en la noche del veintiocho al veintinueve de agosto último, con ayuda de numerosos cómplices, saqueó usted la quinta del conde Hagueneau y se hizo reo de una tentativa de homicidio en la persona del guarda de dicha quinta, Christian Hoel; cuarto, que un robo del que el llamado Kellermann, de Szuszek, fue víctima en la noche del cinco al seis de setiembre, debe ser colocado en el pasivo de usted; quinto, que deben serle imputados otros numerosos robos y homicidios cometidos en las regiones bañadas por el Danubio. La instrucción de estos crímenes está abierta; se hallan citados los testigos y será usted puesto en presencia de ellos... ¿Quiere usted firmar el interrogatorio...? ¿No...? Como usted guste... ¡Guardias, conduzcan al detenido!

Para volver a su prisión, tuvo Serge Ladko que pasar otra vez por en medio de la muchedumbre y sufrir nuevamente sus vociferaciones hostiles. La cólera popular parecía haber aumentado mientras duró el interrogatorio, y la policía viose precisada a hacer algunos esfuerzos para proteger al prisionero.

En la primera fila de aquella muchedumbre alborotada estaba Ivan Striga.

Devoró éste con los ojos al individuo que con tanta complacencia ocupaba su puesto; el piloto pasó a dos metros de él y pudo

observarle cómodamente.

No reconoció a aquel individuo imberbe de cabellos negros, cuya cara estaba adornada con unos anteojos, y sus perplejidades no se atenuaron.

Alejóse Striga pensativo, con el resto de la multitud, cuando las puertas de la cárcel se cerraron tras el prisionero.

Decididamente no conocía al detenido; en todo caso, no era ni Karl Dragoch ni Serge Ladko; ¿qué le importaba, por consiguiente, que fuese Ilia Brusch o que fuese otro cualquiera?

En vista de ello, resolvió partir a la mañana siguiente para su barco.

Pero, al despertar, la lectura de los periódicos le hizo cambiar de opinión.

El asunto Ladko había sido llevado en el secreto más riguroso, y eso constituía una razón poderosa para que la prensa se ingeniase por todos los medios posibles la manera de penetrar el misterio. Habíalo logrado; su cosecha de informaciones era muy amplia y abundante. Relataban, en efecto, los periódicos el primer interrogatorio y hacían comentarios que no eran nada favorables al acusado.

Extrañábase de la obstinación del procesado en afirmar que era un pescador llamado Ilia Brusch. Según ellos, el juez de instrucción había enviado ya una requisitoria a Gran, y pronto se trasladaría a Szalka un funcionario judicial para comprobar las aseveraciones del detenido.

Esta última noticia modificó los proyectos de Ivan Striga.

Cierto que era una gran cosa que la justicia persiguiese a un inocente; pero mejor aún sería que continuase en su poder; ¿qué se necesitaba para eso? Presentar ante ella a un Ilia Brusch de carne y hueso, que dejaría *ipso facto* convicto de impostura al verdadero Ilia Brusch.

Sin aguardar más, abandonó Striga la ciudad para realizar sus maquiavélicos planes.

Durante aquel tiempo, Serge Ladko, guardando su inmovilidad acostumbrada, contaba tristemente las horas.

De su primera entrevista con el juez había vuelto lleno de terror ante la gravedad de las acusaciones que pesaban sobre él. Cierto que con el tiempo no podría menos de resaltar su completa inocencia; pero sería necesario armarse de paciencia, pues no podía desconocer que las apariencias estaban en su contra.

Muchos días transcurrieron, durante los cuales Serge Ladko se vio solo con sus pensamientos; por fin, siete días después de su primer interrogatorio, fue introducido de nuevo en el despacho del juez, que parecía muy ocupado.

Durante diez minutos dejó al piloto de pie, como si hubiera ignorado que estaba allí.

—Hemos recibido la respuesta de Szalka —dijo al cabo con tranquilidad, sin alzar siquiera los ojos sobre el prisionero, a quien espiaba, sin embargo, cuidadosamente.

—¡Ah! —dijo Serge Ladko con satisfacción.

—Tenía usted razón. Existe, en efecto, en Szalka un individuo llamado Iliá Brusck, que goza de la mejor reputación.

—¡Ah...! —dijo por segunda vez el piloto, que veía ya abierta la puerta de su prisión.

El juez, mostrándose cada vez más indiferente, murmuró, sin que, al parecer, le concediera importancia.

—El comisario de policía de Gran, encargado de darnos la información, ha tenido la suerte de hablarle a él mismo.

—¿A él mismo? —preguntó Ladko, sin comprender.

—A él mismo.

Serge Ladko creía estar soñando. ¿Cómo era posible que hubieran encontrado otro Iliá Brusck en Szalka?

—Eso no es posible, señor —respondió, balbuciente—; en todo eso no puede menos de haber algún error.

—Juzgue usted mismo; he aquí el informe del comisario de policía de Gran. De él resulta que este magistrado se trasladó a Szalka el catorce de setiembre y que estuvo en la casa que usted

indicó, donde fue recibido por el señor Ilia Brusch en persona, quien declaró que había vuelto muy recientemente tras una larga ausencia. Añade el magistrado que los informes que ha podido recoger acerca del señor Ilia Brusch tienden a establecer su perfecta honradez; y que ningún otro habitante de Szalka lleva ese nombre... ¿Tiene usted algo que decir?

—No, señor —dijo Serge Ladko, que sentía que se volvía loco.

—He aquí, pues, un primer punto perfectamente claro —concluyó diciendo con satisfacción el señor Roña, que miraba a su prisionero como el gato debe mirar al ratón.

XIV

ENTRE CIELO Y TIERRA

Cuando acabó su segundo interrogatorio, Serge Ladko volvió a su celda sin saber lo que hacía; apenas si había oído las preguntas que le dirigiera el juez después de haberle dado cuenta del resultado que había tenido la requisitoria enviada a Szalka, y sólo había contestado a aquellas preguntas de una manera instintiva y automática.

Lo que estaba pasando excedía los límites de su inteligencia; nada comprendía y nada podía explicarse.

Encarcelado a bordo de una gabarra por misteriosos enemigos, no recobró su libertad más que para perderla enseguida; y he aquí ahora que en Szalka se encontraba otro Iliá Brusck, es decir, otro él mismo, y en su propia casa... ¡Todo aquello parecía cosa de magia y fantasmagoría!

Estupefacto, aturdido por aquella sucesión de acontecimientos inexplicables, experimentaba la sensación de ser el juguete de potencias superiores y hostiles, de verse invenciblemente arrastrado, cual presa inerte y sin defensa, entre los engranajes de esa máquina formidable que se llama la Justicia.

Con tanta elocuencia expresaba su semblante aquella depresión, aquella anulación de toda energía, que uno de los guardias que le daban escolta no pudo menos de sentirse conmovido, aunque consideraba a su prisionero como el más abominable criminal.

—¿No marchan las cosas como usted quisiera, camarada? — inquirió, tratando de poner en su voz y en sus palabras alguna

ternura, aquel funcionario habituado, no obstante, por su profesión al espectáculo de las miserias humanas.

El resultado que obtuvo fue el mismo exactamente que si hubiera hablado a un sordo.

—¡Vamos, hombre! —prosiguió diciendo el compasivo guardia—. No hay que amilanarse. El señor Izar Roña no es un mal sujeto y todo tal vez llegará a arreglarse mejor de lo que usted piensa... Mientras ese caso llega, voy a dejarle aquí esto... Ahí se habla de su país, y eso le distraerá.

El prisionero continuó en silencio; no se había enterado de nada.

No se enteró tampoco de que la puerta se cerraba y se corrían los cerrojos; ni vio asimismo el periódico que el guardia, traicionando así, sin creer que hacía mal, la incomunicación rigurosa a que estaba sometido el prisionero, había depositado al marcharse sobre la mesa.

Transcurrieron muchas horas; terminó el día, la noche, y asomó, por fin, una nueva aurora.

Caído sobre su silla, Serge Ladko no tenía conciencia de que el tiempo corría.

Sin embargo, cuando un rayo de sol vino a herir su rostro, pareció salir de aquella atonía e indiferencia; abrió los ojos y sus miradas vagaron errantes y distraídas por la celda.

Lo primero que vio entonces fue el periódico que el día antes había dejado allí el compasivo guardia.

Estaba el periódico en la misma posición en que el guardia lo había dejado, destacándose un rótulo impreso en gruesos caracteres por debajo del título.

El rótulo decía: «Las matanzas de Bulgaria», y sobre él cayó la primera mirada de Serge Ladko.

Dio un salto y se apoderó febrilmente del periódico, comenzando a leer lleno de emoción.

Los sucesos que entonces averiguó eran en el mismo instante comentados por toda Europa y producían un grito general de reprobación y de horror.

Mientras leía el relato de aquellos acontecimientos, gruesas gotas de sudor corrían por su semblante...

¡Natcha...! ¿Qué habría sido de Natcha en medio de aquella tremenda y espantosa catástrofe...?

¿Vivía aún...?

¿Estaría muerta, por el contrario, y su destrozado cadáver cortado en pedazos, como el de tantas otras inocentes víctimas, se vería arrastrado por el lodo, aplastado bajo los pies de los caballos de los bárbaros opresores?

Serge Ladko se había levantado y, semejante a una bestia feroz encerrada en una jaula, corría furiosamente en torno de la celda, como si hubiera querido encontrar una salida para huir y correr presuroso en ayuda de Natcha.

No duró mucho, sin embargo, aquel acceso de rabiosa e impotente desesperación.

Habiendo recobrado pronto el dominio de sí mismo y adquiriendo de nuevo, merced a un poderoso esfuerzo, su acostumbrada calma, buscó, con una inteligencia lúcida ya, los medios de recuperar su libertad perdida.

¿Pediría que se le llevase a presencia del juez para confesarle, sin rodeos, toda la verdad e implorar, en caso necesario, su compasión?

Mal medio; ¿qué probabilidades tenía de obtener la confianza de un espíritu prevenido en contra, después de haber perseverado durante tan largo tiempo en la mentira? ¿Estaba en su poder el destruir con una sola palabra la sospecha afecta a su nombre de Ladko y destruir en un momento las acusaciones que sobre él pesaban?

No; por lo menos habría de ser necesario abrir una información, y esta información, con las investigaciones consiguientes, exigiría algunas semanas, si no algunos meses, dadas las dificultades que presentaban.

Era necesario, por consiguiente, tratar de huir. Por primera vez desde que había entrado, Serge Ladko examinó su celda.

Pronto acabó su examen.

Cuatro paredes, en las que había dos aberturas; de un lado la puerta, y la ventana del otro. Detrás de tres de aquellas paredes, otras celdas y otros calabozos; tan sólo detrás de la ventana se encontraban el espacio y la libertad.

No era cosa fácil el huir por la ventana, que estaba bastante alta y tenía además gruesos barrotes; y no era éste el único obstáculo, como se entenderá fácilmente.

A juzgar por las escaleras que había tenido que subir y bajar cuando fue encerrado y cuando hubo de ser conducido a la presencia del juez, Serge Ladko se creía encerrado en el cuarto piso de la cárcel.

Doce o catorce metros, cuando menos, debían separarle del suelo: ¿sería posible franquearlos?

Impaciente por saber a qué atenerse acerca de este particular, resolvió ponerse enseguida a la faena y hacer todos los esfuerzos que pudiera para salir de dudas.

Previamente, empero, érale preciso proporcionarse un instrumento de trabajo.

Todo se le había quitado al ser encerrado en la cárcel, y en su calabozo nada había que pudiera servirle de ayuda: una mesa, una silla y una cama, representada por un mísero jergón de paja; éste era todo su mobiliario.

Inútilmente buscó Serge Ladko durante mucho tiempo, pero al registrar por centésima vez sus vestidos, su mano tropezó al fin con un cuerpo duro.

Ni sus carceleros ni él habían pensado en una cosa tan insignificante como la hebilla de un pantalón. ¡Cuánta importancia adquiriría a la sazón aquella cosa insignificante, único objeto metálico que se hallaba en su poder!

Habiendo arrancado esta hebilla, Serge Ladko inmediatamente atacó la pared al pie de uno de los barrotes; y la piedra, obstinadamente herida por el acero, comenzó a caer al suelo convertida en polvo.

Este trabajo, ya de por sí lento y muy fatigoso, hallábase todavía complicado por la incesante vigilancia a que estaba sometido el prisionero.

No pasaba una hora sin que uno de los guardias acudiese a acechar por la mirilla de la puerta; de ahí la necesidad de estar siempre con el oído alerta hacia los ruidos exteriores, y a la menor señal de peligro, interrumpir el trabajo haciendo desaparecer toda huella sospechosa.

Para este último objeto, Serge Ladko utilizaba su pan.

Este pan, amasado con el polvillo que caía de la pared, adquirió, de un modo bastante satisfactorio, el color de la piedra, y sirvió muy bien para disimular el agujero a medida que se iba formando.

En cuanto al polvo que de aquella manera se producía, ocultábalo cuidadosamente bajo su lecho.

Después de doce horas de esfuerzos sostenidos, el barrote había quedado al descubierto en una altura de tres centímetros, pero desgraciadamente la hebilla no presentaba ya ninguna angulosidad.

Serge Ladko la rompió y de los trozos hizo otros tantos instrumentos con los que poder continuar su trabajo; doce horas después habían desaparecido a su vez aquellos menudos pedazos de acero, gastados contra la piedra.

Por suerte, la fortuna que había sonreído ya al prisionero parecía no querer abandonarle por aquella vez.

En la primera comida que se le sirvió, se arriesgó a guardar un cuchillo de mesa, y no habiéndose percatado nadie de aquel pequeño hurto, al día siguiente repitió la operación con el mismo éxito.

Encontrábase así en posesión de dos instrumentos más eficaces que los anteriores. A decir verdad, sólo se trataba de dos cuchillos muy groseramente fabricados; sus hojas, no obstante, eran bastante buenas y los mangos de que se hallaban dotadas facilitaban su manejo.

El trabajo, a partir de entonces, marchó más de prisa, aun cuando muy lentamente todavía.

El cemento con el tiempo había adquirido la dureza del granito. A cada instante, además, debía ser interrumpido el trabajo, ya a causa de una ronda de los carceleros, ya a consecuencia de una llamada del juez, que multiplicaba los interrogatorios.

El resultado de esos interrogatorios era siempre el mismo, con pequeñísimas diferencias.

En cada sesión había un desfile de testigos, cuyas declaraciones no aportaban ninguna luz al sumario.

Si los unos parecían encontrar alguna vaga semejanza entre Serge Ladko y el malhechor que, más o menos claramente, habían ellos visto el día en que habían sido sus víctimas, otros negaban de un modo categórico esa semejanza.

En vano era que el señor Roña hiciese que el detenido se disfrazase de mil maneras; no lograba obtener un solo testimonio. Por eso estaba esperando con impaciencia suma que el estado de Christian Hoel, herido en el último atentado de la banda del Danubio, le permitiese trasladarse a Semlin.

Cuatro días necesitó Serge Ladko para dejar al descubierto todo el barrote.

Solamente en la tarde del día 23 de setiembre hubo de serle posible el llegar a la extremidad inferior. Tratábase ahora de serrar la extremidad opuesta.

Esta parte del trabajo era la más difícil y penosa.

Colgado con una mano de otro de los barrotes, Serge Ladko tenía que activar con la otra el vaivén de su instrumento; instrumento éste que, siendo como era una sencilla hoja de cuchillo, desempeñaba bastante mal su papel de sierra.

Aquella posición, por otra parte, era bastante fatigosa y le obligaba con frecuencia a descansar.

El día 29 de setiembre, por fin, sólo quedaban algunos milímetros del barrote, y éste podría saltar fácilmente con un fuerte tirón.

Era tiempo: la hoja del segundo cuchillo veíase reducida a un tenue hilo.

A la mañana siguiente, en uno de los intervalos de las rondas, pudo asomar la cabeza a través de la ventana.

Como había supuesto, unos catorce metros le separaban del suelo.

No era tanta esta distancia que no pudiera ser franqueada, siempre que se poseyese una cuerda de suficiente longitud. El llegar hasta el suelo no constituía más que una dificultad, pues quedaban otras.

Como Serge Ladko pudo ver, la cárcel estaba rodeada por un camino de ronda limitado por una muralla de unos ocho metros de altura, y más allá de esa muralla debía de haber una calle, a juzgar por la distancia que la separaba de los techos de las casas que desde allí se descubrían.

¿Cómo podría arreglárselas para saltar aquella muralla y llegar a la calle?

El prisionero dirigió sus miradas hacia la izquierda.

En esa dirección descubrió el Danubio, y hasta pudo reconocer su propia barca, que no era, al parecer, objeto de vigilancia particular, lo que era una verdadera fortuna para el caso en que llegase a lograr su libertad; pues, gracias a ella, en menos de una hora habría franqueado la frontera, y ya en territorio serbio, se reiría de la justicia austrohúngara.

Volvió entonces sus miradas hacia la derecha, y enseguida observó una particularidad que le obligó a fijarse más detenidamente en ella.

Retenido de trecho en trecho por sólidas abrazaderas, un tubo de hierro —el cable de un pararrayos probablemente— pasaba cerca de su ventana para ir a hundirse en el suelo.

Aquel tubo de hierro haría el descenso bastante fácil, si se lograba llegar hasta él; empresa ésta que no era imposible, teniendo en cuenta que aproximadamente al nivel del suelo de su celda se

descubría una especie de cornisa que rodeaba toda la fachada y que tendría unos veinte o veinticinco centímetros de ancho.

Pero quedaba aún la muralla.

Examinándola con atención, observó que esta muralla presentaba en su parte superior algunas piedras salientes, restos tal vez de antiguas almenas.

Después de una larga contemplación de estos y otros pormenores, Serge Ladko se dejó resbalar por el antepecho de la ventana y volvió a su celda, apresurándose a hacer desaparecer toda huella comprometedora.

Su partido estaba tomado; lo arriesgaría todo, hasta la vida, para conquistar la libertad.

El día 1 de octubre había hecho ya sus últimos preparativos y se había provisto de una cuerda sólida de catorce a quince metros de largo, valiéndose al efecto de las ropas de la cama bien trenzadas.

Hallándose ya todo dispuesto, resolvió efectuar la evasión a las nueve de aquella misma noche.

La suerte, sin embargo, tenía reservada una última y dura prueba.

Serían las tres de la tarde cuando los cerrojos de su puerta se descorrieron con gran estrépito.

¿Qué se querría de él a aquella hora?

Serge Ladko pudo ver a través de la puerta, además de uno de sus habituales carceleros, un grupo de tres personas que le eran del todo desconocidas: una señora muy joven, de fisonomía dulce y simpática; un hombre, que debía de ser su marido, y otro hombre, que, a juzgar por la actitud del carcelero, debía de ser el director de la cárcel.

Era evidente que se trataba de una visita.

—El que en la actualidad ocupa esta celda —dijo el director—, no es otro que el famoso Ladko, jefe de la banda del Danubio.

Hizo a continuación notar a los visitantes el buen orden de la celda y su limpieza.

En el calor de su discurso, atravesó el umbral y fue a colocarse bajo la ventana.

De pronto, el corazón de Serge Ladko cesó de latir.

Sin darse cuenta, el orador rozó el sitio atacado por el prisionero, y un poco de cemento empezó a caer en fino polvillo...

Quebrantado por otro movimiento, pronto fue la miga de pan la que cayó sobre el pavimento, dejando al descubierto la extremidad del barrote.

¿Lo había visto alguien?

Sí; alguno lo había visto. En tanto que su marido y el director examinaban la miserable mesa como un objeto del mayor interés, la joven tenía fijos los ojos sobre la excavación practicada en la pared, y la expresión de su rostro mostraba bien a las claras que conocía el significado.

Iba a hablar... Con una sola palabra iba a destruir tantos y tan pacientes esfuerzos...

Serge Ladko estaba esperando y se sentía morir...

Un poco pálida, la joven alzó los ojos sobre el prisionero y le cubrió con su límpida mirada.

¿Vio ella las gruesas lágrimas que se escapaban de los párpados del miserable? ¿Comprendió su silenciosa súplica? ¿Tuvo conciencia de su horrible desesperación...?

Transcurrieron unos segundos verdaderamente trágicos, y de pronto la joven se volvió lanzando un grito de dolor...

Sus dos compañeros se precipitaron hacia ella; ¿qué le había pasado? Nada grave, afirmaba ella con temblorosa voz, y tratando de sonreír. Acababa de torcerse tontamente un pie; he ahí todo.

Mientras Serge Ladko iba a colocarse, sin que nadie parase mientes en ello, ante el barrote acusador, los visitantes se fueron y el carcelero corrió de nuevo los cerrojos.

Serge Ladko estaba solo.

El resto del día transcurrió sin otro incidente, y las nueve sonaron por fin en los lejanos relojes de la ciudad. La noche había llegado y

nubes espesas corrían por el cielo, contribuyendo a que la oscuridad fuera mayor.

Por los pasillos, un rumor que iba aumentando de intensidad anunciaba la aproximación de una ronda.

Llegada ésta ante la puerta, hizo alto; un guardia aplicó su ojo a la mirilla y se retiró satisfecho; el prisionero estaba durmiendo, tapado hasta los ojos; la ronda reanudó la marcha; el ruido de sus pasos fue decreciendo, hasta que desapareció por completo.

Había llegado el momento de obrar.

Serge Ladko saltó enseguida de la cama, disponiéndola de modo que en la penumbra de la celda simulase la presencia de un hombre acostado.

Hecho esto, proveyóse de su cuerda y se lanzó a la ventana poniéndose a caballo sobre el alféizar.

Las cornisas que decoraban el muro hallábanse situadas al nivel de cada uno de los pisos, de manera que desde el sitio en que se hallaba Serge Ladko había hasta ella bastante distancia.

El prisionero había previsto esta dificultad; pasó la cuerda por uno de los barrotes, conservando él en sus manos las dos extremidades, y se dejó resbalar, sin gran trabajo, hasta el saliente de la cornisa.

Esta cornisa era demasiado estrecha, y el prisionero no podía realizar libremente sus movimientos.

Buscó a tientas y pudo tropezar al fin con un hierro, que apenas sobresalía del muro, pero al que pudieron asirse sus dedos, permitiéndole así recobrar la cuerda.

Arriesgóse Serge Ladko a volver a medias su cabeza hacia la cadena de pararrayos, con cuyo auxilio había contado. ¡Cuál no sería su espanto al observar que cerca de dos metros separaban esta cadena del pie de la ventana!

A costa de muchos esfuerzos y sangre fría, pudo Serge Ladko llegar hasta la cadena y asirse a ella.

La primera dificultad estaba con ello vencida; quedaba ahora por vencer la segunda.

Dejóse Serge Ladko deslizar a lo largo de la cadena y se detuvo sobre una de las abrazaderas que la fijaban a la pared. Hizo allí un breve alto para poder reflexionar mejor acerca de cómo salir airoso.

El suelo era invisible en la noche, pero de abajo llegaba hasta Ladko el ruido de un paso regular; era evidente que un soldado estaba montando la guardia.

A juzgar por ese ruido creciente y decreciente, el centinela, después de haber seguido la parte del camino de ronda que iba a lo largo de aquella parte de la cárcel, continuaba enseguida por la parte que rodeaba otra fachada del edificio; luego volvía para recomenzar sin interrupción su ir y venir.

Serge Ladko calculó que la ausencia del soldado duraba de tres a cuatro minutos.

En este breve espacio de tiempo debía ser franqueada la distancia que le separaba de la muralla exterior.

Si por debajo de él adivinaba la cresta de la muralla, no podía sin embargo distinguir las piedras salientes que la decoraban.

Serge Ladko, dejándose deslizar un poco más abajo, se detuvo en una de las abrazaderas inferiores. Desde aquel punto dominaba todavía en dos o tres metros la muralla que se proponía atravesar.

Bien sostenido a la sazón, érale posible proceder por movimientos más rápidos.

Sólo un instante necesitó para desenrollar su cuerda, hacerla pasar por detrás de la cadena del pararrayos y anudar las dos puntas de modo que formase una verdadera correa sin fin.

Trató entonces de pasarla por alguna de las piedras salientes de la muralla.

La empresa no era nada fácil; en medio de aquella oscuridad profunda que le ocultaba el objeto, sólo podía contar en su favor con la casualidad.

Más de veinte veces había lanzado la cuerda sin resultado cuando por fin notó que oponía resistencia y que a pesar de sus tirones no cedía. La tentativa, por consiguiente, había resultado

bien; había una especie de pasadera por encima del camino de ronda.

¡Pasadera muy frágil, con seguridad!

¿No se rompería o se arrancaría de la piedra?

Ni un instante siquiera vaciló Serge Ladko ante los posibles riesgos de la empresa.

En aquel momento pasaba el soldado por debajo precisamente del fugitivo; pronto dio la vuelta a la esquina y se extinguió el ruido de sus pasos.

Era preciso aprovecharse de su ausencia sin perder ni un segundo.

Serge Ladko avanzó por el camino aéreo. Suspendido entre cielo y tierra marchaba con un movimiento uniforme, y todo lo rápido posible, sin inquietarse del balanceo de la cuerda, cuya curvatura se acentuaba a medida que iba acercándose a la mitad del recorrido.

Quería pasar y pasaría.

Pasó, en efecto. En menos de un minuto franqueó el vertiginoso abismo y alcanzó la cresta de la muralla.

Sin tomarse un punto de reposo, apresuróse más y más, excitado por la certidumbre del éxito.

Apenas si habían transcurrido diez minutos desde que había abandonado su celda, pero le parecía que esos diez minutos habían durado una hora, y temía que una ronda acudiese a hacer la inspección. ¿No se descubriría entonces su evasión, a pesar de la manera como había dispuesto su lecho?

Importábale mucho alejarse cuanto antes. Su embarcación estaba allí, a dos pasos de él, y algunos golpes de remo le bastarían para ponerse fuera del alcance de sus perseguidores.

Interrumpiendo su tarea cada vez que el soldado pasaba por allí, Serge Ladko desanudó febrilmente su cuerda, la atrajo hacia sí, y habiéndola arrollado a una de las piedras salientes, comenzó su descenso, después de haberse asegurado de que la calle estaba desierta a la sazón.

Llegado felizmente a tierra, hizo caer enseguida a sus pies la cuerda y la arrolló formando un paquete. Todo estaba terminado; estaba libre y ninguna huella quedaría de su audaz evasión.

Pero en el momento de ir en busca de su barca, una voz se alzó de repente en el silencio de la noche.

—¡Pardiez! —dijo esa voz a menos de diez pasos—. ¡Es el señor Ilija Brusch, a fe mía!

Serge Ladko experimentó un sentimiento de placer. Decididamente la suerte se declaraba en su favor, ya que le enviaba el socorro de su amigo.

—¡Señor Jaeger! —dijo con voz gozosa, mientras un transeúnte salía de la sombra y se dirigía hacia él.

XV

CERCA DEL OBJETIVO

El 10 de octubre amaneció por novena vez desde que la barca había recommenzado su descenso por el Danubio.

Durante los ocho días anteriores habían quedado detrás cerca de setecientos kilómetros. Estaba ya cerca de Rustchuk y llegaría a él aquella tarde.

Nada parecía que hubiese cambiado a bordo.

La embarcación transportaba, igual que anteriormente, a los dos mismos compañeros, Serge Ladko y Karl Dragoch, convertidos otra vez, el uno en el pescador Ilija Bruschi y el otro en el dulce, inofensivo y afable señor Jaeger.

Esto no obstante, la manera de desempeñar en la actualidad su papel el primero de los dos citados personajes, hacía mucho más difícil de sostener el del segundo.

Obsesionado verdaderamente por el deseo de acercarse a Rustchuk, manejando el remo de día y de noche, Serge Ladko, en efecto, se olvidaba de las precauciones más elementales.

No tan sólo se había despojado de sus anteojos, sino que, habiendo suprimido también el afeitarse y el teñirse, dejaba que sus cabellos, descuidados durante el tiempo de su detención en la cárcel, se acentuasen con una claridad creciente.

Sus cabellos negros iban palideciendo de día en día, y su barba rubia comenzaba a alcanzar una longitud considerable.

Natural hubiera sido que Karl Dragoch manifestase alguna extrañeza al observar aquella transformación; y, no obstante, el

policía nada decía.

Decidido a seguir hasta el fin el camino en que había penetrado, había tomado el partido de no ver nada de aquello que pudiera resultar molesto.

Cuando se encontró frente a frente con el fugitivo, con Serge Ladko, las anteriores opiniones de Karl Dragoch habíanse visto poderosamente quebrantadas, y se sentía bastante menos inclinado que antes a admitir la culpabilidad de su antiguo compañero de viaje.

El incidente provocado por la requisitoria de Szalka había constituido la causa primera de este cambio.

Karl Dragoch, efectivamente, había procedido a informarse personalmente de lo que pudiera haber en Szalka.

Un poco más difícil de satisfacer y contentar que el comisario de policía de Gran, había interrogado con gran amplitud y minuciosidad a los habitantes de aquella población y las respuestas que de esta manera obtuvo no dejaron de inquietarle en sumo grado.

Que un individuo llamado Ilia Bruschi, cuya vida y costumbres eran de las más regulares, hubiese elegido su domicilio en Szalka y que hubiese abandonado esta población algún tiempo antes de celebrarse el concurso de pesca de Sigmaringen, constituía un primer punto cuya certeza era imposible poner en duda.

¿Había sido visto aquel Ilia Bruschi después de dicho concurso, y especialmente en la noche del 28 al 29 de agosto?

Acerca de este segundo punto los testimonios fueron evasivos. Si bien los vecinos más cercanos creían recordar, en efecto, que a fines de agosto habían visto una luz en la casa del pescador, cerrada a la sazón desde hacía más de un mes, no se atrevieron, sin embargo, a afirmar nada de un modo terminante.

Pero por vagos y vacilantes que fuesen semejantes informes, contribuyeron muy naturalmente a aumentar las perplejidades en que estaba sumido el policía.

Quedaba, con todo, un tercer punto que aclarar.

¿Quién era el personaje a quien el comisario de policía de Gran había hablado en el domicilio que indicara el detenido?

Sobre este particular, Dragoch no pudo obtener ninguna indicación. Siendo Iliá Bruschi bastante conocido en Szalka, era absolutamente preciso, si es que había ido realmente allí, que hubiese llegado y vuelto a marchar durante la noche, dado que nadie le había visto.

Semejante misterio, bastante sospechoso ya por sí mismo, llegó a serlo mucho más cuando Karl Dragoch pudo hablar con el dueño de una pequeña posada, en la cual durante la noche del 12 de setiembre, treinta y seis horas antes de la visita del comisario de policía de Gran, un desconocido había preguntado por la dirección de Iliá Bruschi.

El problema se hacía más complicado.

Complicóse más aún cuando este posadero, abrumado a preguntas, hubo dado del desconocido una filiación que correspondía rasgo por rasgo con la que, según el rumor publicado, debía atribuirse al jefe de la banda del Danubio.

Todo esto hizo que Karl Dragoch se quedase pensativo.

Tuvo instintivamente el sentimiento de que se hallaba en presencia de alguna maquinación tenebrosa, cuyo objeto le era desconocido, pero de la cual no era imposible que el detenido fuese la verdadera víctima.

Esta impresión se fortaleció cuando, a su regreso a Semlin, tuvo conocimiento de la marcha del proceso.

Después de veinte días de incomunicación, la instrucción, en suma, no había adelantado un paso. Ningún cómplice había sido descubierto, ningún testigo había reconocido de una manera formal al prisionero, contra el cual, por añadidura, continuaba no existiendo otro cargo que el hecho de haber tratado de modificar el aspecto de su rostro y el de haber estado en posesión de un retrato de mujer sobre el que figuraba el nombre de Ladko.

Estas presunciones, que corroboradas por otras habrían sido de gran valor, perdían, por el contrario, al encontrarse aisladas, mucha

de su propia importancia.

Bien podría ser, después de todo, que aquel disfraz y la presencia del retrato tuviesen una causa bien inocente.

En ese estado de espíritu Karl Dragoch era muy particularmente accesible a la piedad; por eso no había dejado de quedar muy conmovido por la cándida confianza de Serge Ladko, en una circunstancia en la que habría sido muy lógico que éste desconfiara de su más íntimo amigo.

¿Era imposible, por otra parte, poner de acuerdo ese sentimiento de piedad con sus deberes profesionales, tomando, como anteriormente, su puesto en la barca?

Si Ilia Brusch se llamaba en realidad Ladko y si ese Ladko era efectivamente un malhechor, Karl Dragoch, al unirse a él, haría perder la pista a sus cómplices. Si, por el contrario, era inocente, tal vez él mismo le llevara hacia los verdaderos culpables.

Estos razonamientos, un poco especiosos sin duda, no estaban desprovistos de toda lógica.

El aspecto miserable de Serge Ladko, el sobrehumano valor que debía de haber desplegado para realizar su fantástica evasión y el recuerdo, sobre todo, del servicio que con heroica sencillez le había prestado en las circunstancias que ya conocemos, hicieron lo demás.

Karl Dragoch debía la vida a aquel desdichado, que estaba ante él jadeante, ensangrentadas las manos y corriéndole el sudor por el rostro. ¿Iría él a arrojarle nuevamente en el infierno? El policía no pudo resolverse a ello.

—¡Venga usted! —dijo con sencillez, como respuesta a la gozosa exclamación del fugitivo, a quien arrastró hacia el río, muy cercano.

Pocas palabras se cambiaron entre ambos compañeros durante los ocho días que siguieron. Serge Ladko guardaba de ordinario silencio y concentraba todas las fuerzas de su ser para aumentar la velocidad de la embarcación.

En frases cortadas que era preciso arrancarle, hizo, no obstante, el relato de sus inexplicables aventuras desde que se habían separado en la confluencia del Ipoly.

Contó su larga detención en la cárcel de Semlin, sucediendo a un secuestro más extraño todavía a bordo de una gabarra desconocida. Mentían, por consiguiente, los que decían haberle visto entre Budapest y Semlin, ya que durante todo este recorrido había él estado encerrado, con los pies y las manos atados, en aquella gabarra.

Después de escuchar el relato de estos acontecimientos, las opiniones primitivas de Karl Dragoch evolucionaron más y más.

A su pesar establecía cierta relación entre la agresión de que había sido víctima Ilia Brusch y la intervención de un impostor en Szalka. Era indudable que el pescador estorbaba a alguien cuya filiación debía corresponder a la del verdadero jefe de los bandidos del Danubio.

De esta suerte iba poco a poco encaminándose Karl Dragoch hacia la verdad. Aun cuando no podía entonces comprobar sus deducciones, sentía, por lo menos, que de día en día decrecían las sospechas que en otro tiempo había concebido.

Ni por un instante, empero, se le ocurrió la idea de abandonar la barca para volver hacia atrás y recomenzar su investigación sobre bases nuevas.

Su olfato de policía le aseguraba que la pista era buena y que el pescador, inocente acaso, estaba mezclado de una manera o de otra en la historia de la banda del Danubio.

La tranquilidad, por lo demás, era perfecta en el alto río y la sucesión de los crímenes cometidos probaba que los autores de estos crímenes habían descendido a su vez el Danubio, por lo menos hasta los alrededores de Semlin.

Había, pues, muchas probabilidades para pensar que habrían seguido descendéndolo durante la detención de Ilia Brusch.

Sobre el particular no se equivocaba Dragoch.

Ivan Striga continuaba, en efecto, aproximándose al mar Negro, con doce días de delantera sobre la barca a la salida de ésta de Semlin. Pero esos doce días de adelanto iba perdiéndolos poco a poco, pues la distancia que separaba a ambas embarcaciones disminuía de un modo gradual y, día por día, hora por hora, minuto por minuto, la barca ganaba implacablemente terreno sobre la gabarra, bajo el furioso esfuerzo de Serge Ladko.

Este no tenía más que un objetivo: Rustchuk; una sola idea: Natcha.

Si se olvidaba de las precauciones que había tomado en un principio para guardar el incógnito, era porque en realidad ya no las creía necesarias. Y, por otra parte, ¿qué utilidad podrían reportar ahora tales precauciones? Después de su arresto, y evasión tan comprometedor era llamarse Iliá Bruschi como Serge Ladko.

Bajo cualquiera de estos nombres era imposible que en lo sucesivo pudiera introducirse en Rustchuk más que secretamente, so pena de verse preso en el acto.

Obsesionado por esta idea fija, durante aquellos ocho días no había prestado ninguna atención a las orillas del río.

Si bien es cierto que se había dado cuenta de que había pasado ante Belgrado, fue porque Belgrado indica la frontera serbia, donde expiraban los poderes del señor Izar Roña.

Pero después de eso no vio ya nada más.

No vio ni Semendria, antigua capital de Serbia, célebre por las viñas de que se halla rodeada; ni Colombals, donde existe una caverna, en la cual, según la leyenda, depositó san Jorge el cuerpo del dragón muerto por sus propias manos; ni Orsova, más allá de la cual el Danubio corre entre dos antiguas provincias turcas, que después han llegado a ser reinos independientes; ni las Puertas de Hierro, ese famoso desfiladero bordeado de murallas verticales de cuatrocientos metros de altura, donde el Danubio se precipita y se estrella con furor contra los bloques de que su lecho está sembrado.

De preferencia marchaba a lo largo de la orilla serbia, donde se creía en mayor seguridad; y, efectivamente, hasta la salida de las

Puertas de Hierro no fue inquietado por la policía.

Tan sólo en Orsova fue donde, por primera vez, un bote de la brigada fluvial intimó a la barca con la orden de detenerse inmediatamente.

Serge Ladko, sumamente inquieto, obedeció, preguntándose qué contestaría a las preguntas que de un modo inevitable se le iban a dirigir.

Ni siquiera se le interrogó. A una palabra de Karl Dragoch, el jefe del destacamento se inclinó con gran deferencia y no se hizo registro alguno.

No pensó siquiera el piloto en extrañarse de que un burgués de Viena dispusiese a su capricho de la fuerza pública; y sólo mostró alguna impaciencia al ver que se prolongaba la plática entre el agente y su pasajero.

De conformidad con las órdenes, tanto del señor Izar Roña, furioso por la evasión de su detenido, como del mismo Karl Dragoch, la policía del río había redoblado su vigilancia.

Interrogando Karl Dragoch a su subordinado, tuvo el sentimiento de saber que se había cometido un nuevo crimen dos días antes en territorio rumano, en la confluencia del Jirel, casi exactamente frente a la ciudad búlgara de Rahowa.

Ningún incidente turbó la última parte del viaje.

El día 10 de octubre, hacia las cuatro de la tarde, llegaba la barca, por fin, a la altura de Rustchuk, que se distinguía confusamente desde la orilla opuesta.

Ganó entonces el piloto el centro del río y enseguida, deteniendo, por primera vez después de tantos días, el movimiento de los remos, echó al fondo una pequeña ancla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Karl Dragoch, lleno de sorpresa por aquella inopinada detención.

—He llegado al término de mi viaje —respondió tranquilamente Serge Ladko.

—¿Y cómo es eso...? Me parece que no estamos aún en el mar Negro.

—Yo le engañé a usted, señor Jaeger —declaró sin rodeos ni ambages Serge Ladko—. Ni por un solo instante abrigué la intención de ir hasta el mar Negro.

—¡Hombre! —dijo el policía, cuya atención no pudo menos de despertarse.

—No... Yo emprendí el viaje con la idea de detenerme en Rustchuk. Ya hemos llegado.

—¿Dónde está Rustchuk?

—Allí —contestó el piloto, señalando con el dedo las casas de la ciudad, que se vislumbraban en la lejanía.

—¿Por qué entonces no vamos hasta allí?

—Porque me es de todo punto indispensable esperar a la noche. Estoy espiado y perseguido; durante el día correría el riesgo inminente de que me detuvieran en cuanto diera un paso.

He aquí una cosa que volvía a resultar interesante.

¿Hallaríanse, por ventura, justificadas las sospechas primitivamente concebidas por Karl Dragoch?

—Como en Semlin —murmuró después.

—Sí, como en Semlin —confirmó Serge Ladko, sin conmoverse lo más mínimo—; pero no por los mismos motivos. Yo soy un hombre honrado, señor Jaeger.

—No tengo la menor duda de ello, señor Ilia Bruschi, aun cuando muy rara vez sean buenas las razones que tiene uno para temer que lo arresten.

—Las mías lo son, señor Jaeger —afirmó fríamente Serge Ladko—. Dispéñeme usted si no me es posible revelarle todavía esas razones; me he jurado a mí mismo guardar el secreto, y lo guardaré.

Karl Dragoch manifestó su aquiescencia mediante un elocuente gesto.

El piloto continuó:

—Supongo, señor Jaeger, que no tendrá usted ningún deseo de verse mezclado en mis asuntos personales; si así lo quiere, podré dejarle a usted en territorio rumano; y de ese modo evitará los peligros a que yo he de verme expuesto en Rustchuk.

—¿Cuánto tiempo piensa usted permanecer en Rustchuk? — preguntó Karl Dragoch, sin contestar directamente.

—No lo sé. Si las cosas salen bien, habré vuelto a bordo antes de amanecer, y en ese caso no estaré solo. Si así no sucede, ignoro cuándo podré regresar.

—Le seguiré a usted hasta el fin, señor Brusch —declaró sin vacilar Karl Dragoch.

—Como quiera.

Al llegar la noche, desembarcó sobre la orilla búlgara, un poco antes de las últimas casas de la ciudad.

Ciego para cuanto le rodeaba, no notó que su compañero desaparecía bajo el toldo.

Tan pronto como hubo amarrado la barca, se alejó velozmente.

Muy poco después salió a su vez Karl Dragoch.

No había perdido el tiempo: ¿quién habría podido reconocer al policía de aspecto enérgico y seco en aquel palurdo de movimientos lentos y pesados, copia exacta de un campesino húngaro?

El policía siguió la pista del piloto: salió de caza una vez más.

XVI

LA CASA VACÍA

Cinco minutos después, Serge Ladko y Karl Dragoch alcanzaron las primeras casas.

No poseyendo, como no poseía en aquella época Rustchuk, a pesar de su importancia comercial, ninguna clase de alumbrado público, habríales sido difícil formarse una idea de la ciudad si lo hubieran querido; pero ni siquiera pensaban en ello.

Marchaba el primero con paso rápido, fijos los ojos ante sí, como si se hubiera sentido atraído por un objeto brillante en medio de la noche.

En cuanto al segundo, ponía tanta atención en seguir detrás del piloto, que ni siquiera vio a dos hombres que desembocaban por una callejuela en el instante de atravesarla.

Tan pronto como estos dos hombres se encontraron en el camino que va a lo largo del río, se separaron.

Alejóse el uno por la derecha.

—Buenas noches —dijo en búlgaro.

—Buenas noches —contestó el otro, que, girando hacia la izquierda, tropezó con Karl Dragoch.

Al sonido de aquella voz experimentó el policía una brusca sacudida.

Durante un segundo estuvo vacilando mientras seguía instintivamente su camino; luego, abandonando su persecución, se detuvo y dio la vuelta.

Todo un conjunto de dones, naturales o adquiridos, es absolutamente necesario al policía que tiene el deseo de no permanecer estacionario en los últimos grados de su profesión; pero la más preciosa de las múltiples cualidades que debe poseer es un perfecto adiestramiento de la vista y del oído.

Karl Dragoch poseía estas ventajas en el más alto grado.

Sus nervios auditivos y visuales constituían verdaderos aparatos registradores y nunca olvidaba sus sensaciones luminosas o sonoras, cualquiera que fuese la duración del tiempo transcurrido. Después de muchos meses, y hasta después de muchos años, reconocía al primer golpe un semblante apenas visto, o la voz que una sola vez había herido su tímpano.

Así precisamente ocurría respecto a una de las que acababa de oír, y en las presentes circunstancias no hacía tanto tiempo que se había encontrado ante su propietario para que hubiera de temerse un error.

Aquella voz, que en el claro del bosque, al pie del monte Pilis había resonado en sus oídos, era y constituía el hilo conductor inútilmente buscado hasta entonces.

Por ingeniosas que pudieran parecer, sus deducciones relativas a su compañero de viaje no eran al fin y al cabo otra cosa que puras hipótesis; aquella voz, por el contrario, le aportaba por fin una certidumbre. Entre lo probable y lo cierto era imposible la vacilación, y a esto se debió que el policía, abandonando su presa, se lanzase sobre una nueva pista.

—Buenas noches, Titcha —dijo en alemán Karl Dragoch cuando el hombre se halló cerca de él.

Detúvose éste sobresaltado, y tratando de penetrar con las miradas a través de la oscuridad de la noche.

—¿Quién me habla? —inquirió.

—Yo.

—¿Y quién es usted?

—Max Raynold.

—No le conozco.

—Pero yo sí que le conozco a usted, puesto que le he llamado por su nombre.

—Hombre, tiene usted razón. Pero vamos, que se necesita tener buena vista, camarada.

—La tengo excelente, en efecto.

El diálogo quedó interrumpido durante algunos momentos.

—¿Y qué desea usted? —preguntó Titcha.

—Hablarle; hablarle, sí, y no sólo a usted, sino también a otro. Mi estancia en Rustchuk no tiene otro objeto.

—¿No es usted, pues, de aquí?

—No. He llegado hoy.

—Buen momento ha elegido usted para venir —dijo Titcha, aludiendo sin duda a la anarquía que a la sazón reinaba en Bulgaria.

Dragoch, con un gesto de indiferencia, agregó:

—Soy de Gran.

Titcha guardó silencio.

—¿No conoce usted Gran?

—No.

—Es extraño, después de haber estado tan cerca.

—¿Tan cerca...? ¿De dónde saca usted que yo he estado alguna vez cerca de Gran?

—¡Pardiez! —dijo, riéndose, Karl Dragoch—. No está tan lejos, me parece, la quinta Hagueneau.

—¿La quinta Hagueneau? —balbució el otro, con un tono que quería parecer tranquilo—. Me pasa con ella exactamente lo mismo que lo que me pasa con usted, camarada; no la conozco en lo más mínimo.

—¿De veras? —respondió irónicamente Karl Dragoch—. Y el claro del bosque de Pilis, ¿tampoco lo conoce?

Acercándose Titcha con gran viveza, cogió por el brazo a su interlocutor.

—¡Más bajo, caramba! —dijo, sin tratar de disimular esta vez su emoción—. Se necesita estar loco para gritar de esa manera.

—No hay nadie.

—Nunca se sabe de cierto si hay alguien que pueda oír —dijo Titcha—. Pero, en fin, ¿qué es lo que usted quiere?

—Hablar con Ladko.

—¡Chist! ¿Se propone usted perdernos?

Karl Dragoch se echó a reír.

—Hombre, 110 sé cómo vamos a poder entendernos si nos quedamos mudos como estatuas.

—Hay cosas que no deben decirse a gritos en medio de la calle. Hay que tener precaución.

—No es mi propósito hablar con usted en medio de la calle. Vámonos a otra parte.

—¿Adónde?

—A cualquier parte, eso importa poco. ¿No habrá alguna taberna por estas inmediaciones?

—A muy pocos pasos de aquí.

—Pues vamos allá.

—Vamos; sígame.

Cincuenta metros más lejos, ambos compañeros llegaron a una plazuela. Frente a ellos se descubría una ventana iluminada que brillaba débilmente en medio de la noche.

—Allí está —dijo Titcha.

Abierta la puerta, entraron en la desierta sala de un modesto café provisto de una docena de mesas.

—Aquí estaremos perfectamente a nuestras anchas —dijo Karl Dragoch al sentarse.

El dueño del establecimiento corrió presuroso al encuentro de sus inesperados clientes.

—¿Qué vamos a tomar...? Soy yo quien convida —dijo el policía, golpeando en su bolsillo.

—¿Un vaso de *rackía*? —propuso Titcha.

—Vaya por la *rackía*... ¿Y ginebra...? ¿No le parece que no nos vendría mal un poco de ginebra?

—Me parece muy bien.

En tanto que el dueño del café se apresuraba a servir a sus parroquianos, Karl Dragoch, con una rápida mirada, trató de calcular las fuerzas del adversario con quien tenía que combatir.

Muy pronto quedó juzgado.

Anchas espaldas, cuello de toro, frente estrecha, cubierta de espesos cabellos grises; perfectísimo ejemplar, en una palabra, de luchador de baja extracción; era un verdadero bruto el que tenía ante él.

Tan pronto como les fueron llevadas las botellas y dos vasos, Titcha volvió a reanudar la conversación en el punto mismo en que la habían interrumpido.

—¿Dice usted que me conoce?

—Naturalmente.

—¿Y que conoce el negocio de Gran?

—Ya lo creo; como que ambos trabajamos en él.

—No es posible.

—Lo es.

—No comprendo absolutamente nada de esto —murmuró Titcha, que buscaba de la mejor buena fe en sus recuerdos—. Nosotros, sin embargo, no éramos más que ocho...

—Perdón, amigo —interrumpió Karl Dragoch con gran tranquilidad—, éramos nueve, y yo uno de ellos.

—¿Dice usted que puso mano en el asunto? —insistió Titcha, poco convencido aún.

—Sí, hombre, sí; en la quinta primero y después en el claro del bosque. Hasta fui yo uno de los que condujeron la carreta.

—¿Con Vogel?

—Con Vogel.

Titcha reflexionó un momento.

—No puede ser —dijo al acabar su meditación—. Recuerdo que era Kaiserlick el que estaba con Vogel.

—Le repito que no —dijo Dragoch sin inmutarse lo más mínimo—; Kaiserlick se quedó con ustedes.

—¿Está usted seguro?

—Completamente seguro.

Titcha parecía perturbado.

No brillaba el bandido precisamente por la inteligencia. Sin darse cuenta de que acababa él mismo de revelar la existencia de Vogel y de Kaiserlick al pretendido Max Reynold, consideraba como una prueba de gran fuerza el que este último conociese también sus nombres.

—¿Un vaso de ginebra? —propuso Dragoch.

—Eso no se rechaza nunca.

Vació el vaso de un solo trago.

—Es curioso —murmuró, medio convencido ya—. Es realmente la primera vez que mezclamos a un extraño en nuestros asuntos.

—Para todo hace falta comenzar. Dejaré de ser un extraño cuando sea definitivamente admitido en la banda.

—¿Qué banda?

—Es inútil el disimulo, camarada, pues que ya le he dicho que es cosa convenida.

—Y ¿qué es lo convenido?

—Que seré de los vuestros.

—¿Convenido con quién?

—Con Ladko.

—Cállese usted, hombre —interrumpió con viveza—; ya le dije que no debía pronunciarse ese nombre.

—En la calle, bueno; pero ¿aquí...?

—Aquí, como en cualquier otra parte; en la ciudad, se entiende.

—¿Por qué?

Pero Titcha conservaba aún un resto de desconfianza.

—Si se lo preguntan a usted —contestó prudentemente—, diga usted que lo ignora, camarada. Sabe usted indudablemente muchas cosas, pero todavía no lo sabe todo, como ahora veo, y no es a un viejo zorro como yo a quien sacará usted las palabras del cuerpo.

Titcha se equivocaba de medio a medio; no era él capaz de luchar ventajosamente con un hombre como Karl Dragoch, y el viejo zorro había encontrado uno que sabía más que él.

No era la sobriedad su cualidad dominante, y el policía, tan pronto como hizo este descubrimiento, se había ingeniado bastante bien para poder sacar partido de aquel defecto de su adversario: sus repetidas libaciones habían dado cuenta de la resistencia, no muy poderosa por lo demás, del bandido.

Los vasos de ginebra sucedían a los vasos de *rackía* y recíprocamente.

Ya se dejaban sentir los efectos del alcohol. Los ojos de Titcha estaban ya turbios, su lengua más torpe y pesada y menos despierta su prudencia.

Ahora bien: todo el mundo sabe cuán resbaladiza es la pendiente de la embriaguez, y de ordinario, cuanto más se bebe más se quiere beber.

—Decíamos, pues —dijo Titcha con voz pastosa—, que es una cosa convenida con el jefe.

—Sí —declaro Dragoch.

—El jefe ha hecho bien —dijo Titcha, que bajo la influencia de la borrachera se puso a tutear a su interlocutor—. Tienes tú todo el aspecto de un buen camarada.

—Bien puedes asegurarlo.

—Sólo que... hay una cosa... No podrás ver al jefe.

—¿Por qué no podre verle?

—Porque ha partido.

—¿No está en Rustchuk?

—Ya no.

—¿Ya...? ¿Ha venido, pues?

—Hace cuatro días.

—¿Y ahora?

—Sigue descendiendo el río con la gabarra hasta que llegue al mar.





—¿Cuándo volverá?

—Dentro de quince días.

—¡Quince días de retraso...! ¡Vaya una cosa bien fastidiosa! No contaba con ese contratiempo.

—¿Tienes prisa, por lo tanto, por entrar en la compañía? — preguntó Titcha, riendo a carcajadas.

—¡Caramba, ya lo creo...! Yo soy un mísero campesino, y con el golpe de Gran gané en una sola noche más de lo que gano en un año trabajando la tierra.

—Y eso te ha abierto el apetito.

A este punto pareció darse cuenta Dragoch de que el vaso de su interlocutor estaba vacío, y se apresuró solícitamente a llenarlo de nuevo.

—¡Pero, hombre, tú no bebes nada, querido camarada...! ¡Vaya, a tu salud!

Abundante en verdad era la cosecha de informes recogida ya por el policía.

Sabía de cuántos afiliados se componía la banda del Danubio; ocho, al decir de Titcha; sabía el nombre de tres de ellos, de cuatro, comprendiendo el jefe; conocía su destino, el mar, en el que un buque cualquiera se encargaría sin duda del botín; y sabía cuál era la base de operaciones: Rustchuk.

Cuando Ladko volviese a Rustchuk, dentro de quince días, estarían tomadas todas las disposiciones debidas para que pudiera ser atrapado en el acto, a menos que pudiera lograrse echarle mano en una de las bocas del Danubio.

Muchos puntos y muy interesantes quedaban todavía oscuros, a pesar de todo lo que había adelantado.

Karl Dragoch pensó que tal vez fuera posible aclarar uno, cuando menos, de aquellos puntos, aprovechándose para ello del estado de embriaguez en que se hallaba su interlocutor.

—¿Por qué, pues —preguntó, fingiendo gran indiferencia, después de unos instantes de silencio—, por qué no querías tú hace un momento que yo pronunciase el nombre de Ladko?

Completamente borracho ya, Titcha miró con cierta ternura a su compañero, al cual, en un súbito acceso de afecto, tendió cariñosamente la mano.

—Voy a decírtelo —respondió balbuciente—, y voy a decírtelo, porque tú eres un amigo.

—Sí, un verdadero amigo —afirmó Karl Dragoch, correspondiendo al apretón de manos del borracho.

—Un hermano.

—Sí.

—Un camarada alegre y divertido.

—Sí.

Titcha dirigió los ojos hacia las botellas.

—Un vaso de ginebra.

—Se terminó.

Juzgando que el adversario se hallaba en su punto, y temiendo verle rodar borracho perdido, el policía se las había arreglado para tirar una buena parte del contenido de las botellas. Pero esto no convenía a Titcha.

—*Rackía*, entonces.

—Toma —dijo Dragoch, alargando la botella, que contenía aún algunas gotas de licor—. Pero cuidado, camarada, no vayamos a emborracharnos.

—¿Yo? —protestó Titcha, mientras apuraba el contenido de la botella—. Aunque quisiera, no podría.

—Decíamos, pues, que Ladko... —sugirió Dragoch, emprendiendo otra vez su tortuosa marcha hacia el objetivo.

—¿Ladko...? —repitió Titcha, que no sabía de lo que se trataba.

—Sí..., ¿por qué no puede nombrársele?

Titcha se echó a reír.

—¡Eso te intriga, camarada...! Pues es que Ladko aquí se pronuncia Striga; he ahí todo.

—¿Striga...? —repitió Karl Dragoch, que no comprendía absolutamente nada—. ¿Y por qué Striga...?

—Porque ése es precisamente su nombre... Así tú te llamas... ¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Raynold.

—Eso es, Raynold... Pues bien, yo te llamo Raynold... Él, él se llama Striga... Está bien claro.

—Sin embargo, en Gran...

—¡Oh, oh, en Gran era Ladko...! Pero en Rustchuk, en Rustchuk, querido, es Striga.

Titcha guiñó el ojo con aire picaresco.

—Así, como puedes comprender, nadie le conoce.

Que un malhechor adopte un nombre distinto del suyo para llevar a cabo sus criminales hazañas, no es cosa que sorprenda a un policía; pero ¿por qué ese nombre de Ladko, el nombre mismo con que estaba firmado el retrato encontrado en la barca?

—Existe, sin embargo, realmente un Ladko —dijo con impaciencia Karl Dragoch, formulando así la conclusión de su pensamiento.

—¡Pardiez...! Pues eso es lo divertido del asunto.

—Pues ¿quién es ese Ladko?

—Un canalla —afirmó enérgicamente Titcha.

—¿Qué ha hecho?

—A mí no me ha hecho nada... A Striga...

—¿Qué le ha hecho a Striga?

—Le ha soplado la dama... La bella Natcha.

¡Natcha!

Ese era el nombre que figuraba en el retrato.

Karl Dragoch, seguro ya de hallarse sobre una buena pista, escuchaba ávidamente a Titcha, que prosiguió sin hacerse rogar:

—Y luego, ¿sabes?, que ellos no son amigos... Por eso Striga ha tomado su nombre... Es un picaro ese Striga.

—Todo eso no me explica el porqué no puede pronunciarse el nombre de Ladko.

—Porque es muy malsano... En Gran..., y en otras partes, ya sabes tú lo que significa... Aquí, aquí designa a una especie de piloto que se ha rebelado contra el Gobierno... El imbécil conspira... Y las calles de Rustchuk están llenas de turcos.

—¿Y que ha sido de él?

—Ha desaparecido. Striga dice que ha muerto.

—¿Muerto?

—Y debe de ser cierto que ha muerto, puesto que Striga tiene actualmente a la mujer en su poder.

—¿Qué mujer?

—La hermosa Natcha... Después del nombre, la mujer... No está contenta la palomita... Pero Striga la conserva bien sujeta a bordo de la gabarra.

Todo parecía entonces claro para Dragoch.

No era con un vulgar malhechor con quien había pasado él tantos días, sino con un patriota desterrado.

¡Cuál debía de ser en aquel momento el dolor y la pena del desventurado, llegando al fin a su casa, tras tantos esfuerzos, para hallarla vacía!

Preciso era correr en su ayuda... En cuanto a la banda del Danubio, Dragoch, bien informado ya, no tendría que molestarse mucho para echarle mano.

—Hace mucho calor —dijo, soplando y haciendo como que se sentía vencido por la embriaguez.

—Mucho calor.

—Es la *rackía*.

Titcha dio un puñetazo sobre la mesa.

—Tú tienes la cabeza muy poco fuerte, muchacho... Mírame a mí dispuesto a comenzar de nuevo.

—No puedo luchar contigo.

—¡Pobrecillo...! Pero, en fin, salgamos, si quieres.

Después de haber pagado, los dos compañeros se encontraron de nuevo en la plaza.

Aquel cambio no pareció favorecer mucho a Titcha. Apenas se encontró al aire libre, su estado de embriaguez se agravó notablemente. Dragoch tuvo miedo de haber forzado la dosis.

—Dime, ¿ese Ladko...?

—¿Qué Ladko?

—El piloto. ¿Vive por allí?

—No.

Karl Dragoch se volvió del otro lado.

—¿Por allí?

—Tampoco.

—¿Por allí entonces?

El policía arrastró a su compañero.

Éste titubeaba y se, dejaba conducir murmurando frases incoherentes, cuando, tras cinco minutos de marcha, se detuvo bruscamente, esforzándose por recobrar su aplomo.

—¿Por qué decía Striga que Ladko había muerto?

—¿Qué quieres decir?

—Que no ha muerto, puesto que hay alguien en su casa.

Y Titcha mostraba a algunos pasos la luz que salía por una ventana.

Ambos hombres se acercaron a mirar por aquélla.

Vieron una sala de proporciones modestas, pero bastante bien amueblada. El desorden de los muebles y la espesa capa de polvo que los recubría hacían suponer que aquella sala había sido el teatro, abandonado desde hacía mucho tiempo, de alguna escena de violencia.

El centro hallábase ocupado por una gran mesa, sobre la que estaba inclinado un hombre que parecía reflexionar profundamente. La crispación de sus dedos expresaba con gran elocuencia la dolorosa perturbación de su ánimo; de los ojos de aquel hombre se deslizaban gruesas lágrimas.

Como suponía, Karl Dragoch reconoció en aquel hombre a su compañero de viaje.

Pero no fue él el único en reconocerle.

—¡Es él...! —murmuró Titcha, haciendo enérgicos esfuerzos para disipar su embriaguez.

—¿Él?

—Ladko.

Titcha se pasó la mano por la cara y consiguió recobrar algo de su sangre fría.

—No ha muerto el canalla... —masculló entre dientes—. Pero casi hubiera sido mejor para él... Los turcos me pagarán su piel más cara de lo que vale... ¡Striga sí que se va a alegrar! No te muevas de aquí, camarada —dijo, dirigiéndose a Karl Dragoch—; si pretende salir, échate encima... Pide auxilio en caso de necesidad... Voy a buscar a la policía...

Sin esperar respuesta, Titcha se alejó corriendo. Apenas si todavía hacía algunos zigzags. La emoción le había hecho recobrar su equilibrio.

En cuanto se halló solo, el policía penetró en la casa.

Serge Ladko no hizo el más leve movimiento. Karl Dragoch le puso la mano en la espalda.

El desdichado alzó entonces la cabeza. Pero su pensamiento no estaba allí y su mirada vaga ponía bien claramente de manifiesto que no reconocía a su pasajero.

Este no pronunció más que una palabra.

—¡Natcha!

Serge Ladko se enderezó con violencia. Sus ojos echaban chispas, interrogadores y fijos sobre los de Karl Dragoch.

—Sígueme —dijo el policía—, y apresurémonos.

XVII

A NADO

La barca corría sobre las aguas.

Ebrio, exaltado, presa de una especie de furia, Serge Ladko manejaba el remo más velozmente que nunca.

La violencia misma de su deseo le colocaba fuera de las leyes comunes, y apenas si cada noche se concedía algunos instantes de reposo; caía entonces medio dormido ya y no tardaba en sumirse en un sueño de plomo, del que despertaba súbitamente, como llamado por un toque de campanas, horas después, para reanudar en seguida su fatigosísima tarea.

Testigo de aquella persecución encarnizada, admirábase Karl Dragoch de que un organismo humano pudiera hallarse dotado de tal resistencia.

Era, con todo, quien le daba semejante espectáculo, un hombre verdaderamente prodigioso; pero un hombre que sacaba una energía sobrehumana de una tremenda desesperación.

Deseando evitar al desventurado piloto la más leve distracción, el policía cuidaba mucho de no romper el silencio.

Todo lo que debía decirse, se lo había dicho en el momento de salir de Rustchuk.

Tan pronto como la embarcación se puso en marcha, Karl Dragoch, en efecto, había dado las explicaciones indispensables. En primer lugar, había manifestado quién era él; luego, en muy pocas palabras, había explicado la razón que tuviera para emprender aquel viaje en persecución de la banda del Danubio, a la cual la

opinión general atribuía como jefe a un cierto Ladko, residente en Rustchuk.

El piloto había escuchado distraídamente aquel relato, manifestando una febril impaciencia. ¿Qué le importaba todo eso? No tenía más que un solo pensamiento, un solo objetivo, una sola esperanza: Natcha.

Su atención no se había despertado hasta el momento en que Karl Dragoch empezó a hablar de la joven, a decir de qué manera había sabido de labios de Titcha que Natcha descendía el río prisionera a bordo de una gabarra mandada por el jefe de la banda, cuyo verdadero nombre no era Ladko, sino Striga.

Al oír ese nombre de Striga, Serge Ladko había lanzado un verdadero rugido.

—¡Striga...! —gritó en tanto que su mano crispada apretaba violentamente el remo.

No había preguntado nada más.

Desde aquel momento se apresuraba, sin reposo, sin tregua, fruncidas las cejas, los ojos fieros, su alma toda proyectada hacia delante...

Ahora se explicaba por qué había creído conocer al carcelero que le llevara la comida la primera vez que se vio prisionero; y por qué habían encontrado un eco en su corazón las voces que había oído de un modo confuso.

El carcelero era Titcha.

Las voces eran las de Striga y de Natcha.

Y hasta de Natcha era aquel grito que había oído la noche de su fuga... De Natcha, sí, que en vano pedía socorro... ¿Por qué no se detuvo entonces...? ¡Qué de lamentos, qué de remordimientos se habría ahorrado!

Apenas si en el momento de su huida había entrevisto en la oscuridad la masa sombría de la prisión flotante, en la que abandonaba, sin saberlo, a aquella que tan amada le era.

No importaba; con aquello tendría suficiente. Completamente imposible era que pasase a la vista de la gabarra sin que allá, en lo

más íntimo de su ser, no resonase una voz que le advirtiera de que allí iba su bienamada.

La esperanza de Serge Ladko no era en verdad muy exagerada, ni estaba desprovista de todo fundamento. En aquella parte del río no eran muchas las embarcaciones de aquella clase, pues lo que abundaba entonces eran los buques de vapor.

En efecto, el Danubio, de allí en adelante, era muy ancho, llegando hasta constituir un verdadero mar, en el que no faltaban ni las tempestades, ni las olas coronadas de espuma.

Suerte tenía Serge Ladko de que el tiempo se mantuviese bonancible; pues con una embarcación tan pequeña y de formas tan poco marinas, por poco que hubiese soplado el viento con alguna violencia, habría tenido que buscar refugio en una anfractuosidad cualquiera de la orilla.

Karl Dragoch, que, sin perjuicio de interesarse de todo corazón en los asuntos de su compañero, tenía también otro objetivo, no dejaba de encontrarse inquieto al observar lo desierta que se encontraba aquella inmensa extensión de agua.

¿Le habría engañado Titcha?

—¿Es capaz de ir hasta el mar una gabarra? —preguntó a su compañero, para calmar la inquietud que le devoraba.

—Sí —contestó el piloto—. Verdad es que eso sucede pocas veces, pero es posible.

—¿Las ha conducido usted mismo alguna vez?

—Sí.

—¿Cómo se las arreglan para descargar sus mercancías?

—Buscando abrigo en alguna de las caletas que existen más allá de las bocas, a las cuales van los vapores a buscarlas.

—Las bocas, ha dicho usted. Hay muchas, en efecto.

—Hay dos ramas principales —respondió Serge Ladko—. Una al norte, la de Kilia; otra más al sur, la de Sulina. Esta última es, sin disputa, la de mayor importancia.

—¿Y no podrá eso originar un error? —preguntó Karl Dragoch con inquietud.

—No —dijo, tranquilizándole, el piloto—. Las gentes que tratan de ocultarse jamás pasan por Sulina. Por consiguiente, nosotros tomaremos la rama del norte.

Sólo a medias se tranquilizó Dragoch con esta respuesta. Mientras ellos seguían una ruta, podía la banda escaparse tranquilamente por la otra.

Pero ¿qué hacer contra aquella eventualidad, sino entregarse a la ventura, ya que no había medio de vigilar a la vez todas las bocas del río?

Como si adivinara el pensamiento de su compañero, Serge Ladko completó así su explicación:

—Por otra parte, más allá de la boca de Kilia existe una ensenada, en la cual puede una gabarra proceder a un trasbordo. Por la boca de Sulima tendría, por el contrario, que descargar en el puerto de ese nombre, que está situado a la orilla misma del mar. En cuanto al brazo San Jorge, que corre más al sur, apenas es navegable, aun cuando sea el más importante por lo que respecta a la anchura. No tenemos, por consiguiente, que abrigar ningún temor por esto.

En la mañana del día 14 de octubre, el cuarto día después de la salida de Rustchuk, la barca llegó, por fin, al delta del Danubio. Dejando a la derecha el brazo de Sulima, penetró resueltamente por el de Kilia.

A mediodía pasaron por Ismail, última ciudad de alguna importancia que debía encontrarse. En las primeras horas del día siguiente desembocarían en el mar Negro.

¿Hallarían antes la gabarra de Striga?

Nada autorizaba a creerlo. Desde que se había abandonado la rama principal, la soledad del río era completa; por muy lejos que se extendiesen las miradas, no se descubrían ni una vela, ni un penacho de humo. Karl Dragoch estaba devorado de inquietud.

Serge Ladko, si también estaba inquieto, no dejaba adivinar nada. Siempre remando, empujaba incansablemente la barca hacia

delante, atento a seguir el canal que sólo una larga práctica le permitía reconocer.

Su obstinado valor debía obtener recompensa.

En la tarde de aquel mismo día, hacia las cinco, una gabarra apareció al fin a unos doce kilómetros de Kilia.

Serge Ladko, deteniendo el movimiento de su remo, cogió un anteojo y examinó atentamente la gabarra.

—El es —dijo con voz ahogada, bajando el instrumento.

—¿Está usted seguro?

—Sí. He reconocido a Yacoub Ogul, un hábil piloto de Rustchuk, cuya barca guía con toda seguridad.

—¿Qué vamos a hacer?

Serge Ladko no respondió enseguida; reflexionaba. El policía prosiguió:

—Es preciso volver atrás hasta Kilia, y en caso necesario hasta Ismail, para procurarnos refuerzos.

El piloto movió negativamente la cabeza.

—El subir hasta Ismail —dijo— e incluso hasta Kilia, remontando la corriente, requeriría demasiado tiempo. La gabarra tomaría la delantera, y una vez en el mar no podríamos ya encontrarla. No, no, quedémonos aquí y esperemos a la noche. Tengo una idea; si no resulta, seguiremos de lejos la embarcación, y, cuando sepamos dónde se detiene, iremos a buscar ayuda a Sulina.

A las ocho, siendo ya absoluta la oscuridad, Serge Ladko dejó derivar la barca hasta llegar a unos doscientos metros de la gabarra de Striga.

Una vez allí, la amarró silenciosamente; y luego, sin una palabra de explicación a Karl Dragoch, que le veía hacer con extrañeza, se desnudó y se lanzó al agua.

Dirigióse en línea recta hacia la gabarra, que distinguía confusamente en la sombra, quedándose junto al timón.

Todo estaba tranquilo a bordo. Ningún ruido salía del interior, al que, sin duda, se había retirado Ivan Striga.

De los hombres de la tripulación, cinco conversaban tranquilamente a proa, fundiéndose sus voces en un murmullo confuso. Tan sólo Yacoub Ogul se encontraba a popa; sentado junto a la barra del timón cantaba entre dientes.

La canción se extinguió de repente.

Dos manos de hierro oprimieron la garganta de Yacoub Ogul, arrojándole en seguida al agua.

Nadie, a bordo de la gabarra, había advertido la agresión.

Serge Ladko, sin embargo, nadaba de prisa hacia la barca.

La vuelta le resultaba mucho más fatigosa que la ida; además de tener ahora que remontar la corriente, tenía que sostener el cuerpo de Yacoub Ogul; pues si éste no estaba muerto, era como si lo estuviese; la frescura del agua no le había reanimado y no hacía el menor movimiento.

Serge Ladko empezaba a temer que hubiese apretado demasiado sus manos en torno de la garganta de su víctima.

Cinco minutos tan sólo había necesitado para ir de la barca a la gabarra; pero necesitó cerca de media hora para hacer el mismo recorrido en sentido inverso; y eso que tuvo la fortuna de no extraviarse en la sombra.

—Ayúdeme usted —pudo, por fin, decir a Karl Dragoch, una vez llegado a la embarcación—; ya tenemos uno.

Con la ayuda del policía, Yacoub Ogul fue izado a bordo y depositado en la barca.

—¿Está muerto? —preguntó Serge Ladko.

Karl Dragoch se inclinó sobre el cautivo.

—No —dijo—, respira.

Serge Ladko lanzó un suspiro de satisfacción, y cogiendo de nuevo el remo comenzó a remontar la corriente.

—Entonces, átele sólidamente —dijo, sin dejar de remar—, si no quiere que se le escape cuando le deje a usted en tierra.

—¿Vamos, pues, a separarnos?

—Sí. Tan pronto como le deje a usted en tierra volveré a los alrededores de la gabarra y mañana ya me las arreglaré de manera

que pueda introducirme a bordo.

—¿En pleno día?

—En pleno día; tengo mi idea. Esté usted tranquilo; durante algún tiempo, al menos, no correré peligro. Más tarde, cuando estemos cerca del mar Negro, no digo yo que las cosas no se pongan feas. Pero para entonces, cuento con usted.

—¿Conmigo...? ¿Qué puedo hacer yo?

—Traerme socorro.

—Me consagraré a ello, no lo dude —afirmó calurosamente Karl Dragoch.

—No lo dudo; pero tal vez tropiece usted con algunas dificultades; hará usted todo lo que pueda. No olvide que la gabarra llevará anclas mañana a mediodía y que, si nada la detiene, se encontrará en el mar hacia las cuatro de la tarde. Base usted sobre eso sus cálculos.

—¿Por qué no se queda usted conmigo? —preguntó Karl Dragoch, muy inquieto por su compañero.

—Porque puede experimentar algún retraso, lo que permitiría a Striga tomar la delantera y desaparecer. No debe llegar al mar. Y no llegará, aun en el caso de que usted se presente demasiado tarde; sólo que en este caso es probable que yo esté muerto.

Comprendiendo que nada podría hacerle cambiar de opinión, Karl Dragoch no insistió.

La barca fue, pues, conducida a la orilla, y Yacoub Ogul, que continuaba sin sentido, fue depositado en el suelo.

En seguida Serge Ladko tomó el largo. La barca desapareció en medio de la noche.

XVIII

EL PILOTO DEL DANUBIO

Cuando las sombras ocultaron a Serge Ladko, Karl Dragoch estuvo un instante vacilando acerca de lo que debía hacer.

Solo, al empezar la noche, en aquel punto de la frontera de Besarabia, teniendo además el estorbo del cuerpo inerte de un prisionero del que su deber le impedía separarse, su situación no dejaba de ser bastante embarazosa.

No obstante, como era evidente que no le llegaría socorro como no fuera a buscarlo, hubo de serle preciso tomar una decisión, pues no convenía perder tiempo; de una hora, de un minuto, podía acaso depender la salvación de Serge Ladko.

Abandonando provisionalmente a Yacoub Ogul, que continuaba desmayado y suficientemente atado, por lo demás, para que no pudiese huir en el caso de que volviera a la vida, se dirigió hacia arriba tan de prisa como lo permitía la naturaleza del terreno.

Tras media hora de marcha en un país completamente desierto, comenzaba a temer verse obligado a ir hasta Kilia, cuando por fin descubrió una casa que se alzaba a orillas del río.

No poco trabajo hubo de costarle lograr que se le abriera la puerta de aquella casa, que parecía ser un cortijo de alguna importancia.

A semejante hora, en semejante lugar, es muy comprensible que se experimente cierta desconfianza, y los habitantes de aquella quinta parecían poco dispuestos a franquear la entrada.

Las dificultades subían de punto ante la imposibilidad en que se hallaban de comprenderle, pues aquellos campesinos hablaban un dialecto local que Karl Dragoch, a pesar de su poliglotismo, no conocía.

Inventando una jerga de circunstancias, en la que figuraban por partes iguales palabras rumanas, rusas y alemanas, llegó a conseguir ganarse su confianza, y la puerta, tan enérgicamente defendida, acabó por abrirse.

Una vez dentro de la plaza, fuele preciso responder a un interrogatorio minucioso, del que salió necesariamente con honor, ya que no habían transcurrido dos horas desde su desembarco cuando una carreta le había conducido al sitio donde había quedado Yacoub Ogul.

No había éste recobrado aún el conocimiento, ni dio siquiera señales de ello cuando se le transportó a la carreta, que salió enseguida para Kilia.

Hasta llegar al cortijo forzoso fue ir al paso, pero algo más allá se encontró un camino, en bastante mal estado, pero que al fin y al cabo permitía apresurar la marcha.

Era cerca de medianoche cuando, tras todas estas peripecias, Karl Dragoch entró en Kilia.

Todo dormía en la ciudad y no fue cosa fácil averiguar dónde vivía el jefe de policía. Consiguió al cabo e hizo despertar a este funcionario, que sin manifestar demasiado mal humor se puso cortésmente a su disposición.

Karl Dragoch hizo poner a buen recaudo a Yacoub Ogul, que comenzaba a abrir los ojos; luego, libre ya de ese cuidado, pudo al fin ocuparse en la captura del resto de la banda y de prestar socorro a Serge Ladko, lo que le preocupaba más aún.

Desde los primeros pasos que dio en ese sentido, hubo de tropezar con obstáculos insalvables.

Ningún vapor había a la sazón en Kilia y, por otra parte, el jefe de policía se resistió enérgicamente a entregar a sus hombres para la expedición, pues no quería tener disgustos con la Sublime Puerta.

Todo lo que se atrevió a hacer fue dar a Karl Dragoch el consejo de trasladarse a Sulina e indicarle el hombre que podría conducirle.

Hasta el mediodía no llegó a Sulina. ¡El plazo fijado por Serge Ladko iba a expirar dentro de muy breves horas!

Sin descansar, corrió a ponerse en relación con las autoridades locales.

Se le dijo que, no poseyendo la policía local ningún vapor especial, no podía contar más que con el navío de la Aduana, que debía de encontrarse cerca.

Karl Dragoch no tenía que hacer más que fletar un barco de pesca y correr en su busca.

El policía, desesperado de su impotencia, se resignó a adoptar ese partido.

A la una y media de la tarde se dio a la vela. ¡No disponía más que de ciento cincuenta minutos para llegar puntualmente a la cita de Serge Ladko!

Éste, en tanto que Karl Dragoch experimentaba aquella serie de contratiempos, proseguía con todo método la ejecución de su plan.

Durante toda la madrugada había estado en acecho, asegurándose de que la gabarra no hacía ningún preparativo de marcha.

Al apoderarse —un poco brutalmente tal vez, pero no tenía en su mano la elección de los medios— de Ogul, el piloto había buscado precisamente aquello.

Como Serge Ladko previera, no se atrevía Striga a aventurarse sin guía en una navegación de las más delicadas, y que la abundancia de los bancos de arena hace impracticable para todo aquel que no ha hecho de ello un estudio concienzudo y minucioso durante mucho tiempo.

Era de suponer que los piratas, incapaces de comprender y de explicarse la desaparición de su piloto, aprovecharían la primera ocasión que se les presentara de reemplazarle.

Pero no abundan los pilotos en el brazo de Kilia, y hasta las once de la mañana las aguas permanecieron completamente desiertas si

se exceptúan la gabarra, siempre inmóvil, y la barca invisible. Tan sólo a esa hora dos embarcaciones aparecieron por la parte del mar.

Habiendo examinado, con ayuda de su antejo, esas dos embarcaciones, pudo Serge Ladko reconocer que una de ellas era la de un piloto.

Era, por consiguiente, muy verosímil que Ivan Striga encontrara el socorro que aguardaba, sin duda, con gran impaciencia; había llegado, pues, el momento de intervenir.

La barca salió de su escondite y se acercó a la gabarra.

—¡Ah de la gabarra! —gritó Serge Ladko, cuando creyó que se encontraba a buena distancia para hacerse oír.

—¡Ah! —se le respondió.

Un hombre apareció en el acto sobre cubierta; aquel hombre era Ivan Striga.

¡Qué furor estalló en el corazón de Serge Ladko cuando descubrió a aquel enemigo encarnizado de su felicidad, al cobarde que desde hacía tantos meses retenía a Natcha en su poder!

Pero ya sabía él que tendría aquel encuentro, que él mismo había buscado; estaba preparado. Reprimió su furor dentro de sí mismo y, haciendo un esfuerzo, preguntó con voz tranquila:

—¿Necesitan ustedes un piloto?

Striga, en vez de responder, se puso a contemplar atentamente al que le interpelaba.

A decir verdad, se había asegurado acerca de la personalidad del recién llegado; pero tan extraordinario y hasta podemos decir tan inesperado le parecía el tener delante de sus ojos al marido de Natcha, que vacilaba ante la evidencia.

—¿No es usted Serge Ladko, de Rustchuk? —preguntó a su vez.

—Sí, yo soy —respondió el piloto.

—¿No me reconoce usted?

—Sería menester que estuviera ciego. Le reconozco perfectamente, Ivan Striga.

—¿Y me ofrece, sin embargo, sus servicios?

—¿Por qué no? Yo soy piloto —declaró fríamente Serge Ladko. Striga vaciló un momento.

Era una cosa demasiado agradable que el hombre a quien más odiaba en el mundo viniese a ponerse en sus manos. ¿No se ocultaría tras todo aquello algún propósito peligroso...? Pero ¿qué peligros podía hacer correr un hombre solo a toda una tripulación numerosa y resuelta...? Que llevase la gabarra hasta el mar, pues que tenía la necesidad de prestarse a ello, y después, una vez en el mar...

—¡Embarca! —dijo al fin el pirata.

No se hizo Ladko repetir la invitación. Su barca se acercó a la gabarra y el piloto subió a bordo.

Ivan Striga se adelantó hacia él.

—¿Me permitirá usted —dijo— que le exprese mi sorpresa por encontrarle en las bocas del Danubio?

El piloto no contestó.

—Se le creía muerto —prosiguió Striga—, en vista del tiempo que hace que desapareció usted de Rustchuk.

Esta nueva insinuación no obtuvo mejor éxito que la precedente; Serge Ladko no rompió su silencio.

—¿Qué ha sido de usted durante todo ese tiempo? —siguió preguntando Striga, sin desconcertarse.

—No he abandonado las proximidades del mar —hubo de responder al fin Serge Ladko.

—¿Tan lejos de Rustchuk?

El piloto frunció las cejas; semejante interrogatorio comenzaba a molestarle. Pero siguiendo la línea de conducta que se había trazado, refrenó, no obstante, su impaciencia y contestó en tono tranquilo:

—Los períodos de perturbaciones y revueltas no son favorables para los negocios.

Striga le miró, sonriendo irónicamente.

—¡Y se le creía a usted patriota!

—¡Yo no me ocupo de política! —dijo con bastante sequedad Serge Ladko.

En aquel preciso instante la mirada de Striga cayó sobre la barca, experimentando a su vista un brusco sobresalto; no podía equivocarse; aquélla era la barca de la que él mismo se había servido durante ocho días, y que había encontrado amarrada en el muelle de Semlin. ¿Mentía, pues, Serge Ladko al pretender que no había abandonado el delta del Danubio?

—¿Desde que abandonó usted Rustchuk no se ha alejado de estos parajes?

—No.

—Me sorprende.

—¿Por qué? ¿Ha creído encontrarme en otra parte?

—No, a usted no; pero esa embarcación... juraría haberla visto en la parte alta del río.

—Es muy posible. La compré a un hombre que decía llegar de Viena.

—¿Cómo era ese hombre?

—Moreno, con gafas oscuras.

—¡Ah! —dijo Striga, pensativo.

Las respuestas del piloto le habían perturbado. No sabía qué debía creer.

Pero no tardó en alejar de su espíritu toda preocupación ¿Qué importaba, después de todo? Que Serge Ladko dijese o no la verdad, lo cierto era que ahora estaba en su poder.

¡Imbécil..., que de tal suerte se metía en la boca del lobo! Había entrado en la gabarra y no saldría vivo de ella.

Desde algunos meses atrás, Striga mentía asegurando a Natcha que era viuda... Tan pronto como hubiesen llegado al mar, aquella mentira se trocaría en verdad.

—¡Partamos! —dijo, a modo de conclusión de sus pensamientos.

—A mediodía —respondió tranquilamente Serge Ladko, que, sacando sus provisiones de un saquito que llevaba en la mano, se puso a almorzar.

El pirata hizo un gesto de impaciencia.

—Debo prevenirle de que tengo que estar en el mar antes de la noche.

—Estaremos.

Striga se alejó.

A juzgar por la expresión reflexiva de su semblante, debía quedarle alguna preocupación.

Era una coincidencia demasiado extraordinaria, sin duda, el que el marido se ofreciese a conducir la embarcación en que iba precisamente su propia esposa.

Necesitaba indispensablemente saber si Serge Ladko conocía la desaparición de Natcha.

—¿Ha recibido usted noticias de Rustchuk desde que salió de él? —preguntó, volviendo adonde estaba el piloto, que seguía comiendo tranquilamente.

—Nunca —respondió éste.

—¿Y no le ha sorprendido ese silencio?

—¿Por qué había de sorprenderme...?

—Yo creí que había quedado allí su mujer.

—Y yo creo —repitió fríamente Serge Ladko— que sería preferible variar de tema de conversación.

Striga no replicó.

Algunos minutos después del mediodía dio el piloto la orden de levar anclas; despees, una vez izada y orientada la vela, cogió él mismo la barra.

En aquel momento se le aproximó Striga.

—Debo prevenirle —le dijo— de que la gabarra tiene necesidad de algún fondo.

—Está en lastre —objetó Serge Ladko—: con dos pies de agua debe tener bastante.

—Necesita siete.

—¡Siete! —repitió el piloto, para quien aquella sola palabra constituía toda una revelación.

¡Ele aquí, pues, la razón de que la banda del Danubio hubiera escapado hasta entonces a todas las pesquisas...! Lo que se veía fuera del agua no era más que una engañosa apariencia. La verdadera gabarra era submarina, y en ella era donde se guardaba el producto de sus rapiñas; y que, en caso necesario, Serge Ladko lo sabía por experiencia propia, podía transformarse en inviolable calabozo.

—Siete, sí —había vuelto a decir Ivan Striga, en respuesta a la exclamación del piloto.

—Esta bien —dijo este, sin formular nuevas observaciones.

Durante los primeros momentos que siguieron a Ja partida, Striga, que a pesar de todo conservaba un resto de inquietud no dejó de ejercer una vigilancia rigurosa.

Pero la actitud en que se mantenía Serge Ladko era a propósito para tranquilizarle.

Muy aplicado a sus funciones, era indudable que no abrigaba ningún mal designio, y probaba que su reputación de habilidad estaba ampliamente justificada. Bajo su dirección la gabarra evolucionaba dócilmente entre los bancos invisibles y seguía con una precisión matemática las sinuosidades del paso.

Poco a poco se desvanecieron los últimos temores del bandido; la navegación proseguía sin incidente, y muy pronto se llegaría al mar.

Striga interpeló al piloto:

—Estamos ya, me parece —dijo—. ¿No podría entregarse ya la barra al timonel habitual?

—Aún no —contestó Serge Ladko—. Falta todavía lo más difícil.

Striga tenía obstinadamente fijadas sus miradas en el mar; de pronto cogió un antejo, lo dirigió hacia un vaporcito de cuatrocientas o quinientas toneladas, que doblaba la punta norte, y enseguida, tras un breve examen, ordenó izar una bandera en el mástil.

Respondiósele con una señal parecida a bordo del vapor, que comenzó a aproximarse.

En aquel instante, habiendo Serge Ladko lanzado toda la barra a babor, la gabarra se inclinó a estribor, y cortando oblicuamente la corriente se dirigió hacia el sudeste, como para abordar la orilla derecha.

Sorprendido Striga, miró al piloto, cuya impasibilidad le tranquilizó; sin duda un último banco de arena obligaba a todos los buques a seguir aquella ruta caprichosa.

No se engañaba Striga.

Sí, un banco de arena existía, en efecto, en el lecho del río, pero no por el lado del mar, y Serge Ladko, con mano firme, gobernaba recto sobre ese banco.

De pronto se produjo un formidable crujido, viéndose la gabarra resquebrajada hasta en sus fondos. Al choque, el mástil se vino abajo y la vela cubrió entre sus amplios pliegues a los hombres que se hallaban a proa: la gabarra irremediablemente encallada, permaneció inmóvil.

A bordo todo el mundo había sido derribado, incluso Striga, que se levantó lleno de rabia.

Su primera mirada fue para Serge Ladko.

No parecía que el piloto estuviera impresionado por el accidente; había dejado la barra, y con las manos en los bolsillos observaba a su enemigo y aguardaba los acontecimientos.

—¡Canalla! —bramó Striga, que, empuñando un revólver, corrió hacia popa.

A la distancia de tres pasos, disparó.

Serge Ladko se había agachado; la bala pasó por encima de él sin tocarle. Enderezándose enseguida, cayó de un salto sobre su adversario, atravesándole el corazón con su cuchillo.

Ivan Striga rodó como una masa inerte.

Todo había tenido lugar con tanta rapidez, que los cinco hombres de la tripulación, obstaculizados además por los pliegues de la vela, no habían tenido tiempo de intervenir... Pero ¡qué alarido de furor lanzaron al ver caer a su jefe!

Serge Ladko se precipitó a su encuentro.

—¡Atrás! —gritó, mostrando las dos manos armadas de sendos revólveres, uno de los cuales era el que pertenecía a su enemigo.

Los hombres se detuvieron.

No tenían armas, y para proporcionárselas necesitaban penetrar en la cámara, es decir, pasar decididamente bajo el fuego del enemigo.

—Un momento, camaradas —exclamó Serge Ladko, sin dejar su actitud amenazadora—. Tengo once tiros, que es más de lo que se necesita para mataros a todos. Os prevengo que haré fuego si no retrocedéis inmediatamente hacia proa.

La tripulación se mostró indecisa.

Serge Ladko comprendió que no debía dejarles tiempo de que pudieran lanzarse sobre él todos a una.

—¡Atención...! Voy a contar hasta tres... ¡Uno...!

Nadie se movió.

—¡Dos...!

Hubo un movimiento en el grupo. Tres comenzaron a bosquejar un ataque; los otros dos comenzaron a batirse en retirada.

—¡Tres! —dijo al fin Serge Ladko apretando el gatillo.

Un hombre cayó con la espalda atravesada por una bala.

Sus compañeros se apresuraron a emprender la retirada.

Serge Ladko, sin abandonar su puesto, lanzó una mirada hacia el vapor, que había obedecido a la señal de Striga; encontrábase entonces a menos de una milla. Cuando llegase y su tripulación se uniera a los piratas, la situación sería muy delicada.

No se encontraba el vapor más que a unos tres cables, cuando, volviendo rápidamente sobre estribor, describió un gran círculo y se alejó hacia alta mar.

¿Qué significaba aquella maniobra? ¿Se habría inquietado por algo que Serge Ladko no podía descubrir?

Éste, anhelante, esperó.

Transcurrieron algunos minutos y otro vapor surgió por el sur, dirigiéndose en línea recta sobre la gabarra. Pronto pudo Ladko reconocer en la popa a su pasajero. Estaba salvado.

Poco después, el puente de la gabarra fue invadido por la policía, y la tripulación se rindió sin oponer resistencia, que, por otra parte, hubiera resultado inútil.

Entretanto, Serge Ladko había visitado uno tras otro los camarotes. Una sola puerta estaba cerrada; la echó abajo de un solo empujón y se detuvo en el umbral medio desvanecido...

Natcha, reconquistada, le tendía los brazos.

EPÍLOGO

El proceso de la banda del Danubio pasó inadvertido entre el estrépito producido por la guerra ruso-turca.

Los malhechores, incluso Titcha, a quien logro capturarse en Rustchuk, fueron ahorcados, sin que en el público despertase la atención que, en otras circunstancias menos trágicas, se habría concedido a su ejecución.

Los debates, sin embargo, suministraron a los principales interesados la explicación de lo que hasta entonces había sido incomprendible para ellos.

Serge Ladko supo así la causa de haber sido hecho prisionero en lugar de Karl Dragoch, y de qué modo Striga se había introducido en la casa del pescador Ilia Brusoh para contestar a las preguntas del comisario de policía de Gran.

Supo también cómo cayó Natcha en poder de la banda del Danubio, y cómo luchó contra los ataques de Striga, que le aseguraba que era viuda. Una noche Striga le mostró a la joven, en apoyo de sus afirmaciones, el retrato que ella misma entregara a su esposo, y que pretendía haberse apoderado de él en la lucha contra Ladko; de ahí resultó una escena violenta, de la que partió el grito lanzado por Natcha, que había llegado a oídos del fugitivo.

Pero Ladko no pensaba ya en los malos días, desde que tuvo la suerte de encontrar a su querida Natcha.

En la imposibilidad de residir en el territorio búlgaro, la afortunada pareja se había fijado al principio en la ciudad rumana de Giurgievo. Allí se encontraba cuando en el mes de mayo del siguiente año el zar declaró oficialmente la guerra al sultán. Serge Ladko fue de los primeros en alistarse en el ejército ruso, al que,

merced a su conocimiento del teatro de operaciones, prestó importantes servicios.

Finalizada la guerra, y libre por fin Bulgaria, volvió con Natcha a su casa de Rustchuk, siguiendo con su oficio de piloto. Ambos viven todavía allí, felices y contentos.

Karl Dragoch sigue siendo su amigo; y le hace una visita anual, que el piloto le devuelve cortésmente en Budapest.

De los tres hijos que Natcha le ha dado, el más joven, tras un severo aprendizaje a las órdenes de Karl Dragoch, se halla en vías de alcanzar un puesto importante en la administración judicial de Bulgaria.

El segundo, digno heredero de un laureado de la Liga Danubiana, se ha consagrado a la pesca, pero perfeccionando la técnica; y debe a sus pesquerías una celebridad grande y una fortuna que promete llegar a ser considerable.

En cuanto al primogénito, sucederá a su padre cuando la edad de retirarse haya sonado para él.

Pero, sea cual sea la diferencia de sus posiciones, los tres coinciden en sentir una profunda veneración hacia su padre, una ternura igual para su madre y un amor semejante para la patria búlgara.



JULES GABRIEL VERNE (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), conocido en los países de lengua española como Julio Verne, fue un escritor francés de novelas de aventuras. Considerado, junto con H. G. Wells, uno de los padres de la ciencia ficción, es el segundo autor más traducido de todos los tiempos, después de Agatha Christie, con 4185 traducciones, de acuerdo con el Index Translationum. Algunas de sus obras han sido adaptadas al cine. Predijo con gran exactitud en sus relatos fantásticos la aparición de algunos de los productos generados por el avance tecnológico del siglo xx, como la televisión, los helicópteros, los submarinos o las naves espaciales. Fue condecorado con la Legión de Honor por sus aportes a la educación y a la ciencia.